



Pagar por
Los pecados

Carolina Ortigosa

PAGAR POR LOS PECADOS

CAROLINA ORTIGOSA

Imágenes de portada: Pixabay

Todos los derechos reservados
©Carolina Ortigosa – Mayo 2018

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra, son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

A mis lectores, con mis mejores deseos para que disfruten de la lectura.

Prólogo

Noviembre 2016

A sus diecisiete años, Eva Abrams tenía una vida normal. Iba al instituto, era aplicada en sus tareas, tanto en sus estudios como en casa, e iba a la iglesia cada domingo.

Tal vez eso último no era algo que todas las adolescentes acostumbraran a hacer, pero su familia era católica y muy religiosa, así que siempre había tenido inculcados esos valores, y no es que no quisiera buscar su propio camino y decidir por sí misma en qué creer, pero no tenía esa opción. Su padre, Duncan, no era un hombre que admitiera dudas, errores, o pensamientos que salieran de lo que él consideraba que era correcto y sagrado. Su madre, Jane, por otro lado, aceptaba que no era más que la mujer del hombre de la casa, ama de casa y sumisa en las peticiones y deseos de su esposo.

Eva detestaba esa dinámica familiar.

A pesar de su juventud, se daba cuenta de que su madre no tenía vida, ni personalidad, y eso le dolía en el alma. Deseaba su felicidad, y era evidente que no conocía ese sentimiento, sino más bien se encontraba atrapada en una rutina monótona y aburrida en su vida, que era a lo que estaba acostumbrada.

Si bien ni Eva tenía derecho a decidir nada por sí misma, porque su padre no se lo permitiría jamás, deseaba algo más que ser una sombra en su propia casa cuando fuera independiente.

No es que no quisiera enamorarse y casarse con un buen hombre algún día, sin embargo, en la actualidad no era algo que la preocupara en lo absoluto.

Salía con un chico al que consideraba más un amigo que otra cosa, y lo mantenía bien oculto de sus padres por su propio bien. Si se enteraban de que tenía un mínimo de interés en el sexo opuesto, sabía que la encerrarían en su habitación, o pedirían al sacerdote de su iglesia que examinara su conciencia. Y eso con suerte. Los deseos eran un pecado. Casi todo lo era para su padre,

y ella acabaría pagando por ello.

Era muy consciente de que eso podría ocurrir, porque daba la casualidad de que residía justo en frente de la imponente iglesia católica de su barrio en Appleton, que pertenecía al condado de Outagamie, Wisconsin. También lo era de la actitud de su padre. Se hacía lo que él decía, y punto. No había réplicas posibles en nada, y mucho menos si él estaba convencido de llevar la razón. Siempre pensaba que la llevaba.

Desde bien pequeña le habían enseñado el temor y el respeto, y estaba tan acostumbrada a ello, que incluso cuando tenía pensamientos o deseos ocultos, y poco apropiados, se sentía muy culpable.

Desde luego, sus amigas en el colegio y en el instituto poseían una mente más abierta, sobre todo conforme iban creciendo, sin embargo, ni sus propias dudas la habían hecho replantearse el orden natural de las cosas. En cierto modo era mejor dejarse llevar y aceptar su destino. Al fin y al cabo, viviría con sus padres hasta que fuera a la universidad. E incluso entonces, como esta quedaba a poco menos de una hora de casa, residiría con ellos hasta que pudiera permitirse una vivienda propia.

Se le antojaba el cielo el poder hacer cuanto quisiera, y cuando quisiera.

Conforme pasaba el tiempo, se había dado cuenta de que ninguna familia era tan escrupulosa en cuanto a horarios y restricciones, lo que la llevaba a replantearse la seguridad de que todos los miembros de su familia eran felices. Para su obvia desgracia.

A veces había deseado tener más hermanos, o una familia más numerosa, pero al igual que ella, sus padres eran hijos únicos, y los pocos miembros de sus árboles genealógicos vivían desperdigados por todo el país y a decenas de millas de ellos. Tampoco se hablaba mucho de ninguno porque la obsesión por la religión era algo que solo los dos llevaban en la sangre, de modo que no era como si Eva se perdiera algo; se había criado de ese modo. Aunque pudiera relacionarse con más gente a nivel social, incluso si estos fueran familia, el muro protector que levantó su padre contra cualquiera que pudiera contradecir sus creencias, estaba fuera de toda discusión, y de su alcance.

Si bien los estudios la tenían absorta, y cansada, al menos tenía un respiro de la tensión que respiraba en casa a cada momento.

Al menos hasta entonces.

Ese lunes seis de noviembre se encontró con un panorama preocupante

al llegar a casa después de las clases.

Por un segundo, Eva pensó que su madre se marcharía de casa, y no podría culparla, sin embargo, pronto se dio cuenta de lo absurdo que fue ese pensamiento.

¿A dónde se iba a ir sin su hija?

Al entrar por la puerta, lo primero que vio en el largo pasillo fueron dos maletas. Su madre estaba sentada en uno de los sofás del salón, llorando, y su padre la tenía medio abrazada. Hasta aquel gesto le pareció falso a Eva. Menudo consuelo le ofrecía.

—Mamá, ¿qué ocurre? —preguntó con miedo y con voz quebradiza.

Dejó caer su mochila de cualquier manera en el suelo, y se llevó una mirada reprobadora de su padre. Ella le ignoró; cosa que no hacía muy a menudo, y sonrió para sus adentros sin poder evitarlo.

Su madre levantó la mirada y Eva comprobó que tenía los ojos muy rojos e hinchados. Se asustó.

—Oh, pequeña. Tus abuelos han tenido un accidente de coche, y están en el hospital muy graves. Tengo que irme a Two Rivers para cuidarles, y en caso de que...

No pudo seguir hablando porque empezó a llorar desconsolada. Eva se puso de cuclillas y la abrazó con fuerza. Notó que su padre se levantaba de su asiento, colocaba su mochila junto a la escalera para que la llevara a su cuarto lo antes posible, y abrió la puerta de la entrada. Fuera, un coche pitaba con impaciencia; entonces, Duncan las llamó en voz alta.

—Jane, querida, el taxi ha llegado. Será mejor que no hagas esperar al conductor. Tienes que estar allí lo antes posible.

Eva se despegó de su madre a regañadientes, aturdida por la información que acababa de recibir, y por la insensibilidad de su padre.

No podía creer que fuera a dejar que su madre viajara sola.

—¿No iremos los tres? Deberíamos visitar a los abuelos...

—No puedes dejar tus clases y tus exámenes, y además, ellos estarán bien. Tienen a su hija. Están en buenas manos —añadió en voz baja.

—Los médicos no siempre consiguen...

Detuvo sus palabras porque no era el momento de ponerse en lo peor. Su padre, sin embargo, sí tenía una réplica. Como siempre.

—La ciencia no tiene todas las respuestas, pero ellos dos ahora están en manos de Dios. Solo podemos rezar.

Dijo eso con tal contundencia que ninguna supo qué decir. Jane por suerte, intervino antes de que su hija soltara alguna impertinencia.

—Es cierto. Rezaremos todos y aguardaremos lo mejor —musitó.

Duncan pasó el brazo por detrás de los de su hija, como si estuviera reteniéndola, y Jane se inclinó para dar un beso a cada uno en la mejilla. Se marchó, dando un suave golpe en la puerta, con cara de tristeza y gran preocupación.

Eva se preguntó por qué diantres no se marchaban los tres, porqué su padre no lo dejaba todo para apoyar a su mujer, por qué no permitía que ella al menos faltara unos pocos días a clase para estar con su madre en un momento tan delicado.

Two Rivers ni siquiera quedaba tan lejos. El pueblo estaba junto al lago Michigan y tan solo a poco más de una hora de su casa. Podrían dormir en la casita apartada que tenían sus abuelos, y estar cerca por si algo sucedía.

Ella adoraba ir allí. La vivienda estaba pegada a la playa y junto a la zona boscosa del área natural. Era un sitio muy tranquilo, porque había bastante distancia con las viviendas colindantes, y estas permanecían vacías casi todo el año, excepto en verano. Un lugar perfecto para quedarse unos días mientras sus abuelos se recuperaban. Eran muy mayores, pero superarían esto, seguro. Debía creérselo mucho.

Su relación con ellos era buena. No se veían tan a menudo como les gustaría, porque su padre no les caía bien, y el sentimiento era mutuo a decir verdad. Y, aunque no sabía la razón, Eva sospechó que le habían calado; que podían ver que, tras esa fachada de hombre devoto de Dios y de su familia, había un tipo con el corazón frío y una mente cuadrículada.

Eva cada vez sentía más la presión que ejercía su familia, y se veía frustrada al no poder conseguir ciertas cosas que otras chicas de su edad daban por sentadas, como tener coche, un teléfono móvil, y libertad para salir cuando quisiera, siempre que fuera fin de semana, claro. Ante todo era responsable.

El hecho de no poder estar en contacto con su madre en todo momento, no le gustaba. No es que su relación con ella fuera maravillosa siempre, pero se trataba de su madre, y detestaba la idea de quedarse sola con su padre durante un período indefinido. Si antes contaba con alguien que estaba de su lado la mayoría de ocasiones, ahora ya no la tendría, y estaba claro que esos días iban a ser un asco.

—No debería ir sola. Se la veía triste —dijo Eva en voz baja.

Duncan la observó, con cara de evidente fastidio.

—Tu madre estará perfectamente bien, seguro. Debe cuidar de los suyos, al igual que tú debes ocuparte de tus estudios y yo de la empresa familiar que nos da de comer. No podemos dejar de lado nuestras obligaciones, y menos cuando no tenemos nada que hacer allí. Será lo que tenga que ser. Sube a tu habitación y reza unas oraciones por tus abuelos.

Su voz contundente no admitía réplicas. Eva procuró no poner mala cara ante su despotismo y frialdad e hizo lo que le ordenó. Porque no era una petición, ni una sugerencia. Ese no era el estilo de su padre.

Una vez en su cuarto, cerró la puerta y se echó en su cama para llorar en silencio. Acarició la cruz que llevaba al cuello y deseó con todas sus fuerzas que sus abuelos estuvieran bien.

No rezó, como su padre le ordenó, porque a su edad, tenía cierta libertad al menos para creer en su interior, lo que su corazón le decía que era cierto. Y no es que no creyera en Dios, sino más bien en el Universo. Había una fuerza superior que no sabía qué era; tal vez fuera el Cosmos, el Universo infinito, el Destino... No estaba segura, pero sí estaba bastante insegura sobre la existencia de un Dios Todopoderoso, porque, ¿cómo iba a permitir que un hombre como Duncan Abrams se proclamara un buen cristiano y luego ser una persona tan fea por dentro?

Era algo que le costaba explicarse.

Todo fue cuesta abajo a partir de entonces. No solo tuvo que vivir sola con su padre durante tres semanas, sino que cuatro días antes de Acción de Gracias, recibieron la noticia de que sus abuelos no se iban a recuperar. Habían estado en coma desde el accidente y tras unas pruebas, les habían anunciado que era algo irreversible, porque habían sufrido lesiones muy graves y sus actividades cerebrales eran nulas.

Un golpe tremendo antes de las fiestas familiares.

Corina y Walter se habían marchado para siempre, y Eva se sintió desolada. Eran buenas personas, y lamentaba mucho el no haber pasado más tiempo con ellos. Le habría gustado, pero tenía claro que, en su casa, su opinión tenía el mismo valor que la de su madre, es decir, poco más que el cero por ciento.

No quiso hablar con nadie durante días, y menos cuando supo por su padre, que su madre iba a quedarse en su pueblo natal unos días, hasta tomar la decisión de desconectar a los abuelos o no de la respiración artificial.

No era algo fácil en absoluto.

Su prima y su esposo le ofrecieron su casa a Jane, y les aseguró que estaba bien.

Cuando Eva habló con ella, supo enseguida que mentía con descaro, porque su voz era tan apagada, que sintió un nudo en el estómago. Quiso decirle que iría en taxi, o como fuera, pero no quería que sus padres discutieran en un momento tan difícil, y no deseaba crearle más preocupaciones a su madre, de modo que aceptó que debía permanecer en Appleton y procuró llevarlo lo mejor posible.

Sus amigas Lucy y Catherine la apoyaban en la medida que Eva las dejaba. Procuraban quedarse en su casa a estudiar cada tarde, o por turnos si tenían otras actividades, y como residían cerca, no les preocupaba demasiado quedarse hasta tarde.

Menos mal que no estaba sola, porque su padre pasaba muchas horas en la tienda de electrodomésticos que tenía, y apenas le veía. No es que le echara de menos, pero siempre le estaba exigiendo que se comportara bien en su ausencia, y que le relatara con pelos y señales lo que hacía o dejaba de hacer.

Sospechaba que, además, su vecina de enfrente estaba pendiente de ella siempre que estaba en casa. La había visto en su terraza demasiado a menudo para la temporada en la que estaban, y dudaba que disfrutara del frío otoñal, de modo que no tenía otra explicación para su extraño comportamiento. No es que le molestara, porque Mary Becker era muy amiga de su madre, y buena persona, sin embargo, había algo en ella que no agradaba a Eva, y es que se comportaba como una madre, y no en el buen sentido. Le gustaba darle su opinión en cosas que no eran de su incumbencia; era una cotilla reconocida.

Detestaba esas cosas, y más aún cuando el objeto de los chismes era ella.

Por suerte para Eva, su comportamiento jamás podría ser motivo de controversia en el barrio ni en ninguna parte en realidad, pero le molestaba mucho el no poder hacer algo sin que todo el mundo estuviera al corriente de cada paso que daba.

Su vida no era tan fascinante para que se hablara de ella. Al menos eso creía con seguridad.

El día de Acción de Gracias fue un asco para Eva. Su madre no iba a volver a casa porque no estaba para celebraciones y no quería dejar a sus padres aún. Le costaba tomar la decisión de despedirse para siempre, aunque en cierto modo ellos ya no estaban.

Eva comprendía que no quisiera abandonarles, pero ella detestaba la idea de quedarse con su padre a solas. Iba a ser un aburrimiento, sobre todo cuando comprendió que no le permitiría aceptar ninguna de las invitaciones de sus amigas o de su novio Trevor Carter.

Habría ido encantada con cualquiera de ellos, pero como de costumbre, su decisión era inamovible.

A las tres de la tarde, aún no comprendía qué querría hacer esa noche, ya que ninguno sabía cocinar, y él había estado al teléfono la mayor parte del día mientras ella hacía como que estudiaba un libro.

Prefería leer una y mil veces las mismas lecciones de matemáticas, antes de tener que conversar.

Lo único que él sabía hacer bien era exigirle.

El teléfono de casa sonó de nuevo, dándole esta vez la excusa perfecta para desconectar un rato, ya que se imaginaba que podría ser su madre.

No se equivocó.

—Hola mamá, ¿cómo estás?

—Bien, cariño. Estoy ayudando a Beth a preparar algo de cena, aunque estaremos los tres solos.

Eva escuchó la voz de Erick de fondo y pensó que le gustaría estar allí. El marido de Beth era muy simpático, y siempre lograba amenizar las veladas familiares, que eran escasas a decir verdad.

—Erick quiere saber cómo fue tu día de descanso en el instituto —transmitió Jane con voz más animada.

—Bueno, antes de nada, saluda de mi parte a los dos. Pues mi día ha sido un rollo, mamá. Querría estar contigo, pero me alegra que lo estés pasando bien. Al menos una de las dos lo hace —se quejó.

—Vamos, mi niña, no digas eso. —Hubo un corto silencio—. De hecho, tengo noticias.

Eva sintió un escalofrío. Esas palabras no siempre iban seguidas de algo bueno. Por algo no añadía la palabra “buenas” antes de “noticias”.

—A ver, dime —soltó con evidente desgana.

Jane ignoró por el momento el tono sarcástico y el malestar de su hija y le explicó su plan.

—Mary y Leonard han telefoneado para saber cómo estaba todo por aquí —expuso a la vez que controlaba su tono para no transmitir la tristeza que la envolvía por el tema de sus padres—, y os han invitado a tu padre y a ti a pasar la noche con ellos y con Tod.

—Oh, mamá —resopló—. No quiero cenar con los Becker, y mucho menos con el idiota de su hijo. Sabes que es uno de esos chicos que hacen lo que quieren. Es maleducado y un mujeriego... no me acercaría a él ni por accidente.

Su discurso fue interrumpido por su padre. Había dejado su teléfono móvil lo justo para oír las palabras de su hija, y le puso mala cara. Tanto, que Eva se echó a temblar.

Este le arrebató el teléfono fijo y habló con su mujer mientras su hija aguardaba una buena bronca.

Por un segundo, ella pensó que tal vez podría librarse de ir a la casa de los vecinos. Esa ilusión le duró muy poco.

Duncan cortó la llamada y se le acercó.

—Vendrás, y te comportarás como la hija ejemplar que sé que eres, aunque a veces me cueste distinguirla.

Apretó los dientes tan fuerte que pensó que se le romperían, pero su rostro permaneció imperturbable. Eva sabía que era mejor no mostrar debilidad, o su padre estaría una hora dándole un sermón.

Este acababa de hablar con Mary y ya le había confirmado la asistencia, ya que este año no tendrían en casa a más familiares. Tenía ganas de pasar el rato con amigos, pero Duncan, al escuchar a Eva hablar de aquel modo tan irrespetuoso del hijo de estos, se le pasó por la cabeza que aquello podría ser un error.

Cuando le habló de un modo tan duro a Eva, lo hizo para evitar conflictos más tarde. No quería dar una mala impresión a sus vecinos, con los que además tenían tan buena relación.

Y ya que su mujer estaba ausente por el terrible accidente, al menos quería que algo saliera bien en esas señaladas fechas. Iba a ser una noche muy especial, eso seguro.

Eva arregló su cabello castaño y liso, se puso un vestido color melocotón recatado. Se calzó unos botines que quedaban muy bien con sus medias negras en contraste con el vestido, y se colocó una torera marrón oscuro. Unos colores muy otoñales, y por lo tanto, muy de Acción de Gracias.

Como su tez estaba algo apagada, casi tanto como el brillo de sus ojos marrones, arregló el problema con unos polvos compactos y una pizca de colorete. Debía ser cuidadosa, porque si su padre se daba cuenta de que llevaba maquillaje, la tacharía de fulana. Para él, todo lo que se saliera un poco de lo convencional, era un pecado mortal, algo que requería rezar y pedir el perdón de Dios. Eva empezaba a creer que iba un poco lejos con todo el rollo religioso, y estaba harta. Claro que viviendo con su familia, no le quedaba otra que intentar mantener la calma. Por su propio bien.

Le habría encantado poder llevarse su teléfono móvil y así charlar con sus amigas mientras pasaba por la odiosa experiencia de estar en la misma casa que su vecino Tod, pero para eso, primero tendría que tener un teléfono. Y además, no podría ignorar al idiota de turno mientras estuviera cenando con su familia en su casa, por mucho que lo intentara.

Mary y Leonard eran buenas personas, pero mientras ella resultaba agotadora y agobiante a veces, su marido era todo lo contrario. Como buen abogado, podría ser tremendamente aburrido, y aunque resultara extraño, también era un hombre de pocas palabras.

Al menos eso era lo que conocía Eva por lo poco que le había tratado.

Cuando bajó las escaleras, notó que su padre la escrutaba, y no sabía qué habría hecho mal esa vez.

Su vestido no era ajustado, ni corto, ya que le llegaba por la rodilla. No tenía pintados los ojos como las chicas de su edad, y no enseñaba los pechos.

Pero claro, Duncan era un experto en sacarle fallos a todo. Para él, su hija no hacía nada bien.

Eva esperó y compuso una pose estudiada de recato. Siempre funcionaba.

Sabía que su físico llamaba la atención, por ser delgada, con algunas curvas en su lugar, y porque al medir un metro sesenta y cinco, destacaba por encima de sus amigas más bajitas. El no ser de las populares en el instituto, no implicaba que no fuera objeto de miradas. A veces pensaba que si vistiera

de un modo más provocativo, como lo hacían algunas, podría estar en ese grupo. No era algo que le interesara, claro, pero a veces se sentía bien al pensarlo.

—Por favor, hija, no seas impertinente en casa de los vecinos. Ya que nos han invitado, lo menos que puedes hacer es guardarte tus opiniones sobre Tod, que es un buen chico.

—Lo haré, papá.

Eva se mordió la lengua para no soltar lo que pensaba y lo que sabía de Tod. Abrir la boca solo le haría llevarse una bronca.

Como este individuo trabajaba en la tienda de electrodomésticos de su padre los fines de semana, creía que lo sabía todo de él. De hecho, alguna vez Duncan había insinuado que sería una buena pareja para ella; cuando fuera mayor y tuviera pensamientos de casarse y formar una familia, claro.

Esa tonta ilusión se le acabó cuando Eva le dijo que Tod ya tenía novia; ni más ni menos que la reina del instituto, Abie Morgan.

Menos mal que Trevor, su medio novio, era un buen chico y le gustaba a todo el mundo. Si hubiera escogido mal, la cosa acabaría fatal para Eva.

—Bueno, vámonos ya. No les hagamos esperar.

Salieron de casa y cruzaron la calle para llegar a su destino.

Los Becker les recibieron con amplias sonrisas, halagaron sus arreglados atuendos y les invitaron al salón.

Eva notó que se habían esmerado este año, aunque fuera el primero, que recordara, que ellos no tenían familiares como invitados. Le resultó sorprendente, como si el hecho de que los dos estuvieran allí, fuera una ocasión más especial. Sus padres eran buenos amigos de Mary y Leonard, pero aquello le seguía pareciendo raro a pesar de todo.

Habían decorado las sillas con fundas verdes muy elegantes y grandes lazos color crudo, la mesa tenía un centro con frutos de temporada, y dos preciosas calabazas a los lados completaban el camino de mesa que habían colocado. Parecía un banquete.

Grandes velas esparcidas por la estancia y la cocina al fondo, le daban un aspecto romántico y cálido. A Eva le resultaba todo demasiado íntimo y familiar, como si el hecho de que no estuviera su madre a su lado, fuera para aquella gente un motivo de celebración, incluso de felicidad. Entre ellos incluía a su padre.

¿Qué les pasaba?

Ella solo podía pensar en lo triste que estaría su madre, aunque no pasara la velada sola tampoco, y sin embargo, allí estaban, tirando la casa por la ventana con música, cócteles, aperitivos, y un enorme pavo en el horno de la cocina americana de sus vecinos.

No estaba bien, y tenía ganas de llorar.

Tod se acercó a ella con una copa de vino sin alcohol y su sonrisa de playboy veinteañero.

—¿Puedo hacer algo para ver esa sonrisa que sé que guardas en algún sitio? —preguntó meloso.

Cualquier chica en su lugar se derretiría por sus atenciones, pero ella solo le quería lejos. Era un peligro andante ese chico. Y un mentiroso profesional. Hacía de la seducción un arte, y no le importaba a cuántas chicas a la vez metía en su cama.

Bueno, tal vez todas a la vez no, pero era de sobra conocido el hecho de que ser fiel no era su fuerte.

A Abie no parecía importarle, porque ella era la novia oficial, porque su familia tenía mucho dinero, y porque salir con él era como que te tocara la lotería en más de un sentido que ella no entendía, sin embargo, el que fuera tremendamente atractivo no disminuía el hecho de que era un “bala perdida”.

Menudo elemento.

—Sí, Tod —dijo en voz baja—, puedes dejarme tranquila un rato.

Duncan y Leonard estaban charlando en la sala mientras veían la televisión y Mary continuaba en la cocina, al teléfono con algún familiar, mientras ellos dos estaban en el comedor a solas.

Eva habría ido a ayudar a Mary, pero esta le dijo que no necesitaba nada, y tampoco quería estorbar. No le quedaba otra que soportar la compañía. Con su padre no habría sido mejor, de modo que allí estaba, en el lugar que muchas chicas querrían ocupar.

Sentado a su lado, se inclinó hacia ella y la miró con sus expresivos y preciosos ojos grises.

A Eva le costó tragar, y se recordó que Tod no era más que un ligón de primera. Uno que olía de maravilla, se quejó en su fuero interno. Maldito fuera.

—Oye, siento mucho lo que les ha pasado a tus abuelos, de veras —murmuró con su sexy y ronca voz.

Parecía sincero, pero resultaba que era un maestro del engaño y siempre

sabía lo que tenía que hacer o decir para camelarse a sus víctimas, de modo que Eva se mantuvo impasible, al menos por fuera. Por dentro era un flan que empezaba a temblar y a derretirse poco a poco. Se riñó a sí misma.

—Gracias, pero no hay nada que se pueda hacer.

—¿Tu madre decidió desconectarles ya? —inquirió con suavidad.

—Eso creo. No es que quiera hablar de ello, pero mantenerles de ese modo es algo que no serviría de nada. Ya... ya no sufren más...

No pudo seguir hablando, las palabras murieron en sus labios y notó como una lágrima escapaba de sus ojos.

Tod fue muy atento entonces, y se la limpió con suavidad con sus dedos.

Le miró a los ojos y estos parecían transmitir auténtica inquietud. Eso la pilló desprevenida, y más aún cuando la atrajo hacia él y la abrazó con una ternura que no sabía que podría ser capaz de ofrecer.

—¿Ocurre algo, chicos?

Mary les observaba entre curiosa y preocupada.

Eva se separó de prisa, abrumada, y se recompuso como pudo antes de levantarse.

—Nada, es solo que echo de menos a mi madre. Lo siento, voy a refrescarme en el cuarto de baño.

—Claro cielo, lo que necesites.

Eva notó que su padre se mantenía ajeno a la escena que acababa de vivir y se alegró. No quería que le echara la bronca por algo así. Como tampoco deseaba que pensara mal de ella y del comportamiento de Tod al intentar consolarla.

Algo que la sorprendía mucho.

¿El chico de oro, atractivo a más no poder, egocéntrico, mujeriego y poco fiel, resultaba que tenía un corazón bajo esa fachada de ángel del infierno?

La mayoría, los que le conocían de manera superficial pensaban que era un ejemplo a seguir, porque su cara era la de un chico guapo que no hubiera roto jamás un plato, pero los que sabían cómo era de verdad, por dentro, sabían que no era de fiar. Y no es que Eva considerara que fuera mala persona, pero no pensaba más que en sí mismo, en el placer, y en los lujos que su familia podía costearle.

Vale que iba a la universidad y algún día sería un excelente abogado como su padre, pero aquello le daba que pensar. Tenía una cara que a priori

daba confianza, poseía un obvio don de palabra, quién iba a discutirlo, y sabía manipular a todo el mundo a su antojo, pero su tremenda inteligencia no era sino algo que Eva pensaba que era más bien una maldición para el mundo.

Pobres de aquellas criaturas que cayeran en su embrujo, porque no era un ángel bueno, sino uno perverso, y de ello estaba casi segura.

Cogió un trozo de papel, se limpió la cara y se sentó en un sillón blanco inmaculado que había en el baño. Más que un aseo parecía un *spa*, porque era tan grande que podían meter muebles allí.

Las paredes eran de mármol blanco con pequeñas vetas negras y grises, y a excepción de las toallas de diferentes tonos grises para entonar con el resto de la estancia, y una enorme planta con hojas verdes, todo era de un blanco puro. Daba miedo tocar nada. Era impecable, como el resto de la casa que había visto. Jamás subió a las habitaciones, claro.

Después de unos minutos mirando a las estrellas por la ventana, salió para no preocupar a nadie, aunque sospechaba que su padre estaba a su aire y no reparó en ella para nada.

Algo que no la disgustaba, desde luego.

Tras bendecir la mesa, se dispusieron a dar cuenta de una succulenta cena. Si algo sabía hacer bien Mary, aparte de cotillear y meterse donde no la llamaban, era cocinar.

—Espero que disfrutéis de la comida. Para luego he preparado un postre magnífico.

Eva levantó la mirada porque Mary había usado un tono extraño al decir aquello. ¿Seductor tal vez?

Su padre y ella se miraron, y sonrieron como si de un chiste privado se tratara; sin embargo, al ver que los demás también la miraban, su expresión cambió y, aunque sonrojada, compuso una sonrisa como si nada hubiera ocurrido.

—¿Has preparado tu famosa tarta de chocolate? —preguntó Leonard, ajeno a aquella insólita insinuación a otro hombre.

—S-sí querido.

Eva notó el pequeño tartamudeo de Mary, y sin darse cuenta, su mirada se desvió hacia Tod, que estaba al lado de su madre y frente a ella. Duncan carraspeó ante el evidente interés de su hija por ese sugestivo y extraño comentario, y por la actitud anormal de Mary. Se dio cuenta de que parecía

inquieto, aunque su marido no parecía notar nada fuera de lo común, y solo Tod sonreía de un modo que indicaba que estaba al tanto de algo que a Leonard y ella se le escapaba por completo.

No se le ocurría qué podría ser, de modo que ignoró a todo el mundo, acabó la exquisita comida y deseó que acabara la noche para ir a casa a dormir.

Le costó seguir las conversaciones, así que al cabo de un rato, la excluyeron de estas, y Eva se sintió más que feliz por ello. Pensando en sus cosas, la velada pasó sin mayores contratiempos.

Cuando se iban a marchar, Tod se ofreció para acompañarles a casa, y Eva se abstuvo de señalar lo absurdo de ese gesto, puesto que vivían tan solo a unos quince metros.

—Eres muy amable, Tod —dijo Duncan.

Su padre salió detrás de ellos dos y se despidió con un pequeño abrazo amistoso de los Becker. Estos se abrazaron y se despidieron de ellos agitando las manos en el quicio de la puerta.

Eva pensó que exageraban, y que se comportaban como si se fueran a marchar de viaje a otro país. Sonrió para no parecer una borde. En su interior, solo deseaba poner los ojos en blanco.

Cuando su padre abrió la puerta de su casa, les observó con una sonrisilla a ella y a Tod.

—Dejo que os despedáis, chicos. Eva, no tardes en entrar. Tod, nos vemos el sábado.

Asintieron a modo de despedida. Duncan cerró la puerta sin llave y Eva permaneció un segundo sin saber qué hacer, y preguntándose qué querría su padre que ocurriera dejándola allí con el Diablo personificado.

—¿Cuándo vas a dejar al muermo con el que sales para tener una cita conmigo?

Eva le miró sin inmutarse. Siempre andaba con lo mismo, así que con el tiempo se iba acostumbrando a sus salidas, aunque muy a menudo la pillaban desprevenida.

—¿Cuándo vas a dejar a Abie y a ser sincero con todas las chicas con las que tienes “citas”? —atacó ella.

—Vamos, no seas así. Todas saben que soy hombre de muchas mujeres... —replicó él con su diabólica sonrisa de playboy juvenil.

—Eso es asqueroso. Y dudo que ninguna sepa que la fidelidad para ti es

una palabra, y nada más.

Tod dio un paso hacia ella y Eva dio uno hacia atrás. Chocó contra la puerta y miró a un lado y otro para asegurarse que nadie les observara. Él hizo lo mismo, comprendiendo que aquel no era el momento ni el lugar.

Por suerte para ella, pensó Eva.

Tod no estaría de acuerdo con eso, pero sí sabía que debía andarse con mucho tacto si pretendía ligarse a una chica católica muy protegida por su familia.

Le gustaba de verdad, así que no quería crearle problemas por su forma de ser impetuosa.

—Si estuviera con la chica adecuada para mí, sería un hombre diferente —le aseguró en voz baja.

Estaba tan cerca de ella, que Eva pudo detectar su masculina fragancia. Llevaba alguna de esas colonias con seductores rótulos, y debía admitir que tenía buen gusto. Hasta su pulso se había acelerado. Maldito fuera.

Con su típica sonrisa perversa, le dio espacio solo después de dejar en su mejilla el tacto de sus labios.

Eva sintió deseos confusos en su interior. Quiso darle un guantazo, y a la vez, darle un beso en los labios en lugar de solo recibir uno de él en la mejilla.

Confundida, y un poco enfadada consigo misma, se giró para abrir la puerta y cerrarla en sus narices. A través de una pequeña ventana al lado de la puerta, distinguió a un Tod serio que le devolvía la mirada, y tras unos segundos, también se dio la vuelta y caminó hacia su casa.

Notó que su padre estaba al teléfono y dejó de hablar para darle las buenas noches.

—Buenas noches, papá —le respondió.

No le preguntó con quién hablaba porque daba por hecho que se trataría de su madre. Era tarde y no tenía ganas de nada que no fuera tumbarse en su cama y meditar sobre lo ocurrido hasta quedarse dormida. Subió la escalera y se preparó para acostarse.

Después de unos segundos mirando el techo de su habitación, cerró los ojos y cayó en un sueño inquieto. Su mente le jugó una mala pasada con Tod y su torneado cuerpo de atleta. No solo era un futuro abogado, sino también un jugador de fútbol americano en sus ratos libres. No profesional, pero aún así...

Su subconsciente también fantaseó con sus labios y con actos innombrables, muy poco adecuados para una mente inocente como la suya. ¿Qué le pasaba?

Abrió los ojos de manera brusca en mitad de la noche, y vio que su despertador marcaba casi las tres de la madrugada. No sabía si la habían despertado sus ganas de hacer pis o esos sueños tan poco bienvenidos.

Optó por una mezcla de ambos, ya que también se moría de ganas por ir al aseo.

Vio la puerta del de arriba cerrada y pensó que su padre estaría ocupando el baño superior. No le extrañaba, porque habían tomado gran cantidad de bebidas y refrescos a lo largo de la cena.

—Por el amor de... —blasfemó mientras bajaba la escalera y su vejiga la hacía desear tener puesto un pañal para bebés.

Al pasar junto al salón, todos sus pensamientos se quedaron en blanco al ver la escena que tenía justo delante. Ni siquiera había reparado en el ruido que había allí, y que cesó en cuanto ella apareció.

Su padre estaba completamente desnudo en el sofá, y había una mujer en el mismo estado y justo encima de él. Una mujer que no era su madre, porque Jane tenía el pelo castaño como Eva, y la que había en su sala era rubia.

Esta se sintió cohibida y violenta y se giró para levantarse y buscar su ropa deprisa. Su padre también hizo lo mismo. Eva por su parte, no podía creer lo que estaba pasando. En su propia casa.

Su padre, y Mary, la madre de Tod, haciendo el amor en el sofá de su casa aprovechando la ausencia de su madre. Y justo enfrente del marido e hijo de esta.

No se le ocurría algo peor en la vida. Salvo quizás, presenciarlo. Sentía náuseas.

Se tapó la boca con las manos y sus ojos se humedecieron. No sabía qué hacer, y lo único que se le ocurrió era escapar de casa. Cruzó la puerta y acabó en la calle descalza, en pijama y llorando como una niña.

No se esperaba ver a Tod allí, pero se encontraba apoyado en el coche de sus padres fumando un cigarro tan tranquilo.

¿Sabría él acaso lo que pasaba con su madre, y con su padre en ausencia de sus respectivas parejas?

—¡Eh! ¿Qué te pasa, Eva? ¿Qué haces fuera con el frío que hace?

Se acercó a la acera donde estaba ella, y frotó sus brazos con sus manos.

Le puso su chaqueta y le dejó sus zapatillas mientras él se quedaba solo con unos calcetines para protegerse del húmedo suelo helado.

No era momento para remilgos, porque notaba que Eva estaba muy alterada y tenía que saber por qué.

—Yo... mi padre... acabo de verle en el salón... y...

Un ataque de llanto la dejó por completo sin habla, y Tod, paciente, la abrazó para intentar consolarla.

En ese momento salieron de su casa los dos culpables de un pecado imperdonable, y Eva, al notar que algo pasaba a su alrededor y que no estaban solos, se separó de Tod y miró a ambos con odio.

No quería estar cerca de ninguno, salvo de Tod, que parecía ser el único refugio seguro en esos momentos.

Mary observó a su hijo sin decir nada durante unos segundos y luego la miró a ella.

—Eva, siento mucho lo de... antes. Perdóname, no quise hacer daño a nadie... —soltó con voz quebrada.

Estaba segura de que lo sentía, pero sobre todo lamentaría el haber sido pillada. Esta no dijo nada; solo le dedicó una mirada asqueada. Mary carraspeó incómoda y centró su atención en Tod.

—Hijo, deberías estar dentro. Vamos, por favor.

—Está bien, voy —aceptó con cautela.

Este se inclinó a Eva para hablarle en voz baja.

—¿Estás bien? —susurró en su oído. Eva no quería mentirle, pero tampoco podría quedarse allí para siempre, para su desgracia. Solo asintió—. De acuerdo, pues mañana te llevaré a clase con el coche antes de irme a la universidad. Te espero en la puerta.

—Vale.

Le parecía que aquello era tomarse muchas libertades, pero no le vendría mal hablar con alguien, si se sentía con fuerzas para hacerlo. Y con una persona que no fuera su padre, claro.

La conversación que tendría a continuación iba a ser de todo menos agradable. Estaba segura.

Le devolvió sus zapatillas y la chaqueta a su dueño.

—Gracias —musitó hacia Tod.

—De nada —le guiñó un ojo con picardía y, muy a su pesar, Eva sonrió. Entró en casa cuando su padre dejó abierta la puerta para ella, y se

desató un infierno emocional cuando este la cerró tras de sí.

Ella le recriminó su asquerosa traición, él le gritó que no se metiera en sus asuntos, y de ahí en adelante, la cosa fue de mal en peor. Si su relación antes era distante, fría, y poco agradable, ahora iba a ser insoportable hasta límites insospechados.

Pero, ¿qué podía hacer Eva si no era más que una muchacha de diecisiete años?

Su padre empezaba a darle miedo, ya que jamás la había tratado con tanto desprecio, como si la culpa de lo ocurrido fuera de ella y no suya. Apenas podía creer que de algún modo, aquello se volviera en su contra.

Tan solo era culpable de presenciar la depravación de su padre, un hombre que presumía ser un buen cristiano...

Qué injusta era la vida.

Capítulo 1. Soberbia

Los dos siguientes días fueron terribles para ambos. Para Eva porque él no hacía otra cosa que gritarle y amedrentarla, y para Duncan, porque en el fondo de su ser, estaba aterrorizado por completo. Si Eva decidía contarle lo ocurrido a su madre, no sabía qué ocurriría.

Este dudaba que su esposa lo abandonara, y ante todo, debía mantener las apariencias, o su mundo se derrumbaría como un castillo de naipes.

Sería su ruina financiera si alguien llegara a enterarse; si su esposa le pidiera el divorcio o se separara, su tren de vida se esfumaría. Si bien lo veía improbable, tampoco era un resultado tan descabellado.

Muy en su interior sabía que no estaba del todo bien lo que hacía, pero su mujer no le daba lo que necesitaba, y Mary, que tenía el mismo problema en su matrimonio, se convirtió, sin que ninguno se diera cuenta, en un consuelo, un refugio; encontraron su alma gemela. ¿Qué podía hacer si Dios la puso en su camino?

No quería, ni podía renunciar a ella. Y seguía sin desearlo cuando Eva le aleccionó sobre ello y determinó que su actitud era un gran error, un pecado, una traición a la sagrada institución del matrimonio.

Fue entonces cuando ocurrió lo peor, lo que jamás había hecho en su vida: golpeó a su hija en la cara con su mano abierta, dejándole la marca de su frustración en su blanca e inmaculada piel.

Le costaba creer que hubiera llegado tan lejos, pero no iba a pedirle perdón. Cualquier signo de debilidad sería el detonante para una catástrofe mayor, según él; y eso no podía permitirlo. Había demasiado en juego. Tenía que hacerle ver quién mandaba en casa, y quién tenía el poder de mostrarle cuáles serían las consecuencias de su desobediencia.

No era más que una niña que no sabía nada de la vida real. Ya que razonar con ella era imposible, lo haría del único modo que conocía: a través del miedo.

Sin duda, lo consiguió.

Eva estaba tan asustada por la forma de actuar de su padre, que cuando

su madre llamó el sábado por la noche para explicarle su decisión de decir adiós para siempre a sus padres, ella solo dijo:

—Está bien mamá, si crees que es lo mejor...

Su voz apenas audible, y las lágrimas de tristeza y desesperación, no asombraron a su madre, porque desde luego era algo muy triste lo de sus abuelos.

Claro que si Jane supiera lo que pasaba en casa en su ausencia, ambas se sentirían mucho peor.

—Cielo, no estés triste. Aunque sea una tragedia, ahora están en un lugar mucho mejor —dijo Jane con la voz rota.

—Estoy segura —musitó Eva.

Cualquier lugar era mejor que en el que ella se encontraba, pensó para sus adentros.

Se abstuvo de decirlo en voz alta, claro.

Su padre la escrutaba con severidad y con expresión muy seria, y al cabo de unos minutos, le arrebató el teléfono sin miramientos.

Eva puso mala cara, y enseguida se arrepintió. Duncan echaba chispas por los ojos. No es que antes hubiera tenido mano izquierda con su hija, pero ahora estaba comportándose como un loco déspota. Eva se sentía aterrada desde que se puso violento con ella, y temía lo que sería capaz de hacer si le contrariaba.

Ya creía que no podría ni respirar en su presencia sin un permiso especial. No tenía sentido lo que ocurría. Al menos no lo tenía para ella.

Y la cosa se puso aún más extraña al día siguiente. Su madre, al parecer, decidió que no asistiera al funeral. El domingo por la tarde, después de estar en el hospital sin la compañía de su marido y su hija, solo con la presencia de Ruth y Erick, Jane se despidió para siempre de sus padres, y comenzó con los preparativos para el entierro en Two Rivers.

Eva se enfadó por no ser avisada, porque no la dejaran ir a decir adiós a sus abuelos, y le daba igual la fría mirada de su padre por su ataque de rabia.

Descolgó el teléfono e intentó hablar con su madre. No le fue fácil, puesto que ella tampoco tenía móvil, y su tía no contestaba. Tuvo que esperar a la noche para lograr contactar con ella, y cuando lo consiguió, no fue capaz de decirle lo que pensaba. Solo se lamentó por el hecho de que la dejara al margen de lo que pasaba.

Imaginó que podría ser cosa de su padre.

—Cariño, esto es muy doloroso, es desagradable el asunto del hospital y esas horribles máquinas que solo con unos pocos botones determinan el final... no quiero que te involucres en esto más de lo necesario. Es por tu bien —añadió con suavidad.

—Ya, pero... yo quiero estar allí.

Hubo un pequeño e incómodo silencio. Eva se preguntó si la decisión de ignorar su opinión con todo el asunto era idea de su madre, o si fue cosa de su padre.

Creía que era más factible la segunda opción. No tardó en comprenderlo, y en conocer los planes de ambos.

—Tu padre y yo pensamos que es mejor que no pierdas clases mientras solucionamos todo por aquí. Tenemos que hablar con el abogado de la familia y arreglar unas cosas importantes. Debes dejar que nos ocupemos y, mientras, debes seguir adelante. No consentiré que te pierdas los exámenes.

Su madre parecía muy resuelta, y como Eva se sentía mal por lo que estaba pasándole, no quería añadir más presión, ni complicar más las cosas. Bastante tenía que aguantar ya; las dos en realidad.

Perder a sus padres debía ser un golpe tremendo, ya que también lo era para ella.

Aunque a cierta distancia, y por motivos ajenos a Eva, esta siempre les consideró parte de su vida; eran familia, y les echaba de menos ahora que no estaban. No podía evitarlo.

—He hablado con Mary, y le he pedido que te acoja unos días. Una semana como mucho —añadió su madre. Eva notó cómo su corazón se aceleraba al oír el nombre de su vecina—. Ya sabes que te adora, y así tu padre podrá venir un día para firmar los papeles del testamento y estar más relajado para ir y venir al trabajo. Estarás en buenas manos.

—¿Vivir en la misma casa que Tod Becker? No sé si eso es una buena idea —protestó con sarcasmo.

—Oh, cariño, deja de decir tonterías. Ya sabes que Tod es un buen chico que va a la Universidad y... tiene una novia, ¿no? —añadió con cautela.

—Sí, pero...

Iba a decir que no era tan buen chico como creía, y que no quería quedarse en su casa ni un solo segundo, pero qué motivos podría darle para no dormir allí, si con lo de Tod ya no la creía. Ni ella ni nadie, porque su vecino tenía engañados a todos...

Si bien era cierto que ahora dudaba de sus prejuicios contra él, no podía olvidar lo que había sabido hasta ahora.

—No discutas conmigo, Eva. Haz lo que te diga y no me compliques más las cosas. Esto tampoco es fácil para mí, y me gustaría que fueras un poco madura y aceptaras que ahora necesito que me apoyes con esto.

El tono desesperado de su madre la dejó paralizada. ¿Estaba siendo muy egoísta, de verdad?

No creía que fuera el caso, pero su madre tenía razón; debía madurar y comportarse como una mujer sensata. Era muy mal momento para sacar ciertos temas escandalosos, sobre todo por teléfono, de modo que guardó eso en un rincón oscuro y apartado de su mente, y aceptó que no tenía voz ni voto, una vez más, en su futuro más inmediato. Ni en otros, por desgracia.

Escuchó la puerta de la entrada y dio un sobresalto. Su padre llegaba media hora más tarde de lo que había previsto y, como algunas veces cuando estaba sola en casa, se asustaba un poco al oír ruidos de improviso; como si de un intruso se tratara, pensó inquieta.

—Ha llegado papá.

Jane no se sorprendió cuando le dijo eso, ya que los domingos por la tarde su marido solía ir a la empresa para organizar la mercancía que recibían los sábados por la mañana. De esa manera, los lunes podían abrir a la hora habitual, y no a las cinco de la mañana para ordenar la tienda.

Lo que Eva sospechaba esa noche en cambio, era que había llegado más tarde porque venía de hacer una visita a la casa de enfrente.

Se lo confirmaría poco después.

Molesta, procuró no pensar en nada, para evitar que sus pensamientos pasaran a convertirse en palabras. No podía dejar que ocurriera, al menos aún no. Y no con su madre.

—De acuerdo pues prepárate, que esta noche te quedarás con los Becker, y tu padre se pondrá en camino hacia aquí en cuanto se asegure que estás bien.

—Pero mamá... ¡deberías haberme avisado! Ya creía que esta locura empezaba mañana...

—No digas bobadas. Tod ha estado ayudando a tu padre para que el lunes Frank se encargue de la tienda sin mayores problemas. Todo está arreglado, él te llevará a clase y luego se irá a la universidad. Green Bay no está lejos y ya me ha dicho su madre que puede compaginar bien sus horarios

esta semana.

—¿Tendré que ir y venir a casa cada día para recoger mi ropa y demás?

—Eva, por favor. Solo tendrás que cruzar la calle para ducharte, coger sus libros y tu ropa, y poco más —soltó con impaciencia—. Irás a desayunar, a comer y cenar a casa de los Becker, y cuando necesites estudiar, puedes ir a casa, pero mientras tanto, estarás bajo la supervisión de Mary.

Eva ya pensaba que su vecina necesitaba más vigilancia que ella, pero se mordió la lengua para no revelar aquel dato.

Era horrible contenerse.

Con gran pesar, le guardó el secreto a su padre, y no porque quisiera, sino porque saber la verdad destrozaría a su madre. No se lo merecía.

No tardó en despedirse de su madre para que los tres pudieran ponerse en marcha. Eva recogió algunas cosas para el día siguiente tener la mochila lista, y buscó un bolso donde guardar el pijama y algunos artículos para el aseo. Se despidió de su padre con un frío adiós desde el recibidor de los Becker y, con gran desesperación, se quedó junto a Mary, la mujer que había traicionado a su marido, a Jane, que era su amiga, y a Eva. Ella misma se incluía porque se sentía engañada por una mujer que siempre andaba cerca para saber lo que hacía. Le dio por pensar que tal vez la vigilaba para informar a su padre de todo; no era una idea muy descabellada. Desagradable sí, sin duda.

Después de una cena en silencio, en la que la familia Becker respetó su espacio y su dolor, se encerró en el cuarto de invitados. Se trataba de una habitación amplia con una cama, dos mesillas, armario y tocador. También tenía un cuarto de baño completo y moderno solo para ella, lo que era de agradecer.

Se metió en la cama con su pijama rosa de algodón y se tapó con el grueso nórdico. No pesaba nada, y se sentía como en una nube. Se notaba que era de calidad, y la cama, una delicia.

Sin embargo, el sorprendente placentero sueño que empezaba a apoderarse de ella se esfumó cuando oyó voces en el exterior. Parecía que se tratara de dos personas discutiendo.

No quería fisgonear, pero sintió curiosidad cuando notó que una de las voces era la de Tod. Se reprendió a sí misma por su interés por él, que al parecer le llevaba a distinguir su voz en plena noche.

Se levantó y se acercó a la ventana. No veía nada, y corrió la cortina

para poder distinguir algo. Apenas logró contener un grito ahogado cuando vio que Tod estaba allí sujetando a una chica por las manos. Esta se resistía al principio, ya que parecían estar peleando, pero al cabo de unos segundos, esta se rindió a sus encantos, a los besos que este le dejaba en el cuello y las mejillas. Pero eso no era lo que asombraba a Eva, sino el descubrir que no se trataba de su novia, que tenía el pelo rubio y perfectamente ondulado, sino que era su amiga Lucy. Su pelo corto castaño estilo chico no daba lugar a confusión. No conocía a nadie más que lo llevara así.

Tod miró en su dirección, no a mucha distancia, ya que la habitación se encontraba en la planta principal, seguro que alertado porque la cortina se había movido, pero no habló, sino que sonrió y continuó como si nada. Eva quiso alejarse de allí y meterse en la cama para olvidar que su amiga, una chica en apariencia tímida y recatada que aseguraba odiar a Tod, en realidad era uno de sus ligues ocultos.

Si Abie se enteraba, la mataría. Tal vez no de un modo literal, pero sí sería su caída social. Todo el mundo la consideraba una buena chica decente, y por cómo se comportaba, no parecía que esos magreos descarados fueran los primeros que disfrutaba.

Tod le guiñó un ojo desde su posición al ver que ella les observaba sin poder apartar la mirada, y fue como un golpe de realidad. Dejó caer la cortina y se sentó al pie de la cama, con el corazón latiendo a toda prisa.

¿Qué le estaba pasando al mundo? ¿Es que todos a su alrededor le mentían y cometían actos ocultos depravados y censurables?

No tenía idea, pero sí sabía algo: al día siguiente se enteraría de qué era lo que ocurría con su amiga.

Lucy siempre había hablado fatal de Tod, y aunque pensaba que tal vez lo hiciera por celos, no era normal que Eva conociera tan poco a una de sus mejores amigas. Pasaban tanto tiempo juntas...

Nunca más volvería a pensar que su vida era una rutina aburrida de días sin emoción. Casi deseaba volver a eso.

A la mañana siguiente, Mary tocó en su puerta varias veces para avisarla de que era hora de despertar.

Eva se aseó y se cambió de ropa. Guardó sus cosas antes de salir a desayunar en silencio con su vecina y Tod. Al parecer, Leonard ya se había

marchado al bufete de abogados donde trabajaba, de modo que estaban los tres solos.

—¿Has descansado bien?

Eva tardó unos segundos en comprender que Mary hablaba con ella. Tenía tantas cosas en la cabeza...

—Sí. Muy bien.

Tod se quedó mirándola y sonrió con disimulo. Ella le lanzó una mirada envenenada, pero solo sirvió para que este se divirtiera a su costa. Sus ojos grises brillaban con picardía, y Eva se sonrojó sin remedio.

Mary, ajena a lo que ocurría entre los dos, miró el reloj y les apremió.

—Debes recoger tus libros enseguida, o llegarás tarde —dijo con suavidad y una amable sonrisa que Eva detestó—. Tod, saca el coche del garaje —le pidió mientras se acababa la tostada.

—Lo dejé anoche fuera.

—¿Por qué? Con este frío, es un milagro que arranque a la primera.

—Estuve... escuchando música durante... una hora o así —musitó con un evidente doble sentido—. No podía dormir, y estuve escuchando un CD un rato.

Eva acabó de desayunar, recogió sus cosas y fue a cambiarse a su casa. Se puso un pantalón vaquero, unos botines y un jersey grueso abrigado. Recogió una chaqueta y un gorro de lana, y con la mochila en la mano, salió a la calle solo para ver que Tod ya la esperaba en su coche. Subió en el asiento del copiloto y se quitó el abrigo porque notó que la calefacción había dejado el habitáculo caldeado.

Tod arrancó el vehículo y la miró con algo que Eva interpretó como lascivia, aunque no supiera muy bien lo que significaba. Se sintió cohibida por su escrutinio, como si la estuviera tocando, pero sin contacto real alguno. Se sonrojó y este se rió por lo bajo al saber que conseguía su propósito de provocarla.

—Estás muy guapa —dijo a tiempo que comenzaba a conducir.

Eva no le miró, pero sí apretó los dientes. Era más que obvio que no vestía como para que un chico como él se fijara en ella. Ni siquiera Trevor la miraba con más interés que el de una amiga por la que sentía gran cariño. Era evidente que su relación no era física por varias razones: que los dos eran vírgenes, católicos creyentes y practicantes, y que no se atraían hasta el punto de pensar siquiera en caer en la tentación.

—Si vas a estar todo el rato diciendo sandeces, me bajo aquí mismo. El instituto no está lejos —masculló molesta.

Él se quedó en silencio al principio, pero luego moderó su tono por otro más comedido y continuó.

—Oye, no quería que pensaras que me burlaba. La verdad es que... me gustas...

—Claro que sí —le cortó ella con ímpetu—. Te gusta que no me maquille como las otras chicas, que lleve ropa holgada y no ajustada, te encanta que mis padres me traten como una niña y me tengan en casa a una hora razonable cada día... y te gustará mucho saber que voy a cumplir dieciocho años en unos pocos meses y que nunca me hayan besado siquiera...

Las palabras murieron en sus labios al comprender que estaba tan enfadada por su comentario que el tonto y revelador discurso le salió solo.

No tenía la culpa de lo que le estaba pasando, pero había sido el colmo escuchar esa mentira del hijo de la mujer que estaba acabando con su familia.

Tod detuvo el coche y Eva puso los ojos en blanco.

—No hace falta que pares. No quiero hablar de esto y, además, tengo un examen dentro de un par de horas y necesito repasar —explicó sin entusiasmo.

Tod señaló hacia delante.

—Hemos llegado.

—Oh.

No supo qué más decir. Eva se sonrojó y fue a abrir la puerta para salir y poder coger sus cosas que estaban en el asiento trasero.

—Espera —dijo Tod cuando sujetó con suavidad su mano.

Sorprendida, le miró con cautela. Era muy consciente de a quién tenía delante: un mujeriego sin corazón que se liaba con toda la que se le pusiera por delante, incluida su amiga Lucy. Aún le costaba procesar aquello.

—Quiero decirte que puedes contar conmigo para hablar de lo que está pasando —le dijo con suavidad.

Eva le miró aterrada en un principio, furiosa incluso, al imaginar que él sabía lo de su madre y su padre.

—¿Q-qué quieres decir? —balbuceó, notando que tenía ganas de golpearle con algo.

—Es muy triste lo que les ha pasado a tus abuelos. De verdad que espero

que cuentes conmigo, como amigo —matizó con una pequeña sonrisa—. Y tengo algo para ti.

Cogió una pequeña caja de debajo de su asiento y se la dio.

—No lo envolví porque no sabía si en realidad ibas a tirármelo a la cabeza —bromeó.

—¿Un teléfono móvil?

Tod se carcajeó.

—Muy observadora, vecina. Sí, es para que puedas escribirme y hablarme si necesitas desahogarte con alguien. Tienes mi número guardado. Me tomé la libertad de ponerlo en marcha ayer.

Eva se quedó sin habla.

—No puedo aceptar un regalo así. Esto te costaría una pequeña fortuna.

Conocía la marca y el modelo porque algunas chicas del instituto tenían móviles del estilo. Sabía que costaban un dineral y se sintió mal por recibir un regalo tan caro de alguien como él. No es que este supiera que ella le criticaba con sus amigas más íntimas, y en su fuero interno todavía más, pero sería la hipócrita del siglo si lo cogiera sin más. Por otro lado, era algo que había deseado tener desde hacía años.

Dudó unos segundos tan largos que hasta Tod la observaba con diversión al ver su dilema interno reflejado en su expresión.

—Oye, no es nada, y además, puedes tenerlo como un regalo temporal si lo ves mejor así.

—Es una mala idea. Si mis padres lo encontraran, me echarían una bronca descomunal por mentirles...

—No tienes que mentir. Puedes contarles que es mío y no tuyo; que solo lo guardas un tiempo —sugirió con una amplia sonrisa resplandeciente.

—Te lo agradezco pero, no es un buen momento para desafiarles. Es mejor que se lo regales a otra persona, de verdad.

Tod asintió sin estar convencido, pero aceptó que tal vez para ella sería un problema, aunque le habría gustado poder escribirle por privado.

Era raro sentir que deseaba conocerla más, sobre todo pudiendo tener a toda la que quisiera comiendo de su mano con solo lanzar una mirada sugestiva. Pero había algo en Eva que le atraía desde que tenía uso de razón. Algún día la tendría, se prometió.

Su deseo no hacía sino aumentar con los años, y sentía que tenía que ser el primer hombre para ella, para todo, pensó, experimentando una punzada de

excitación que intentó ocultar.

A sus veinte años, tenía mucha experiencia con el sexo, y sin embargo ahí estaba, sintiendo que, bajo sus pantalones, su miembro crecía sin control. Se amonestó a sí mismo y se removió inquieto en el asiento.

Dejó la caja del teléfono en el salpicadero del coche y, como aún tenía su mano derecha sujeta, la acarició con suavidad antes de cernirse sobre ella.

Eva se quedó rígida al comprender que pensaba darle un beso, pero él se inclinó para dárselo en la mejilla y dejó muy claras sus intenciones para que no se le fuera a ocurrir darle un guantazo. Sabía que era muy capaz, sobre todo al comprender que le había confesado algo tan personal como el hecho de que nadie la había besado antes.

—Suerte con tu examen.

Se preguntó cómo era que sabía que hoy tenía uno, ya que no se lo había contado más que a su padre, y poco le importó el camino que recorrió esa información, ya que seguramente su madre habría cotilleado sobre sus cosas.

Mary era una bocazas. Deseó que se metiera en sus asuntos y dejara su vida en paz. Eso incluía a su padre.

Él sí que era un hipócrita. Y de los peores.

Suspiró algo tensa al darse cuenta de que la culpa era suya, que había mencionado antes lo de su examen. Le dio las gracias a Tod, también por llevarla a clase, y cuando tuvo sus cosas, hizo un gesto con la mano para despedirse. Enseguida supo que mucha gente la había visto llegar con su vecino en su coche. Se preguntó cuánto más habrían presenciado y, por las caras de las chicas, que no parecían contentas en absoluto, estuvo convencida de que la respuesta era: todo.

En menudo lío se había metido.

La gente empezó a murmurar a su alrededor, y quiso hacerse tan diminuta como para que nadie advirtiera su presencia.

A lo lejos vio al grupo de arpías junto a su reina Abie. Se apresuró a entrar en clase y allí encontró consuelo, y a sus amigas. Claro que ver a Lucy no era algo que le alegrara ese día.

¿Cómo había podido ocultar su secreto? ¿Cuánto llevaría liada con Tod? ¿No le importaba quién era él?

No negaba que era más que una cara bonita, una mente inteligente, y una sonrisa que aceleraba los corazones de muchas, pero lo que le caracterizaba también era negativo. Y mucho. Resultaba obvio que no le importaba

engañar, y tampoco los sentimientos de la gente. Era un manipulador nato. ¿Tampoco le afectaba eso a Lucy? Porque siempre había tenido claro que esta conocía sus facetas más feas, y sin embargo, no parecía muy disgustada por sus atenciones tras esa pequeña discusión que parecieron mantener.

Le habría gustado preguntarle a Tod, porque se sentía incapaz de hablar con ella sobre eso, pero no quería meterse en medio. Si Lucy quería mantenerlo oculto, por su bien, era mejor quedarse al margen.

Lucy estaba con su móvil y parecía muy alterada mientras escribía sin parar.

—Buenos días.

Catherine la saludó, y Eva miró a Lucy, que al igual que ella, estaba intrigada cuando percibió su estado.

—¿Cómo llevas el examen?

—Bien, o eso creo. Voy a repasar un poco antes de la clase.

—Si necesitas ayuda, me lo dices.

Bendita fuera Catherine, pensó Eva. Era un ángel, y siempre había sido amable y cariñosa con ella. Esperaba que no le guardara secretos turbios como Lucy, ya que también creyó que era una de sus mejores y más sinceras amigas, y resultó que no era así.

—¿Cómo es que Tod te ha traído a clase en su coche? ¿Hay algo que no sepamos? —inquirió Lucy asombrada e intrigada y con una evidente nota de acusación en su voz.

Eva entrecerró los ojos. No sabía cómo era capaz de insinuar que ocultaba cosas, cuando era ella misma la que lo hacía.

—Somos vecinos, no sé qué tiene de raro —se defendió sin mucho éxito.

Catherine tenía la boca y los ojos muy abiertos, mientras que Lucy casi parecía inculparla por algo con su expresión.

Le mostró su teléfono y en la pantalla aparecía una foto de un momento antes, cuando Tod le daba un beso en la mejilla. Se veía de lejos y no muy clara, así que parecía un beso en los labios.

Fue su turno de mostrarse perpleja.

Un gran alboroto se sintió acercarse, y no podría haber estado encabezado por otra persona que no fuera por Abie, pensó Eva. Pronto estuvieron acorralándola un montón de chicas indignadas cerca de la primera fila de mesas que ocupaban ella y sus amigas en el aula.

Eva tuvo miedo porque sabía que Abie era capaz de ser una verdadera bruja si alguien la contrariaba.

—Tienes dos segundos para explicar esto —espetó cuando le mostró su teléfono.

La misma dichosa foto ocupaba la pantalla.

Pensó con rapidez en una explicación razonable que la sacara de aquel marrón, o acabaría con el pelo quemado, o con la comida del almuerzo sobre su ropa, o desnuda en medio del instituto... Las maldades de Abie no tenían límites.

Abie colocó sus manos con gran estruendo sobre la mesa de Eva y se inclinó hacia ella de manera amenazante. Sus ojos echaban fuego. Casi podía ver cómo maquinaba cientos de formas de hacerla sufrir por una humillación que creía estar padeciendo.

Lo cierto es que esa foto le iba a causar más problemas a ella que a Abie. Eso seguro.

Justo cuando pensó en Trevor, este apareció. Con su habitual apariencia impecable, su precioso cabello castaño y esos ojos verdes amigables, ahora no le sentía tan amable como siempre.

Por primera vez en toda la mañana, se sintió realmente mal.

Él se detuvo junto a su mesa, mostrando su preocupación a la par que su disgusto.

—Oye, Abie, deja de atosigarla. Está claro que esa foto no es más que un montaje. ¿Por qué iba Tod a besar a Eva delante de todos?

—Que lo explique la monjita de tu novia —atacó con desprecio.

Las amigas de Abie empezaron a decir que les habían visto, que la foto era real y que mucha gente presenció el momento.

—Solo pretendía consolarme como amigo. Mis abuelos murieron ayer —explicó con sincera tristeza—. No creo que sea tan malo que un vecino, siendo su familia amiga de la mía de toda la vida, intente darme su apoyo en un momento así.

Abie, al igual que los demás, se quedaron en silencio por su declaración. Aunque la joven, lejos de sentirse satisfecha con la explicación, tenía que tirar a matar.

—No te acerques a él —advirtió entre dientes—. No eres nadie; y un chico como él jamás miraría dos veces a una insulsa como tú —soltó con malicia y una sonrisa condescendiente.

—Virgen y sin gusto para la moda. Solo alguien como Trevor podría fijarse en ti, Eva —espetó una de sus secuaces. Todos rieron por lo bajo mientras se dispersaron.

Trevor no era un chico feo, sino todo lo contrario; era atractivo y estudioso, pero era sabido por todo el mundo que también era un poco santurrón.

Tan solo eso lo había excluido del grupo de los chicos populares del instituto. Un mes más joven que Eva, era perfecto para ella en todos los sentidos. Esperaba que no estuviera molesto por lo sucedido, aunque enfadarse no era algo que fuera con él.

Abie le lanzó una última mirada envenenada y fue a su asiento cuando entró el profesor de turno.

—¿Por qué no nos contaste lo que pasó? —preguntó Catherine en voz baja.

—¿Y por qué el infeliz de Tod te ha traído a clase y tú has dejado que te bese? —masculló Trevor a su lado.

—No conté nada porque no he tenido tiempo, y Tod, él solo pretendía ser amable. Un beso en la mejilla no significa que haya algo entre nosotros, por favor —farfulló deprisa.

La clase empezaba y no tuvieron mucho tiempo de discutir todos los asuntos; más tarde estaba el examen y tampoco sería el momento. No pudieron hacerlo hasta la hora del almuerzo, y decir que la cosa estaba tensa sería quedarse muy corto.

Todos cuchicheaban en el comedor y la miraban de reojo, mientras Abie montaba un numerito para llamar la atención de todos. Al parecer se había hecho un nuevo tatuaje sin el permiso de sus padres, y sin tener la edad mínima para poder hacerlo, pero siempre se salía con la suya, y le encantaba demostrarlo.

—No les hagas caso —murmuró Catherine, que también había visto que Abie le hacía un gesto muy feo con el dedo corazón.

Incluso a cierta distancia, se distinguía la mirada de odio a Eva. Esta se sentó junto a sus amigas y Trevor. Él fue el primero en hablar.

—¿Cómo estás? ¿Y tus padres?

—Estoy bien... supongo —dijo pensativa—. Mis padres están en Two Rivers arreglando los papeles de los abogados, aunque no sé qué será lo que necesitan solucionar porque, que yo sepa, los abuelos no tenían muchas

propiedades.

Como no estaba allí, con su familia, le parecía que nada de lo que estaba pasando era real. Luego estaba el horrible tema del secreto de su padre; y Tod. Le estaban sucediendo demasiadas cosas a la vez, y su vida, antes tranquila, se había convertido en una montaña rusa sin frenos y en caída libre.

Empezaba a pensar que en cualquier momento podría estrellarse contra un muro, y dudaba que pudiera levantar cabeza. Ya sentía vértigo... ¿cómo se sentiría si continuaba así durante mucho más tiempo?

—¿Te han dejado sola en tu casa? —inquirió Trevor estupefacto.

—No —susurró Eva, experimentando una oleada de culpabilidad. ¿Cómo explicarles que se quedaba en casa de la familia de Tod? Pensarían que estaba loca, aunque de hecho la idea no fuera suya, y habiéndose opuesto a ello desde el principio, no podía hacer nada —. Volverán en unos pocos días y ya idearon un arreglo para que no estuviera sola por la noche.

La miraban con gran interés y curiosidad, pero no se atrevía a decirlo en voz alta. Para su sorpresa, fue Lucy la que lo explicó.

—Se está quedando en casa de Tod, con su familia —añadió.

Eva frunció el ceño y la miró confusa.

—¿Cómo sabes tú eso?

Ahora fue su amiga la que se mostró cautelosa. A Eva le pareció que no estaba muy contenta por saber que se quedaba en casa de los Becker.

—No fue idea mía. Mis padres no me dejaron alternativa, y tampoco es que esté durmiendo en la misma cama de Tod. Lo dices como si...

—¿Cómo qué? —preguntó con chulería, con una mirada de evidente disgusto.

Eva explotó.

—Como si estuvieras celosa —soltó de repente—. Tal vez porque estás liada con él a espaldas de todo el mundo. ¿Cómo pudiste hacer eso después de decir que es un tipo asqueroso que liga con todas las mujeres del planeta sin discriminación?

Trevor y Catherine seguían la conversación como si de un partido de tenis se tratara, desviando la atención de Eva a Lucy, sin tocar las bandejas con la comida, y asombrados por las revelaciones.

—Lucy, ¿es eso cierto? —inquirió Catherine con voz temblorosa.

—No, claro que no. Es evidente que Eva se lo ha inventado para desviar la atención. Seguro que es ella la que se lo monta con Tod a espaldas de

Trevor. Lo siento —dijo mirando a este con una expresión tan falsa como sus palabras.

—No mientas Lucy —espetó Eva enfadada—. Te vi desde la ventana. Vi como te sujetaba de las manos y te manoseaba. Desde luego no parecías muy a disgusto —soltó con desprecio. Podría haber sido más amable con ella si no le hubiera mentado a la cara o intentado que fuera ella la que pareciera una fresca delante de sus amigos. Eso fue demasiado.

Esta podría haber seguido mintiendo, excusándose o defendiéndose con más farsas, pero no había esperado que Eva dijera eso. Sin duda, Tod podría corroborar su historia, y todo el mundo la tomaría por una mentirosa. Lo que era la realidad ni más ni menos.

—Vale, no pienso seguir ocultándolo. Yo le gusto, y él me gusta. Estoy segura de que dejará a Abie y saldremos juntos —declaró con seguridad—. No creas ni por un segundo que Tod saldría con alguien como tú, Eva. —La observó con detenimiento y desagrado, algo que su amiga jamás vio en ella, y luego Lucy miró a Trevor del mismo modo—. Sois tan aburridos y sosos... perfectos el uno para el otro.

—No seas cruel, Lucy. No te reconozco...

Catherine era buena persona, y una chica tímida, solo le bastó una mirada intimidante de la hasta ahora amiga suya para que sus ojos se llenaran de lágrimas no derramadas.

—Estoy harta de estar en el grupo de las marginadas. Es nuestro último año y pienso salir de aquí con la cabeza bien alta —dijo con altanería—. Vosotras podréis seguir siendo unas pringadas si queréis.

Se levantó y se sentó en otra mesa con unos chicos. Los tres la miraron sin comprender. Siempre había sido una muchacha dulce y simpática, y de repente se le cruzaron los cables para convertirse en una persona que se creía por encima de las que hasta hacía cinco segundos eran verdaderas amigas suyas.

No podían creerlo. Tampoco Trevor.

—Así que está colada por Tod. Pero si es un idiota insensible, y además Abie es su novia...

—Parece ser que le da igual ponerse en su punto de mira, aunque no me gustaría estar en su lugar.

—Pues también tú deberías tener cuidado, Eva —advirtió Trevor con suavidad.

Abie se hacía fotos con sus amigas y con poses atrevidas, señalaba que eran para Tod, y les advertía que la sacaran bien guapa. Estaban armando un gran jaleo y varios profesores no tardaron en intervenir para hacerles callar.

Todos las miraban, pero esta solo lanzó una mirada de advertencia hacia Eva.

Tal vez ella no estaba liada con Tod, pero sin duda lo ocurrido esa mañana la había puesto en el ojo del huracán y había algo de cierto en lo que Trevor le dijo: debía andar con cautela, o de lo contrario, no sabía lo que podría acabar pasando con ella.

Abie no era una chica que se tomara sus venganzas a la ligera, y muchas chicas antes que ella habían sufrido a manos de la reina del instituto más cruel jamás vista.

Tembló solo de pensarlo.

Parecía que esta solo quería hacer olvidar lo sucedido y por eso actuaba como si nada le afectara. Tenía que demostrar que Tod era su novio, y fingir que solo ella tenía el privilegio de hablar con él, enviarle fotos, y decir que le pertenecía.

Eva pensó que si llegaba a enterarse de que esa mañana casi le regalaba un teléfono, la mataría. De un modo muy literal.

Suspiró.

¿Por qué no podían seguir las cosas como varias semanas antes? No tendría que soportar la cercanía de Tod, ni las mentiras de la gente, ni la soberbia que parecía aflorar en el instituto. Aunque de hecho, eso no era nada nuevo.

—Lo tendré —dijo entonces Eva con la cabeza gacha.

Capítulo 2. Avaricia

Pasaron varios días sin mayores altercados, porque estaban en plena época de exámenes y las chicas malas no prestaron ninguna atención a Eva.

Al menos una cosa sí cambió. Cada día Abie se quedaba sola en la zona de los aparcamientos, esperando que llegaran ella y Tod en el coche de este, para lanzarse a por él y así demostrar que era suyo.

Como si Eva tuviera el más mínimo interés...

Al menos ella se decía que no era el caso, aunque su imagen de él había cambiado un poco.

Ahora que lo trataba de una manera más cercana, se daba cuenta de que no siempre era solo un tonto lujurioso. No es que sus prejuicios no estuvieran fundados, desde luego.

Pero al menos, ya no le creía solo un desalmado sin sentimientos, aunque seguía sin fiarse.

Intentó sin demasiado éxito que no le afectara lo que la gente decía sobre su persona. Corría el rumor de que le gustaba Tod, y que todo lo que dijera ella sobre que no había nada entre los dos, como que él solo intentaba ser amable por la tragedia que destrozó a su familia, no era más que una tapadera para ocultar su verdadero propósito.

A ella también le gustaría saber qué meta era esa, pensó con ironía.

Incluso Trevor se sentía inseguro con todo ese asunto, y un buen día le preguntó eso directamente.

—Claro, como si alguien pudiera pasar por alto lo malo y desagradable que ha hecho hasta ahora...

Ante su respuesta sarcástica, Trevor puso mala cara.

—Hablo en serio, Eva. Si él te gusta, no podremos seguir saliendo juntos.

Al principio pensó que le daría igual, porque no eran como cualquier pareja, sino más bien dos buenos amigos que acordaron llamarse novios.

Solo salían en grupo algunas veces para ir al cine en sesiones de media tarde durante las vacaciones escolares y en verano. No se habían besado

nunca, y por supuesto, tampoco se habían acostado.

Todo eso era cierto, y también lo era el que a Eva le gustaba. Le encantaba contar con él y su compañía. Era un buen chico, amable, sincero, y que no tenía inclinaciones por las relaciones a dos bandas. O a cientos, como Tod.

No eran iguales ni de lejos, eso seguro, y por ese motivo no quería perderle. Más que nada era un buen amigo, y tampoco se encontraba en su vida en una posición que le permitiera perder a alguien tan cercano.

Tanto en su clase como en el resto del instituto, y también en buena parte de su ciudad, Eva tenía fama de mojigata, de chica rara y sosa, por venir de una familia tan religiosa; y su personalidad reservada tampoco la ayudaba a tener una vida social animada fuera de su íntimo y reducido círculo de amigos en el que solo se encontraban Catherine y Trevor ahora mismo. Tal vez incluso Tod, de un modo retorcido y extraño.

Con el tiempo se dio cuenta de que era mejor así. Dudaba que pudiera ser feliz con personas tan materialistas y falsas como lo eran las chicas de su edad. Sobre todo el séquito de Abie en el instituto. Menudo círculo de brujas, juzgó para sus adentros.

Esos pensamientos agolpados en su mente la hicieron ser muy impulsiva con Trevor esa tarde de jueves.

Habían quedado los tres para estudiar en casa mientras esperaban a que sus padres llegaran por fin del nuevo viaje a Two Rivers de esos días, y él no pudo esperar en ese momento para pedirle hablar a solas.

No tuvieron mucho tiempo para ello en lo que llevaban de semana.

Una vez que estuvieron en el patio trasero, lejos de posibles miradas curiosas, Trevor dejó al descubierto de nuevo sus inquietudes sobre el vecino de Eva.

Ella tuvo que tranquilizarle antes de que la cosa fuera a más.

—Te prometo que no hay nada, ni habrá nada entre Tod y yo. Nunca.

Los ojos verdes de su novio brillaron con intensidad mientras se clavaban en los suyos, y Eva por primera vez sintió que las mariposas de su estómago revoloteaban por Trevor.

Levantó su mano y acarició su mejilla, que estaba un poco áspera. A esas horas de la tarde empezaba a notar los indicios de su barba. Casi tenían dieciocho años, se recordó y, aunque era tan joven como ella, él era todo un hombre.

Trevor también podía notar ese pequeño cambio en el ambiente entre los dos y, sin pensarlo, se acercaron a la vez y unieron sus labios con suavidad.

Eva notó su dulzura y el cuidado con el que la trataba. Fue un beso perfecto, y para su eterno asombro, fue aún mejor cuando Trevor la sujetó por la cintura y pegó su cuerpo al suyo.

Una punzada de deseo la atravesó y, por la intensidad que aumentaba con el contacto entre sus cuerpos, supo que él también estaba excitado.

Acabó chocando contra la fría pared trasera de la casa, escandalizada por lo que ella misma provocaba en su novio.

Con timidez al principio, las manos de él acariciaron su cintura por debajo del jersey mientras Eva rodeaba su cuello con los brazos para profundizar el beso. Era como si lo hubieran hecho cientos de veces antes, y no por primera vez como era en realidad.

Tomó aire cuando sus labios se separaron y Eva tuvo conciencia de lo que estaba ocurriendo. Trevor bajó sus manos despacio y acarició su trasero por encima del pantalón. Su cuerpo tembló y su corazón se aceleró. Aquello no estaba bien, pero sentía que el fuego que comenzaba a atraparla no era de esos de los que la gente huye, sino de los que permitiría que le absorbiera.

Trevor paseó sus labios por su cuello, dejando pequeños besos, y aspiró su dulce perfume. Fue entonces cuando colocó sus manos en la pared con fuerza, atrapándola, pero dejando a la vez cierta distancia entre sus cuerpos. Su respiración era trabajosa, igual que la suya. Estaba haciendo acopio de su fuerza de voluntad, de su determinación.

—Lo siento, Eva. No quería llegar tan lejos...

Pegó su frente a la suya y poco a poco empezaron a recuperar el control. Eva cerró los ojos, y se empapó de la sensación de tenerle tan cerca. Algo en su interior le gritaba que quería continuar, pero sabía que sería un error. Había prometido no entregarse antes del matrimonio, y Trevor también había hecho igual. Si bien sabía que algún día se casaría con él, no entraba en sus planes más inmediatos el cometer una locura como la de caer presa de ese pecado, y mucho menos, para cambiar su relación de un modo tan drástico.

Le preocupaban otros asuntos más urgentes ahora mismo. El sexo no entraba en la ecuación por ahora.

—No te preocupes, ha sido el calor del momento —expuso con suavidad—. Iremos despacio, como hasta hoy —musitó.

—Sí, es buena idea, pero... no olvides que eres mía —susurró junto a

sus labios.

Eva percibió esa nota de brusquedad y posesión y, en lugar de ofenderse o asustarse, su cuerpo reaccionó con una nueva oleada de placer. Le gustaba que alguien como él se sintiera atraído hacia ella. No debería ser así, porque no era un objeto que nadie pudiera poseer, pero sus reacciones tenían vida propia, y tenía poco poder sobre eso. Estaba claro que ella también quería que demostrara que no existían más mujeres para él.

También ella podía mostrarse posesiva, egoísta, y avariciosa. Reprotable tal vez, pero lo que sentía.

Debía reconocer que imaginarle con otras, o incluso verle cerca de otras chicas no había sido un problema, porque tenía claro que no iba a pasar nada, pero ahora, incluso sabiendo eso, le molestaba hasta pensar que otra pudiera estar cerca, y llegar a sentir lo que ella sintió con aquel beso.

—Tú también eres mío.

—Siempre —dijo con su mirada fija en la suya.

Le dio un rápido beso en los labios, intentando no caer de nuevo en el embrujo de su cercanía, y se separó.

Eva tuvo la sensación de que alguien les observaba, pero con un rápido vistazo, comprobó que estaban solos. Y como hacía mucho frío, entraron en la casa.

Ninguno fue consciente de que sí había alguien que fue testigo de esa muestra de juvenil pasión entre ellos.

Tod no tuvo intención de fisgonear, pero había salido a fumar, y con el frío que sintió al poner un pie fuera de su casa, pensó que quedarse allí parado no era una buena idea, de modo que caminó unos minutos por las cercanías mientras se terminaba su cigarro, y al volver, se encontró con una escena insólita en el patio trasero de la casa de Eva.

Con los dientes apretados, fue incapaz de apartar la mirada, y se quedó junto a un coche que había aparcado para evitar que advirtieran su presencia. No sabía si Eva le mintió sobre el hecho de que jamás había besado a un chico, porque no se veía tan inexperta desde su posición, y si dijo la verdad, estaba tal vez ante su primer beso, que quiso darle él.

Se enfadó consigo mismo por no mover ficha cuando tuvo la oportunidad, pero se dijo que no era tarde. Tal vez algún día no muy lejano, podría estar con ella. Seguía pensando que era bueno para Eva, y no lo era tanto ese memo de Trevor.

No pudo evitarlo, le odió en ese momento por disfrutar de algo que él siempre deseó en secreto.

Tal vez debería hacer algo, empezando por cortar su relación con Abie. Estaba harto de sus constantes lloriqueos, y de que estuviera presumiendo de su relación con sus tontas amigas. No le dejaba en paz, siempre con los incesantes e insistentes mensajes de texto y llamadas.

O no dejaba de llamar su atención con bobadas, o le mandaba fotos y emoticonos... Era como una niña.

Estaba cansado de todo eso, y también de ella, que no le aportaba más que unos buenos ratos en la cama, eso sí. Sin embargo, podía encontrar mujeres dispuestas a satisfacerle en cualquier parte, y con las que además no tendría que lidiar en todo momento.

Se estaba convirtiendo en una pesadilla.

Más aún cuando ni siquiera sentía nada por ella. No era más que una chica mona que estaba dispuesta a todo por complacerle, pero ni eso estaba ya entre sus puntos fuertes, ya que lo malo empezaba a pesar más que lo bueno.

Tampoco le gustaba la actitud que esta tenía hacia Eva, y es que incluso le contaba a él lo mucho que disfrutaba humillándola en el instituto de un modo u otro. Era una desalmada.

Habría hecho cosas mucho peores si él no la hubiera advertido de que no lo hiciera, y gracias a la carta que jugaba, recordándole que sus familias eran vecinas y amigas, consiguió que no le hiciera daño físico, pero temía que en algún momento, Abie o sus amigas se pasaran de la raya y le quemaran el pelo o cualquiera de las muchas travesuras a las que tenían a todos acostumbrados, por desgracia.

No iba a permitir que eso pasara, claro.

No a Eva en todo caso.

Igual que iba a intentar que su vecina abriera los ojos, que se diera cuenta de que él no era tan malo, le haría ver que Trevor tampoco era tan buen chico. No había más que ver cómo perdía el control con ella.

Quería hacer algo, pero le tocaba ser prudente, más listo que ese chico. Le haría ver la verdad de un modo sutil, para evitar que ella sufriera.

Cuando llegaron sus padres y pidieron hablar con Eva, se tuvo que

despedir de Catherine y Trevor.

Lo que escuchó, no era lo que esperó al principio.

Casi esperaba descubrir que su padre se había sincerado con su madre sobre sus aventuras extra matrimoniales. Pero no fue así, y es que no sabía cómo podía seguir siendo tan ingenua después de ver que su padre mostraba su verdadero rostro. El de un mentiroso, el de un tirano.

Dejó de pensar en todo cuando se enteró de que sus abuelos le habían dejado la casa del lago. No es que fuera una mansión, pero sí era un lugar mágico. Se trataba de una casa con cuatro dormitorios, un porche que daba al agua, y que estaba situada junto a un parque natural precioso. Recordaba haber jugado allí de niña, aunque pocas veces, porque sus padres siempre temieron que se cayera al lago, o se perdiera entre los árboles frondosos y el suelo irregular.

Aunque con el tiempo incluso ella le fue temiendo por las historias que se escuchaban, lo cierto era que sabía que no eran más que leyendas urbanas. Nunca habían encontrado a personas fallecidas en el bosque, aunque sí se oían historias de que habían desaparecido después de entrar en la zona más profunda del lugar.

Le parecía un lugar más acogedor que otra cosa, y la verdad es que se alegraba de que esa casita fuera suya. Claro que hasta los veintiún años no podría considerarse propietaria de la vivienda porque de momento eran sus padres los responsables de su herencia, sin embargo, le resultaba reconfortante tener un lugar para ella, en el que podría quedarse si es que sus padres se lo permitían.

Dudaba que eso pasara alguna vez, pero bueno, se conformaría con saber que ya le quedaba poco para llegar a esa edad. De hecho, apenas faltaba un mes y unos pocos días más para cumplir dieciocho, y no es que se considerara una adulta, ni mucho menos, pero ya podía decir que no era una niña. Eso seguro.

Esa semana fue difícil. En casa todo era muy extraño. Su madre compraba muchas cosas que no necesitaban, se dedicaba todo el día a limpiar y ordenar lo que ya estaba limpio y ordenado, apenas hablaba y sonreía como un robot, sin darse cuenta.

No era la misma desde que regresó, y Eva estaba muy preocupada.

Parecía que no se daba cuenta de lo que sucedía, y es que su padre apenas dormía en casa. Alegaba que tenía mucho trabajo, que preparaba su viaje a un congreso de pequeños empresarios.

Eva pidió a su amiga Catherine que lo investigara y lo buscara en internet, y no encontraron nada parecido en esas fechas. Con la navidad tan próxima, esperaba que su padre se comportara más como un padre, y que al menos simulara que deseaba pasar tiempo en familia, aunque fuera mentira.

Se sentía derrotada, pero al menos tenía un poco más de libertad para estar con Catherine y Trevor.

Su amiga empezó a salir con Riley, un chico de clase que no era muy atractivo, pero sí muy cariñoso y simpático. La trataba como a una reina, y no se merecía menos.

Todo habría sido ideal de no haberse enterado de que Tod rompió con Abie.

Como era de esperar, esta la culpaba, pero no sabía por qué después de varios días, en los que apenas tenía contacto con este, seguía empeñada en que había algo entre ellos.

Sufrió varias zancadillas y bromas pesadas en el instituto, como descubrir una rata muerta en su taquilla, y desde entonces no se separaba de Trevor y de su amiga, que siempre iba de la mano de Riley. Los cuatro estaban juntos en todo momento, y después de las jugarretas de la reina del instituto, estos procuraban no dejar nunca sola a Eva. Por su bien. Jamás sabrían por dónde saldrían las maldades de Abie.

Las últimas semanas de diciembre solían ser duras, y estar llenas de exámenes, por lo que el tema de la bruja número uno quedó en suspenso, al menos por el momento. Eva agradeció que la dejaran en paz, pero algo le decía que no era más que un descanso.

El cumpleaños de Abie se acercaba, ya que era diez días antes que el suyo, y con los preparativos, estaba centrada en otras cosas. No mucho en los estudios, eso quedaba claro. Sin embargo, ese martes tuvo un encontronazo con ella.

Trevor no se encontraba bien y después del examen se marchó a casa. Ella fue a despedirle para que no se quedara solo esperando a su madre, y cuando esta le llevó en coche directamente al médico, Eva regresó a clase. O lo intentó.

Sin verla venir, se topó con Abie, y la reina del instituto le dio un fuerte

golpe en la espalda. No le hizo mucho daño, pero sí un susto de muerte.

—Siento que vayas a celebrar tu cumpleaños sola, y no con una gran fiesta como yo, pero no todas podemos ser buenas en todo...

Eva le miró con cautela y no dijo nada. Estaban solas en el pasillo, de modo que se tranquilizó pensando que no le haría nada sin un público que aplaudiera sus humillaciones. Le encantaba dar la nota, eso era obvio. No se quedó tranquila del todo, pero como esta le cerró el paso, poco podía hacer. Aguardó.

—Veo que las mosquitas muertas también pueden ser unas entrometidas.

—Yo no estoy metida en nada. Haz tu vida y deja que haga la mía — espetó ella.

Sus salidas no siempre eran bien recibidas, y era evidente que Abie no soportaba las réplicas. Y menos si estas venían de Eva.

Se encaró y siseó con furia.

—No sé qué le has hecho a Tod, pero que te quede claro que él es mío, y volveremos a salir. No te vas a volver a interponer entre nosotros. Si lo haces... lo lamentarás el resto de tu miserable y patética vida.

Eva se asustó, pero no podía dejar que ella lo viera. Era una creída, y no deseaba que pensara que había logrado su objetivo. Le encantaba aterrar a las que creía más débiles, pero lo cierto era que Abie jamás había hecho nada por sí misma; eran sus supuestas amigas las que se ensuciaban las manos, de modo que supo que no le haría daño, y menos estando sola.

—Tal vez sea patética, pero eso parece ser una amenaza para ti, así que puede que en fondo no lo sea tanto. Vuelve con Tod, me da igual. A ver si te entra en la cabeza que a mí él no me gusta.

Abie la miró con odio, y Eva supo que debía marcharse, pero no podía dejarlo así. Estaba cansada de ser siempre el objeto de las burlas y los cotilleos cuando lo único que deseaba era pasar desapercibida.

Esa arpía era una matona y tenía que hacerle notar que no valía más que para atormentar a la gente. No tenía más virtudes.

—Pregúntate por qué te dejó. Puede que tú seas la que tiene una vida miserable y por ese motivo tienes que hacer que la de los demás también lo sean —masculló molesta.

Su interlocutora se sorprendió con su osadía, y Eva la dejó allí plantada con la boca abierta.

Cuando entraron en clase, la expresión de Abie cambió al ver que Eva era el objeto de desaires y miradas curiosas y socarronas. Catherine se dio cuenta la primera del motivo, y cuando le arrancó un cartel de la espalda, se lo mostró.

En él se podía leer: Virgen y estúpida.

Le entraron ganas de hacer una bola y obligarla a tragársela, pero optó por la salida más elegante y menos loca; rompió el papel en muchos más pequeños hasta tener un montón de confeti blanco y cuando pudo levantarse del pupitre, lo tiró a la papelería.

Un rato más tarde, cuando una foto de ella de espaldas y con el cartelito pegado circuló entre los alumnos, deseó tener una máquina del tiempo que la hiciera regresar y poner en marcha su plan inicial.

Eso le pasaba por ser buena, se dijo; que una foto hecha con un teléfono móvil fuera el motivo de que todos se mofaran de ella, era algo que la ponía de muy mal humor.

No era culpable de nada, y eso la enfurecía, pero, ¿qué podía hacer? Meterse en líos no era algo a lo que estuviera acostumbrada, y le parecía que mantenerse al margen, o intentarlo, era lo mejor.

Darle su merecido a Abie sería gratificante, pero no quería convertirse en aquello que odiaba: una abusona.

En casa todo iba a peor. Y no sabía cómo era posible eso con el paso del tiempo.

Como cada día se acercaba más y más la Navidad, Eva pensó que podría organizar algo con su madre. No tenía ni idea de que su plan derivaría en un inesperado deseo de esta de hacer un viaje en familia.

Era cierto que las cosas no eran como antes y que parecían cualquier cosa menos una familia unida, pero Eva, sabiendo lo que sabía, pensaba que no podría existir un peor plan para las fiestas en todo el mundo.

Como su opinión no contaba para nada, no se atrevió ni a abrir la boca. Se limitó a desaparecer. Literalmente.

Cada tarde, cuando su padre llegaba de trabajar, para simular que adoraba pasar tiempo en casa de cara al vecindario, y antes de salir por la puerta sin hora segura de vuelta, discutía sin parar con su mujer. Era el momento en que Eva salía al patio trasero y daba vueltas hasta que

consideraba que hacía mucho frío para estar en la calle.

La costumbre estaba ya tan arraigada, que optaba por dejar su chaqueta en su habitación, en vez de en el perchero de la entrada a la casa, y así podía abrigarse y escapar por la puerta trasera sin que sus padres la vieran. Parecería que abandonaba a su madre a su suerte, pero es que nunca la dejaban hablar, y su padre empezaba a darle verdadero terror... Al menos su madre permanecía impasible ante sus constantes ataques, y de vez en cuando, respondía.

Las vacaciones escolares llegaron, y una vez más demostró que era una buena estudiante, llevando a casa las mejores calificaciones posibles. Y como cada trimestre, sus padres le dejaban claro que no merecía ningún premio por su esfuerzo, alegando que era su responsabilidad aprovechar el tiempo en el instituto.

Mientras sus amigas, al contrario que Eva, obtenían cosas que ella siempre consideró innecesarias, pero que empezaba a sentir deseos de poseer. ¿Por qué era la única chica que no podía gozar de ciertos privilegios?

Como ejemplo siempre ponía a Abie, y no porque le gustara, sino porque era la peor estudiante que había conocido nunca, y sin embargo tenía un coche deportivo, un teléfono de última generación, una paga semanal de sus padres de la que presumía con todo el que quisiera escucharla; y mil cosas más.

Era injusto, y le parecía mucho peor desde que descubrió que el hombre que más restricciones le ponía fuera su padre, quien se saltaba como si nada sus votos matrimoniales, sus principios y creencias.

—Es increíble —mascullaba malhumorada como cada vez que se veía obligada a salir por culpa del mal ambiente en casa.

Escuchó tormenta cerca de allí, pero como aún no llovía, aunque sí hacía viento y mucho frío, decidió aguantar un poco. Era mejor helarse que estar cerca de los reproches y quejas.

Le dolía en el alma cómo su padre trataba a su madre. A veces la increpaba y se excusaba por todo, otras veces buscaba cualquier motivo de queja por tonterías absurdas, y otras tantas se limitaba a hacerse la víctima, alegando que no soportaba que le juzgara por todo lo que hacía o dejaba de hacer.

No podía entenderlo. Y estaba harta.

También estaba cansada de que la tuviera intimidada con sus graves miradas o su actitud prepotente. A pesar de estar acostumbrada a la falta de cariño y mimos por parte de los dos, al menos su madre la trataba con ternura, pero su padre, que siempre fue frío y distante, se había transformado en un monstruo con todas las cualidades que se suponía que él detestaba, y de las que ahora parecía no ser capaz de deshacerse.

—¡Eva!

Se dio la vuelta y se encontró con el rostro preocupado de su vecino. Se habían cruzado algunos días por la mañana cuando este salía hacia la universidad, pero apenas intercambiaban unos pocos saludos. Eva pensaba que era mejor mantener el contacto al mínimo, por su bien.

—Hola, ¿qué haces aquí?

—Pues... iba a casa —dijo contrariado.

Eva habría querido decir cualquier otra cosa que no la hiciera quedar como una tonta por estar allí en la calle con el tiempo que hacía, pero le daba vergüenza admitir que sus padres discutían sin parar y que estar en medio solo empeoraba las cosas.

—¿Quieres...

—¿Te apetece pasear? —le interrumpió Eva de forma abrupta.

—No mucho, la verdad. Pero podemos tomar un café si te apetece.

—Claro. Vamos.

Solo deseaba alejarse de allí, porque no le apetecía que todo el mundo se enterara de sus problemas. Si Tod supiera que su madre era una fresca por tener una aventura con su padre en lugar de romper eso de inmediato, se haría público en el barrio y la ciudad, y Jane, pagaría las consecuencias. Ella también, por supuesto, lo que era del todo injusto.

Había ocurrido más veces en el barrio; el adulterio era algo que todos miraban muy mal, pero irónicamente, los más afectados no eran los culpables, sino los familiares que eran humillados y ninguneados sin haber tenido nada que ver en ello. Su madre no se merecía eso después de ser la que lo sufría, aunque sin saberlo de momento.

Se preguntó si de verdad ignoraba ese hecho en realidad o sus peleas eran lo que causaba ese supuesto secreto. No podía estar segura.

No se lo iba a preguntar; no podía, porque... ¿y si no tenía ni idea y ella lo dejaba caer? Destapar esa traición le costaría muy caro, empezando por el

sufrimiento de la persona a la que más quería, y siguiendo porque su padre la castigaría de modos crueles y despreciables, de eso no tenía duda. Con tono amenazante, le había hecho entender que si no estaba calladita, se preparara para un escarmiento. Le daba auténtico pavor que pudiera perder el control y maltratarla físicamente, porque su estado actual no demostraba que fuera capaz de mantener la calma y un estado emocional estable o racional.

Caminaron unos pocos minutos y llegaron a una cafetería cercana.

Eva se sintió extraña por salir con Tod por ahí, aunque no estuvieran haciendo nada malo. Sin embargo, estaban en un lugar concurrido y cercano, y si alguien reparaba en ellos e iban con el cuento a las personas equivocadas, los dos acabarían metidos en un buen lío.

—No te preocupes, que no nos van a comer —murmuró Tod con diversión.

Ella no estaba tan segura. Si se había dado cuenta de su malestar, era porque pensaba igual que ella.

Al ver que no se reía de su intento de broma, Tod se puso serio y la miró con preocupación.

—¿Prefieres ir a otro sitio?

—No, ¿por qué?

Notó que ella respondió dubitativa y él sonrió a su pesar.

—Parece que tengas miedo de que alguien nos vea juntos, pero no estamos cometiendo un delito, solo vamos a tomarnos un café. Y además, acaba de empezar a llover... no creo que sea buena idea estar caminando de un lado a otro sin rumbo fijo.

Su voz razonable la calmó. Estaba en lo cierto, claro, pero aún con todo, le preocupaba que Trevor se enterase de que estaba allí con alguien a quien apenas soportaba; y mejor no pensar en lo que haría Abie.

—Lo sé, pero... si Abie llega a enterarse de que te he mirado tan siquiera, y ya no hablemos de que esté en una cafetería contigo, se pondría como una fiera —suspiró con cansancio—. Es solo que... aprecio mucho mi vida —musitó con una pequeña sonrisa.

—Bueno, tranquila, ya le dije que no se le ocurriera hacerte daño, o se las tendría que ver conmigo —soltó con una expresión de fría determinación.

Eva no se lo podía creer.

—¿Tú le has dicho eso... a ella?

—Pues claro, no iba a dejar que fuera a por ti. Cuando algo se le mete en

la cabeza, es, digamos... muy persistente en sus venganzas —musitó pensativo.

Todo el mundo sabía eso, desde luego, pero Eva estaba preocupada de todos modos. Ahora Abie creería que le gustaba a Tod, y eso la enfurecería todavía más.

—Estás loco. Seguro que se pensará cosas raras sobre nosotros. No debiste meterte —dijo con voz trémula.

Tod la observó con ternura y preocupación.

Se inclinó hacia delante para hablarle bajito y que nadie más les escuchara, y puso una de sus manos sobre la suya.

Eva notó un hormigueo delicioso con su roce, y apartó su mano de inmediato cuando la camarera se acercó para tomarles nota. Pidieron un té y un café, este último para Tod, y cuando les sirvió, se quedaron solos. No había mucha gente allí ese día, porque el tiempo no acompañaba. Y porque ese veintitrés de diciembre la gente estaría preparando la Nochebuena. No como ella, pensó con amargura.

—Me da igual lo que piense Abie, y todo el mundo, la verdad —sentenció Tod—. Me importas más tú —alegó sin dejar de mirar la cara de sorpresa de Eva—. Sé por lo que estás pasando, porque mi situación es la misma, y solo quiero que sepas que puedes contar conmigo, para hablar o para lo que sea.

Eva frunció el entrecejo, confusa.

—¿De qué situación estamos hablando?

Mucho temía que se pudiera referir a lo de sus padres, pero se negó a pensarlo.

Sus deseos se vieron frustrados cuando Tod se volvió a inclinar hacia ella y le habló entre susurros.

—Ya sabes, lo que pasa entre tu padre y mi madre —dijo con evidente disgusto.

No supo qué decir al principio. Quiso salir de allí corriendo, pero al mirar por la ventana se dio cuenta de que empezaba a nevar. ¿A dónde podía ir? A casa no, desde luego.

—¿Cómo lo has sabido? —inquirió con cautela, casi con miedo.

Tod dio un sorbo de su café y la miró a los ojos con tristeza.

—La verdad es que lo sé desde hace algún tiempo, varios meses en realidad.

Eva sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Quiso llorar.

—¿Por qué no me lo contaste?

—No es algo que me guste... ¿Cómo iba a hablar de esto con nadie? — musitó con desesperación—. Quise poder decírtelo, pero encontrar el momento era difícil, y más con un tema tan delicado.

—Ya.

Intentó prestarle un teléfono móvil por el que hubieran podido comunicarse de una manera más privada, pero ella se negó. Ahora se sintió culpable.

Siempre tuvo a alguien con quien poder hablar y desahogarse, y ella misma se negó esa posibilidad; a los dos.

—Lo siento. Yo tampoco puse las cosas fáciles...

—No pasa nada. Puede que tampoco me hubiera atrevido a decirte esto por mensaje. No es algo que se pueda hablar de cualquiera manera —dijo en voz baja.

Eva asintió. No sabía qué decirle. Ellos no podían evitar que la situación siguiera así. Sus padres jamás les tomarían en serio si se encaraban con los dos, y estaba convencida de que su padre montaría en cólera si llegaba a inmiscuirse.

Las cosas ya estaban mal de por sí. No quería empeorarlo aún más. Y tampoco deseaba que su madre lo pasara todavía peor. La verdad es que no sabía qué hacer, o si habría algo que solucionara las cosas.

Dudaba que ella, una chiquilla que ni siquiera había cumplido los dieciocho, tuviera la capacidad para arreglar un problema de adultos, tan complejo que no había por dónde cogerlo.

Ni con la ayuda de Tod.

Él mismo le dijo que se sentía impotente desde que se enteró por casualidad por unos mensajes que vio en el teléfono de su madre. Ahora que esta había puesto contraseña a su móvil y jamás lo dejaba a la vista, no podía ni saber con certeza si continuaban teniendo una aventura.

Aunque dudaba que lo hubieran dejado.

Eva se sinceró por completo, le contó lo mal que estaban las cosas en su casa, y le explicó que muchas veces deseaba marcharse e independizarse, pero claro, era muy joven, ¿a dónde podía irse sola?

No era buena idea simplemente dejar los estudios y buscar un trabajo en

algún lugar lejos de allí, aunque fuera justo lo que más deseaba hacer algunas veces.

Capítulo 3. Lujuria

Tod acompañó a Eva a su casa unas horas más tarde, cuando dejó de nevar y pudieron salir de la cafetería y, antes de entrar en su hogar, este le dio un regalo.

Le pidió por favor que lo aceptara, porque ambos necesitaban una vía de escape, un modo de desahogarse por lo que les estaba ocurriendo.

Eva sabía que no era una idea demasiado buena, pero tenía razón; y es que a veces sentía que necesitaba hablar con otra persona de algo que no podía contarle a cualquiera. Solo Tod la comprendería sin juzgarla, sin mirarla con compasión.

Este se despidió de ella con un beso en la mejilla y le deseó que, en esos días tan señalados, la cosa se tranquilizara un poco.

No pudo articular palabra, porque su estómago se reveló llenándose de mariposas revoloteando.

Compuso una sonrisa y entró en su casa en silencio para que no advirtieran su presencia.

Subió a su habitación para guardar el teléfono en un lugar seguro y que así no se enteraran de que lo tenía, y se dio cuenta de que la casa parecía vacía. Sabía que al menos su madre sí estaba allí, porque se oían ruidos en la cocina, pero a su padre no se le oía en ningún sitio.

Eso no le importó mucho. Cuando se ausentaba, al menos no se escuchaban gritos.

Bajó a la planta principal para ver cómo estaba y se la encontró llorando mientras limpiaba de manera compulsiva. Todo estaba reluciente, y sin embargo, pasaba el paño por todas las superficies repetidas veces.

—Mamá, ¿va todo bien?

Esta se giró con brusquedad a pesar de la suavidad de su tono de voz, y se mostró sorprendida.

—Hola cariño, no sabía dónde estabas —sorbió con la nariz de manera poco femenina y Eva sintió que su madre le daba mucha pena—. Lamento que las cosas no vayan tan bien como antes. Tu padre está muy raro desde

hace algunas semanas... Será el estrés del trabajo.

—Sí, tal vez, pero creo que siempre ha tenido un humor un poco raro...

Su intento de broma hizo que su madre se sacudiera con un llanto más fuerte. Eva fue a abrazarla.

Al principio parecía reacia al contacto, pero se fue relajando poco a poco con su cariño. Era como una niña asustada y triste, y a Eva se le partió el corazón. Empezaba a creer que era algo más que su aventura lo que traía de cabeza a su padre. Era como otra persona; un monstruo sin corazón. Y no es que conociera otra versión mejor de él, desde luego, pero resultaba que cada vez se comportaba de un modo más errático, casi violento.

Hasta donde sabía, no le había puesto las manos encima a su madre, pero las constantes peleas eran un nuevo tipo de maltrato psicológico; y no era mejor.

Se preguntó si ella podría pensar en algo para arreglar la situación, pero lo dudaba. Procuró hacer las cosas bien, pero comportarse como una chica buena no ayudaba a mejorar el caos en casa, así que no creía que este pudiera dar un giro radical.

Lo único que empezaba a desear de corazón era salir corriendo en la dirección contraria, sin embargo, ¿cómo dejar a su madre con un hombre que no sabía lo que era el cariño, la compasión, la fidelidad, el respeto?

Imposible.

Subió a su cuarto un rato y estuvo jugueteando con el teléfono. Tod le explicó cómo usarlo, aunque había cosas que aún no tenía ni idea de cómo funcionaban.

Este la llamó y se sintió extraña al ver su nombre en la pantalla iluminada. Sus dedos temblaron al descolgar.

—Hola —saludó con timidez.

—¡Ey, hola de nuevo! ¿Todo bien en casa?

—Sí. No te preocupes.

Hubo un pequeño silencio en el que Eva tuvo tiempo de meditar sobre lo reconfortante que era oír a alguien preocupándose por ella.

—Claro que lo hago. No me gusta saber que las cosas van mal. Mis padres han pasado por un bache también, pero creo que al final todo se arreglará. Ya verás.

—Seguro que sí —dijo sin estar muy convencida.

—Buenas noches, Eva —dijo como despedida.

Ella notó que su corazón se aceleraba, y se despidió con un escueto adiós.

Pulsó la tecla de finalizar la llamada y poco después vio que entraba un mensaje de Tod.

“Si necesitas hablarme en algún momento, puedes enviarme un mensaje. Aunque sean las dos de la madrugada. Cuando te haga falta desahogarte, aquí me tienes. Siempre”.

No sabía qué responder. Al final optó por darle las gracias por ser un buen amigo.

Prefería dejar ese punto claro, aunque ni ella misma lo podía asegurar. Podría estar ocurriendo que le gustara un poco, ya que no parecía ser el chico que siempre creyó, y al que ahora conocía mejor, y también era posible que le gustara a él. ¿Por qué sino iba a mostrar tanto interés en apoyarla?

No quiso darse mayor importancia y dejó de pensar en ello. Lo intentó, mejor dicho.

Bajó a cenar cuando llegó la hora y estuvieron ella y su madre a solas. Al terminar, se quedaron un rato en el salón viendo una película y permanecieron en silencio, algo preocupadas por la nevada que caía. Desde el gran ventanal se podía ver la fuerza con la que los copos dejaban cada superficie cubierta con un manto blanco, y aunque ninguna lo dijo en voz alta, supieron que Duncan no aparecería esa noche.

Al día siguiente les tocaría a ellas limpiar la zona de la entrada de toda esa nieve, pero esa noche permanecieron sin decir palabra en la calidez y silencio de su hogar.

A la mañana siguiente, tan pronto acabaron el desayuno, se armaron con ropa de abrigo y salieron para despejar la nieve del exterior de la casa. Hacía un frío terrible, pero por suerte, la nieve era blanda y no tuvieron que hacer mucho esfuerzo con las palas. Tampoco continuaba el temporal.

Estaban acabando el trabajo cuando Trevor apareció sonriente.

—Feliz Navidad, Eva. E igualmente, señora Abrams —dijo a Jane.

Ella sonrió a su vez, mirando a su hija con orgullo. Eva pensó que se debía a que se alegraba de que tuviera una relación tan buena con un chico de su aprobación.

—Feliz Navidad, Trevor. ¿Qué haces por aquí hoy?

—Vine a saludar. Le traigo recuerdos de mis padres también.

—Qué amable, gracias. Llamaré a tu casa para felicitarles.

Jane se disculpó y fue dentro de la casa para dejarles a solas. No fue muy sutil.

El sol hacía tímidos intentos de salir, y algunos rayos de sol aterrizaron muy cerca de donde estaban los dos. Eva pensó que hasta el tiempo mejoraba cuando él estaba a su lado.

Se sintió horrible por su secreto guardado en su habitación, pero intentó serenarse pensando que no tenía intención alguna de plantearse ningún posible acercamiento con Tod. Estaba claro que empezaba a ser un amigo, pero solo eso. No quería pensar que algún día pudiera alejarse de manera definitiva de Trevor.

Le necesitaba.

Esas últimas semanas habían sufrido algunos contratiempos, pero del mismo modo, ahora se sentían más unidos que nunca.

Eva notó eso con más fuerza cuando Trevor se acercó y le dio un beso en la mejilla.

Solo el leve contacto provocó que se estremeciera. No estaba bien sentir aquello, pero no podía evitarlo. Y mientras fuera su novio el que la hiciera sentir así, no creía que fuera tan malo. Su rostro se encontraba tan cerca, y su pequeña sonrisa juguetona era tan sexy, que le entraron ganas de lanzarse a por sus labios.

No era propio de ella y, estando en la calle, en la puerta de casa, tampoco era el mejor lugar para dejarse llevar por la lujuria.

Eva era muy consciente de que podría haber algunos ojos observando, y no solo los de su madre.

Pensar que Tod pudiera verles, la ponía muy incómoda. Tenía sentimientos encontrados con él, pero aparte de amistad, tenía claro que no quería nada más.

Se quedó charlando con Trevor un rato en la calle, ya que parecía que el sol brillara solo para ellos dos, y al cabo de un rato, se marchó para ayudar a preparar la cena en casa. A diferencia de Eva, Trevor sí tenía una gran familia que se reunía para las ocasiones especiales. Navidad sin duda era la festividad número uno.

Como su hermana menor no era de las que se dejaran mangonear por nadie, y eso incluía a su hermano mayor, Trevor tendría que colaborar como

todos sin remedio.

A Eva le gustaba mucho la familia de su novio. Lo cierto era que, a excepción de su madre, hubiera deseado que la suya se les pareciera un poquito más.

Con un emotivo abrazo, se despidió de su chico en la entrada de su parcela y vio como este se alejaba caminando. Vivía solo a cuatro manzanas de allí, de modo que no necesitaba coche para visitarla. Claro que como la mayoría de estudiantes y chicos de su edad, y a diferencia de ella, Trevor sí tenía carnet de conducir. También un modesto coche.

Se preguntó si alguna vez podría ser o tener las mismas cosas que los demás. No es que le importara tener coche propio, sin embargo, le gustaría ser un poco normal para variar, y no el bicho raro por excelencia del instituto.

Suspiró con cansancio antes de entrar en casa.

Aunque no se dio cuenta, Tod, desde la ventana de su habitación, estuvo pendiente de todo lo que ocurrió entre ellos.

Tarde o temprano debería decirle a Eva la verdad sobre su novio. Este no la merecía, y si alguien debía estar con ella, y cuidarla, hacerla feliz, ese debería ser él. Algún día se lo demostraría.

Ahora mismo, lo único que tenía era su rabia interior, combinada con su impotencia.

Ignoró ambas y, con el teléfono en la mano, empezó a escribirle a Eva. No tardó en ver el coche de Duncan entrando en el garaje, y se preguntó si tendrían la fiesta en paz en casa de los Abrams. Esperaba que sí. Eva no merecía pasarlo mal el día de Navidad.

Con desgana, se reunió con los suyos para cenar. Más tarde tenía otros planes. Abie estuvo tan insistente esos días, que decidió quedar con ella. Y no es que quisiera volver, pero le daba algo que le encantaba. Dos cosas a decir verdad: atención, y sexo.

No era la mujer más experimentada con la que estuvo, ni la mejor, pero era generosa y le ponía pocas pegas en la cama, haciendo siempre lo que le exigía, y con eso le bastaba. Al menos mientras no tuviera otra cosa que le llamara más la atención.

Ahora era Eva la que ocupaba todos sus pensamientos, pero con ella todo debía ser distinto. Ella no era cualquier mujer, y merecía que la trataran con respeto. Eso pensaba hacer cuando lograra que fuera suya.

Con ese pensamiento en la cabeza, pasó la noche y los días siguientes.

Las vacaciones se le hicieron cortas y, aunque no tuvo ocasión de verse con Eva ningún día, ni tan siquiera para tomar café, se conformó con poder hablar con ella por mensajes. Le gustaba saber que por las noches se hacían confidencias, y más a menudo de lo que le gustaría, se encontraba imaginándosela en su cama, tan dulce e inocente...

Se tenía que recordar que era demasiado joven e inexperta. Hasta que no fuera mayor de edad, y no estuviera libre de la influencia de Trevor, debía pensar en ella como una conquista a largo plazo. Sería suya, eso por supuesto, pero hasta entonces, se conformaba, a duras penas, con su amistad y sus confesiones. Iría conociéndola, metiéndose bajo su piel sin que se diera cuenta, y algún día, se prometió, serían más que amigos.

Solo ellos dos.

La Navidad de 2016 sin duda la recordaría como la peor de su vida.

Su padre había cambiado de manera radical. Era condescendiente, mal educado con ella y con su esposa Jane, y apenas les prestaba atención para nada que no fuera quejarse o reprenderlas por tonterías la mayoría de ocasiones.

Con el tiempo, empezó a pasar cada vez menos tiempo en casa, lo que era de agradecer en realidad.

Era mucho mejor el silencio que las voces o que, simplemente, escucharle.

Sin duda, se había vuelto insufrible, y Eva no entendía cómo había llegado a ese punto, si además, el culpable de no hacer las cosas como debería, era él. Duncan era el que se comportaba como un pecador desalmado, y como un mal marido y padre.

No lograba entender esa transición, por más que lo intentaba.

Nochevieja fue un desastre. En realidad no ocurrió nada, pero su padre fue especialmente cruel cuando se fue a la habitación de invitados nada más acabar la cena, y cuando Jane le preguntó si no esperaba para tomar las uvas, dijo que no; que él no tenía nada que celebrar.

Dio un portazo y las dejó solas.

Tomaron las uvas con un nudo en la garganta, mientras se debatían entre el alivio y la más profunda tristeza.

Estaba siendo un final de año muy difícil para las dos, y más aún

teniendo en cuenta que el fallecimiento de los abuelos de Eva era tan reciente.

Cada día que pasaba era más incierto en casa, y fuera de ella todo seguía como si nada. Era surrealista.

Eva se sentía mal por no haberle confesado la verdad a Trevor, pero le parecía que era humillante lo de su padre, y no se atrevía a sacarlo a la luz.

Su amiga Catherine tampoco lo sabía, y como ahora estaba con su novio casi todo el tiempo, tampoco habían tenido demasiadas ocasiones de verse durante las vacaciones.

Eva se sentía algo sola, por no decir muy sola; ahora que tampoco tenía a Lucy después de ver su verdadera personalidad, al menos contaba con Tod, su pequeño secreto que jamás podría revelar, porque de lo contrario todo su mundo daría un vuelco demasiado vertiginoso como para soportarlo.

Estuvo más contenta con la vuelta a las clases.

No es que tuviera muchos ánimos para estudiar, pero al menos podía pasar tiempo fuera de casa y ver a Trevor y Catherine.

Algo que no le hizo mucha gracia fue descubrir que Tod estaba de nuevo con Abie.

Le daba igual lo que hiciera con su vida privada, sin embargo, le dolía que le dijera que su novio no era tan bueno como ella creía, cuando era obvio que sus gustos con las mujeres eran de pena.

Abie era egoísta, narcisista y una manipuladora de mucho cuidado. Pero bueno, ella no quería opinar sobre su vida privada, y obvió el tema sin pensarlo dos veces.

No le interesaba que esa tonta ocupara sus pensamientos más de lo necesario, y menos ahora que ya no estaba en su punto de mira. Por fin tenía un descanso de sus descarados desplantes, y era lo único que le importaba: pasar desapercibida y así poder hacer su vida y continuar sin percances con sus estudios y sus clases.

Mientras Catherine seguía con su relación con Riley, Lucy había cambiado su pequeño grupo por el de las chicas populares, y es que al parecer, estar con Tod, el guaperas del instituto, les otorgaba a las chicas cierto estatus. También las dejaba en mal lugar por ser un poco ligeras a la hora de acostarse con el peor mujeriego de la zona, más aún teniendo él una pareja, pero eso era otra cosa. En algunos grupos no estaba tan mal visto.

Había cosas que Eva no entendería jamás.

—Bueno, y... ¿al final has pensado algo para tu cumpleaños?

Eva se quedó pensativa mientras comía. Miró a su amiga, al novio de esta, y también a Trevor, que la observaban con interés. Suspiró con cansancio.

—Ya sabéis que mis padres no están a favor de organizar fiestas de ningún tipo...

—Pero cumples dieciocho. Es un gran momento en la vida de cualquiera —argumentó su amiga—. Tienes que hacer algo. Y si tus padres no están por la labor, siempre podríamos celebrarlo en mi casa.

—No sé si es buena idea molestar a tu familia, y tampoco quiero que mis padres se enteren. No les gustará saber que voy de fiesta, aunque fuera en tu casa.

Catherine dejó de comer su almuerzo y la miró con preocupación. Sabía de sobra lo estrictos que eran los padres de Eva, pero siempre habían celebrado su cumpleaños en casa con algunos amigos, sin que fuera algo grande y desmadrado, pero al menos lo celebraban. Le parecía que su amiga estaba haciendo lo posible por evitar su propio cumpleaños.

No podía creerlo. Era un gran momento en la vida de cualquier adolescente, ¿y ella quería perderselo?

—Si no quieres organizar nada especial, siempre podríamos ir los cuatro al cine. Cenamos fuera y al menos salimos un rato —propuso Trevor.

Sentado a su lado, su novio la miraba con ternura, y Eva se derritió.

Claro que había pensado en hacer algo a espaldas de sus padres, porque de lo contrario era imposible, pero no sabía cómo llevarlo a cabo, o si sería una buena idea, o si conseguiría ocultarlo de verdad de ellos.

Lo que más deseaba era estar con Trevor. También con Catherine y Riley, claro, pero lo que su corazón ansiaba era otro tema bien distinto.

Estaba a punto de convertirse en una mujer adulta a ojos de la sociedad, y quería serlo a todos los efectos también. Se moría de ganas por estar en la intimidad con su novio, con el que saltaban chispas cada vez más candentes, con el que sentía esa conexión tan especial aunque le ocultara algunas cosas. A pesar de todo, le quería con todo su corazón, y cada día estaba más segura de ello.

—¿No os apetece que vayamos a alguna discoteca? Al menos uno de nosotros ya será mayor de edad para entrar —bromeó Riley.

Todos se rieron por lo bajo. No había nada más alejado de sus personalidades que la juerga.

Catherine le dio un codazo juguetón y negó con la cabeza. Se puso seria antes de hablar.

—Dudo que sea un buen plan. Por si no lo recordáis, el cumpleaños de Abie es el lunes, y claro, lo va a celebrar el sábado también. No creo que sea una buena idea que coincidamos con ella en ninguna parte —expuso convencida—, y mucho menos en su territorio sagrado —añadió con burla.

—Es cierto, he oído que van a montar la buena este fin de semana en su casa —convino Riley.

—Nosotros no tenemos nada que ver con su grupo de descerebrados —comentó Trevor entre dientes. Eva sospechó que hablaba por Tod sobretodo —. No tenemos que armarla para divertirnos.

—En eso tienes razón —apuntó Catherine.

Eva sonrió cuando una loca idea cruzó su cabeza.

—Me parece que tengo el lugar perfecto para que nadie se entere de nuestra pequeña fiesta. Solo necesitamos un coche, algo de comida, unos cedés de música, y ropa para dos días...

Los tres la miraron expectantes.

—Iremos a Two Rivers y nos quedaremos en la casa de mis abuelos.

—¿En serio? —inquirió Catherine con los ojos muy abiertos, totalmente incrédula.

Hubo un breve momento de silencio.

—Una escapada suena bien —comentó Riley sin quitar los ojos de encima a su chica.

El gesto no pasó desapercibido para nadie, y hubo risas por lo bajo.

Eva no pudo evitar mirar a su alrededor, pero en el comedor, cada grupo iba a lo suyo como siempre.

—Sí, creo que está lo bastante apartado y lejos de todo como para no molestar, ni que nos molesten.

Trevor observó a su novia con aire pensativo.

—¿No crees que tus padres pueden llegar a enterarse? —inquirió él entonces.

Su preocupación era compartida por todos.

—Lo dudo. Mamá no sale mucho, y papá... anda siempre liado con el trabajo.

Eva notó que un nudo se formó en su garganta, y lo tragó con dificultad. Por un instante sopesó las posibles consecuencias de sus actos si llegara a

ocurrir lo peor y su familia les descubrían. A ella más bien.

—Sé que la casa de mis abuelos ha estado vacía desde que ellos fallecieron. Oficialmente es mi herencia, así que no deberían tener que decirme si puedo ir allí o no, y las llaves están en un armario en la entrada de mi casa —explicó cada vez más confiada y entusiasmada—. Lo único que necesito es una excusa para ausentarme.

—Ya la tenemos —intervino Catherine—. Diles que te quedas a dormir en mi casa. No creo que te pongan problemas por eso —decidió segura.

Los chicos permanecían en silencio, debatiéndose por dentro entre escandalizarse o saltar de alegría por el mejor plan que habían tenido en mucho tiempo.

A excepción de las expectativas interiores de Eva, y un nerviosismo que apenas podía ocultar, nada más había cambiado esos días.

El día cuatro de enero se celebró por todo lo alto el cumpleaños de Abie. Fue una gran fiesta en su casa, a la que por supuesto, ni ella, ni tampoco Trevor, Catherine, ni Riley estuvieron invitados.

No es que eso le molestara, pero Tod estuvo enviándole fotos del acontecimiento al día siguiente y sintió un poco de rencor por la certeza de saber que su celebración sería la fiesta tranquila de cada año.

Dos días antes de su decimoctavo cumpleaños, estaba más que cansada de ver a Tod con Abie en su casa, en el instituto, y por consiguiente, en todos lados a los que iba. Por si fuera poco, por las noches le escribía mensajes amistosos preocupándose por ella y por su situación en casa, como si aquello no fuera más que un poco raro... o eso creía.

Decidió darle a probar de su propia medicina.

Supuso que si le contaba sus planes, se sentiría algo celoso e ignorado, como le ocurría a ella cuando Tod no paraba de halagar a Abie. Sin embargo, su reacción fue algo distinta a la que esperó en un principio.

A Tod no le pareció buena idea que se quedaran en casa de sus abuelos los cuatro solos; podía pasar cualquier cosa, alegó. Y sus planes de seducir a su novio se los tomó aún peor. Parecía su padre en ese momento. Le dijo que era demasiado joven, que debía honrar sus creencias, su fe, y no dar libremente algo que era del todo irrecuperable.

Esa noche, Eva veía sus mensajes sin dar crédito a lo que sus ojos leían.

¿Cómo podía ser tan hipócrita? Y no solo él, por descontado. En su entorno había unos cuantos.

La persona que le había inculcado esas creencias, su padre, era el peor de todos. No solo no respetaba sus votos matrimoniales, sino que se había enredado con una mujer casada y con familia, no trataba bien a su esposa, ni tampoco a ella, y a saber qué más secretos se guardaba. Ella conocía ese, pero si una persona empezaba a comportarse como un mal cristiano mentiroso, supuso que no sería mucho mejor en todos los aspectos de su vida.

Había cambiado mucho ese año. Siempre le había considerado un hombre severo y dictatorial, pero ahora se transformó en un monstruo por completo.

Era odioso y, tenía la certeza de que ponerle como ejemplo a seguir, era una pésima idea.

¿Acaso solo ella tenía que respetar el código moral mientras el resto del mundo hacía lo que se le antojaba?

Eso era doble rasero, y no le gustaba. Ella jamás se puso medallas frente a los demás mientras en la intimidad era de todo menos un ángel, así que no tenía que disculparse por nada. Si quería hacer algo para ser feliz por una vez en su vida, lo haría. Ni Tod, ni sus muchos tontos consejos iban a hacerla cambiar de idea.

Si él fuera otro, tal vez le haría caso, pero un mujeriego que solo había demostrado ser buena persona en contadas ocasiones, no tenía derecho a sermonearla sobre nada. Y sobre sexo menos.

Menudo caradura resultaba ser.

Cuando vio que Tod la llamaba después de escribirle un mensaje tras otro, tuvo reparos en contestar, pero temía que se presentara en su casa o algo parecido. Era de noche, y no quería tener dramas ni a esas horas, y menos con sus padres allí.

—¿Qué ocurre, Tod? —preguntó de mala gana.

Él guardó unos segundos de silencio y se aclaró la garganta antes de hablar.

—No puedes hacerlo, Eva —dijo con evidente desesperación.

—Oye, estoy harta de que todo el mundo me diga lo que tengo o no tengo que hacer... ya no soy una niña. No estoy obligada a seguir los consejos de alguien que se acuesta con cualquiera...

—¿Hablas por mí? En cierto modo me lo merezco, pero sé de lo que

hablo. Seguro que te arrepentirás.

—Eso no me importa. Voy a hacerlo porque quiero —dijo sonrojada por la vergüenza al hablar de algo tan personal, aunque su interlocutor no podía verla. El tema no era algo que discutiera con nadie.

Ni siquiera hablaba de ello con su mejor amiga.

—No eres una niña, pero aún eres muy joven. Espera un poco, y seguro que encuentras a alguien que vaya a estar a tu lado para siempre.

—Trevor es un buen chico. Le quiero, y es mi novio. No sé por qué te parece algo tan malo —intentó razonar con su mejor voz de mujer sensata.

—Es un santurrón que solo se quiere aprovechar. Son los peores, los que van de buenos y resultan ser unos cerdos. Al menos yo no finjo ser alguien que no soy —declaró con firmeza y cierto orgullo.

Eva le notó enfadado, y no sabía por qué razón decía esas cosas si en realidad apenas conocía a Trevor.

Nunca le preguntó, pero este le pareció el mejor momento para hacerlo. Por un segundo, temió lo que pudiera oír.

—¿Qué es lo que no te gusta de Trevor? ¿Es que sabes algo que yo no? Tod suspiró.

—No estoy seguro de lo que pasa, pero he visto a Trevor en la tienda de tu padre algunas veces. Se reúnen en su despacho y hablan durante horas.

Eva se sorprendió. No entendía por qué haría eso, aunque al ser su novio, suponía que querría tener una buena relación con su futuro suegro.

Podrían ocurrir muchas cosas hasta que decidieran formalizar su relación de un modo tan determinante, pero no veía nada de malo en ello.

Por otro lado, el imaginar que hablaran sobre ella, no le hacía mucha gracia. ¿Y para qué ocultarlo?

Empezó a darle mala espina todo el asunto.

—Seguro que no hay nada raro que deba preocuparme. Se llevarán bien y punto. Es bueno que mi padre y mi novio se entiendan, eso es todo —dijo sin estar convencida en realidad.

Su voz fue decayendo a medida que hablaba.

Duncan era una mala persona y un mal padre; lo había demostrado, ¿y si Trevor iba por el mismo camino y su padre la controlaba a ella a través de él?

No quería ni pensar en eso.

Empezó a temblar y lo único que quería era hacerse un ovillo en la cama y dormir hasta la semana siguiente, cuando todo hubiera pasado y no tuviera

que soportar la expectativa ni los nervios por su cumpleaños.

—Dudo que haya nada raro ahí. No te preocupes.

—Eva —replicó él suplicante.

—Por favor, no digas nada. No voy a cambiar de idea. Voy a hacer las cosas por mí a partir de ahora. Estoy harta de que mi familia me controle en cada momento de mi vida. Por favor, no hagas lo mismo.

—No pretendo controlar tu vida, solo quiero protegerte. Me importas, Eva.

—Eres un buen amigo. Gracias por preocuparte por mí, pero estoy segura de que no me pasará nada malo. Confía en mí —dijo resuelta. Estaba harta de todo.

—Sé que harás lo correcto.

Eva suspiró. Aún pensaba que se echaría a atrás, pero no iba a hacerlo. Tenía claro lo que deseaba, y su decisión era firme.

—Buenas noches, Tod.

—Buenas noches, Eva.

Notó tristeza en su voz, pero cuando colgó el teléfono, lo puso en silencio y lo guardó en su armario. Tenía una pequeña mochila en el primer cajón, y como era tan diminuta, pensó que era el mejor escondite. Nadie pensaría que guardaría nada allí. Cerró la cremallera y se dijo que no tocaría el teléfono hasta después de su cumpleaños. Quería tranquilidad, y eso solo lo conseguiría ignorando las tontas sospechas de Tod. Podría ser todo una mentira para hacerla dudar sobre su novio, pero no iba a consentirlo.

Trevor era buena persona, y estaba convencida de que no debía inquietarse por lo que le dijo Tod.

Se repitió eso durante horas mientras el sueño la eludía. Sin embargo, no iba a permitir que nadie le estropeará su cumpleaños... o sus planes.

Capítulo 4. Ira

Su amiga Catherine le dio una sorpresa nada más bajar de su coche. Había logrado esconder unas botellas de alcohol en una bolsa de apariencia inocente, sobre todo porque a simple vista solo se veía ropa y, cuando le dijo lo que había dentro y le dejó echar un rápido vistazo, ambas se rieron por lo bajo.

Los chicos mostraron interés por su repentina alegría.

—No es nada, solo algo para animar la fiesta de cumpleaños de Eva. Os gustará —dijo con picardía.

Esta se sonrojó y se sorprendió de la actitud de su amiga, pero lo cierto era que ella misma se sentía atrevida, capaz de todo.

Cuando pensaba en sus padres, se le revolvía el estómago, sin embargo, no tenían por qué sospechar que se encontraban allí. Estaba todo bien atado, y se repitió eso varias veces antes de notar que las náuseas se le pasaban.

Las consecuencias de su travesura eran algo que no deseaba enfrentar, y debía dejar de imaginar posibles escenarios en los que veía cómo su padre se enteraba de todo y la castigaba de por vida sin salir ni hablar con nadie. Una de sus peores pesadillas.

Sabía muy bien que la indulgencia no era su fuerte, y si le restringía aún más sus actividades, acabaría loca de verdad. Si ya era insoportable estar cerca de él y contener las lágrimas al mismo tiempo, no se imaginaba lo duro que sería teniéndole encima como un halcón a cada momento del día durante los años que estuviera viviendo con su familia.

Menuda tortura, pensó.

Trevor notó el cambio de su expresión y se acercó a ella despacio, como si temiera su reacción.

—¿Estás bien, Eva? —inquirió con suavidad.

Se giró hacia él, sorprendida por su pregunta, ya que estaba por completo sumida en sus pensamientos, y le dedicó una tímida sonrisa.

—Sí, no te preocupes. Hemos venido a pasarlo bien, y nada lo va a estropear —dijo con una nueva seguridad en sí misma.

Nada en el mundo podría asegurar eso, pero si se lo repetía suficientes veces, tal vez se llegaría a cumplir.

Entraron con rapidez, porque comenzaba a llover, y notaron que la casa estaba fría, y que un leve olor a humedad impregnaba el ambiente. Estaba muy aislada, pero la vivienda tenía todas las comodidades; no era solo una cabaña perdida en la montaña.

Se levantó un viento fuerte que azotaba el agua contra el embarcadero de madera, que a su vez era la entrada a la casa, pero el lugar era seguro y nunca antes había sufrido de inundaciones, por lo que ninguno se preocupó por ello. Encendieron luces, abrieron las persianas para que entrara luz natural, aunque las nubes oscuras lo dificultaran, y pusieron en marcha varios de los radiadores eléctricos. En poco tiempo todas las habitaciones empezaron a caldearse. Las provisiones pronto estuvieron en la cocina y al terminar, los cuatro fueron al salón a ver la televisión.

No se movieron de los sofás hasta la hora del almuerzo. Eva pensó que jamás había estado tan relajada en toda su vida. Solo la presión ejercida por su deseo de seducir a su novio le creaba una pizca de ansiedad. En realidad no sabía qué esperar, porque por muchas cosas que hubiera oído al respecto, no tenía claro si los cotilleos de cuarto de baño en el instituto eran muy de fiar. Solo la relajaba pensar que Trevor era un buen chico; tal vez se negara a acostarse con ella, pero eso tampoco la preocupaba en exceso. ¿No se había prometido esperar hasta el matrimonio? Si él decía que no, bueno, se sentiría decepcionada, pero nada cambiaría con su actual estado... ¿o sí?

Había pensado muy poco en la posible negativa de su novio, pero tenía entendido que los hombres pocas veces eran capaces de resistir la tentación si una mujer se lanzaba a sus brazos. No se le escapaba la cruel ironía que vivía en su propia casa. Tal vez su vecina no se le lanzó a su padre, o tal vez sí... pero ambos habían sucumbido, lo que le demostraba a Eva lo frágiles que eran las determinaciones cuando estaba el sexo de por medio; y si ellos ignoraban, a sabiendas, las consecuencias de cometer ese pecado, no sabía por qué ella sí debía contener sus instintos. Estaba harta de hipocresías, de modo que iba a hacer lo que quería, y luego ya se preocuparía por su alma.

Si es que lo hacía.

No veía por qué si su padre no era castigado por sus fechorías, ella sí iba a pagar por sus pecados. Al menos Eva no hacía daño a nadie; no había terceros en discordia en su situación, así que tenía que dejar de darle vueltas

al asunto, se dijo.

Eva y Catherine fueron a la cocina a preparar algo para todos y su amiga no tardó en advertir su estado de ánimo.

—¿Qué te ocurre, Eva?

Esta la miró desconcertada al principio, y sus pensamientos la delataron cuando se sonrojó.

Catherine observó a Eva intrigada y soltó una risita nerviosa al verla tan perturbada, porque había algo que le resultaba obvio, estaba avergonzada porque estaba pensando en Trevor de un modo que ella creía que era inapropiado. Alguna vez había intentado preguntarle si ya se habían besado, y puso la misma cara.

—Mmm... nada... —soltó insegura.

—Venga, puedes contarme lo que sea —le dijo cuando se acercó a ella para tenerla de frente.

Eva abrió y cerró la boca varias veces y no logró formular las palabras.

—¿Va todo bien? —inquirió su amiga con evidente preocupación.

—Sí, desde luego... es solo que —las palabras murieron en sus labios, pero de repente, sintió unos fuertes deseos de contárselo todo. No lo hizo para no fastidiar su cumpleaños y el fin de semana, sin embargo, había algo que sí podía confesar—. Quiero que hoy sea una noche muy especial; quiero perder mi virginidad con Trevor.

Soltó la frase tan rápido, que su amiga tardó unos segundos en procesar la información.

—Pero... ¿qué?

Boquiabierta, la sujetó por el brazo y Eva pensó que le iba a dar un ataque al corazón. Los ojos de su amiga parecían a punto de salir de sus órbitas, y se preguntó si lo que había dicho, realmente era como para dramatizarlo tanto. Al fin y al cabo, Catherine no era virgen, como casi todas las chicas del instituto y la gran mayoría de las mujeres adultas del mundo.

—Eva, es un paso muy importante y además, ¿tú no ibas a esperar a casarte para perder tu virginidad?

—Sí, pero yo... —suspiró ante su asombro del todo comprensible—, estoy cansada de ser una buena chica y hacer siempre todo lo que me dicen —soltó con gran contundencia—. Por una vez en la vida, voy a hacer lo que quiera.

Deseaba contarle más cosas a su amiga, explicarle su razonamiento, que

no era tan descabellado como parecía, sin embargo, no podía revelar lo de su padre. Si bien no era ni culpa ni cosa suya, le resultaba humillante la idea de que alguien más estuviera al tanto de lo que pasaba de puertas para adentro en su propia casa. Incluso tratándose de su mejor amiga.

El remordimiento asomó su fea cabeza cuando pensó en que había una sola persona que conocía ese secreto: Tod. Bueno, no es que ella deseara confiarle sus más oscuros problemas, y como él era parte indirecta de ese conflicto en su familia, no es que se tratara de un error suyo. ¿Verdad?

Se consoló a medias pensando que solo se trataba de un amigo, vecino más bien, cuya familia estaba unida a la suya, y no por su elección. Además, él estaba al tanto del engaño de Duncan y Mary incluso antes que ella, por lo que no podía sentirse responsable porque él supiera algo que su novio y su amiga desconocían por ahora.

Tal vez alguna vez se lo confesaría a ambos, pero no el mismo día de su cumpleaños, desde luego.

Catherine le dio un fuerte abrazo y Eva se sorprendió.

—Si estás segura al cien por cien, estoy muy contenta por ti —dijo con efusividad sin dejar de achucharla.

—No es para tanto...

Aunque su voz sonaba convencida y relajada, por dentro era un torbellino de nervios incontrolados. Su amiga era muy consciente de eso, pero solo le dedicó una cariñosa sonrisa.

—Es muy importante pero, igual que yo, tienes suerte de estar con un chico que vale la pena.

Eva asintió despacio.

—Estoy lista; quiero hacerlo, y sé que es lo correcto, aunque pueda parecer que no...

—Se trata de tu novio, y no un chico cualquiera —expuso—. En una relación normal, no es extraño que haya intimidad entre los dos —añadió con suavidad.

Eva era consciente de ello, claro, pero tampoco podía cambiar su forma de ver las cosas de un día para otro. Bueno más de un día a decir verdad.

Solo sabía que estaba segura de esto. Se sentía bien con su decisión, y quería acabar ya con la presión de todo el asunto, ya que parecía que todo se estaba volviendo mucho más complicado y dramático de lo que era en realidad. Solo era sexo, por favor, pensó.

Todo el mundo lo practicaba; y a veces incluso con la persona equivocada, como hacía su padre...

Al menos ella no haría daño a nadie. No había terceras personas involucradas en su historia, solo ella y Trevor.

Pasaron una mañana divertida tras su charla con Catherine, y después de comer salieron a la playa. Aprovecharon la breve salida del sol para caminar por la orilla del lago y ambas parejas disfrutaron de su mutua compañía.

Eva se sentía más que feliz por tener a su chico a su lado, con su mano sosteniendo la suya mientras sus miradas se encontraban a cada rato.

Quería decirle lo que deseaba hacer con él esa noche, pero no estaban solos allí, y pensó que, tal vez, igual que en las novelas románticas que había leído, que no eran muchas, debería dejarse de charlas y demostrar con hechos en qué consistía su propósito con exactitud.

Le parecía una locura intentar siguiera algo así. Nunca hizo nada similar y, claro, tampoco tenía lencería provocadora que le dejara fascinado y provocara que cayera en la tentación sin posibilidad de meditarlo a fondo.

Al parecer el encaje era algo atrayente tanto para los chicos del instituto, que eran todos unos salidos, como para hombres más experimentados; todo lo que sabía Eva era de oídas, de modo que no podía estar segura por completo, pero debía ser un poco más impulsiva y dejar de comerse la cabeza. Lo importante era hacer que ocurriera, y seguro que cuando Trevor estuviera pensando en su cuerpo ligero de ropa, no podría preocuparse por nada más.

No deseaba manipularle, pero si se ponían a discutir el tema en lugar de pasar a la acción de forma directa, jamás harían nada. Una boda exprés no era la solución a ese dilema.

No era el momento; se trataría de una locura, entre otras cosas y, además, estaba el hecho de que ninguno iba a dar ese paso tan pronto y sin estar preparados.

En algunas culturas o etnias se estilaba lo de casarse joven para asegurarse la virginidad de la novia, que no del novio, lo que a Eva le parecía muy injusto, pero sin duda, no debía preocuparse por ese detalle, puesto que esa cultura no era la suya.

Tampoco sus creencias, si se iba a poner así, sin embargo, no pensaba que tuviera ningún sentido seguir las inflexibles reglas que le inculcaron

desde pequeña considerando que la persona más estricta a la hora de sermonearla no las cumplía en absoluto.

Suspiró.

Debía olvidarse de todo eso, y quitarle el poder de hacerla sentir mal. Bueno, era un asunto tremendo para Eva, desde luego, pero se trataba de sexo con su chico, y teniendo en cuenta que ya era mayor de edad y era una persona más o menos sensata, no debía machacarse o sentirse culpable por todo.

La mirada de Trevor era tierna, y ella no podía pensar que él pudiera hacerle algo para que sufriera.

Tod estaba equivocado, o tal vez incluso celoso. Ella conocía bien a su novio, y tenía claro que era uno de los buenos. Cuando volvieran a casa de sus abuelos, que ahora era suya, se prepararía para esa noche y lograría que cayera ante sus encantos, aunque no tenía muy claro que los tuviera, meditó.

Ella no era, lo que se decía, popular por su sensualidad...

Si debía tomar ejemplo de las chicas más provocadoras del instituto, entonces algo sí que podía sacar en claro: enseñar piel era una buena motivación para ligar con un hombre.

No era el mejor clima para andar por ahí ligera de ropa, pero en la intimidad para el dormitorio, eso era otro cantar.

—¿En qué estás pensando?

La pregunta de Trevor estaba acompañada por una sonrisa curiosa. Eva tardó unos segundos en reaccionar.

—Solo... me alegro de estar aquí contigo.

—Yo también.

Eva miró sus labios movida por un fuerte deseo de besarlos. Trevor hizo igual con los suyos, imitando de manera inconsciente su gesto, y antes de darse cuenta, estaban uno frente al otro, acercándose hasta que sus cuerpos quedaron muy pegados. El corazón de Eva comenzó a latir deprisa conforme veía a Trevor acercar su rostro, hasta que sus labios se unieron, y todo su ser tembló.

Aquello era deseo puro, aquello era lujuria.

Y a pesar de que Eva sabía que no estaba bien, que se trataba de un pecado, ignoró sus propios pensamientos y se entregó al momento. Estaba harta de ser una marioneta sin personalidad; había llegado el momento de vivir y hacer las cosas porque quería y no porque fueran una obligación, así

de simple.

Aquella noche, después de la cena, Catherine ayudó a Eva a recoger las cosas de la mesa mientras los chicos salían un rato. Caían pequeñas gotitas de lluvia helada y hacía un frío tremendo, pero Eva se negó a que Riley fumara dentro de la casa; no solo porque era un vicio asqueroso, sino porque le daba miedo que el olor pudiera delatar de algún modo su presencia en la casa ese fin de semana.

No sabía si tal vez su padre iba de vez en cuando a revisar que todo estuviera bien, pero no quería correr riesgos innecesarios.

Podía meterse en un lío de grandes proporciones.

—¿Has pensado ya en cómo vas a hacerlo? Quiero decir... si no has hablado con Trevor de esto, ¿crees que querrá dar el paso? —preguntó dubitativa—. Ya sabes cómo piensa.

—Ya, y esa es la clave.

Su amiga la miró sin comprender.

—Es la primera vez que dormimos juntos, y tengo la esperanza de que verme desnuda le deje con pocas ganas de pensar... o de hablar —sentenció con un leve arqueado de cejas.

—Ese es un buen método, sin duda —cuchicheó Catherine con una sonrisa en los labios.

Se rieron como colegialas y Eva se sonrojó. ¿En qué movida se estaba metiendo?

Sacudió la cabeza y se dijo que ya no era una niña, y por fin sería una mujer en todos los aspectos posibles. Se dejaría llevar porque lo deseaba, no lo haría más en un sentido simbólico, por unas creencias que se tambaleaban bajo el peso de las odiosas mentiras que las rodeaban.

El nerviosismo se apoderó de ella y sintió la necesidad de salir a tomar el aire.

Catherine comprendió que necesitaba algo de tiempo y espacio para relajarse, le dio un abrazo y fue a su habitación tras desearle buenas noches. Allí esperaría el regreso de Riley mientras Eva se despejaba.

Esta sentía bastante agobio en ese momento, y creyó que quedarse un rato en el porche le vendría bien. Fue a la parte delantera porque la zona del agua tan próxima a la casa no le hacía mucha gracia al ser de noche.

La luz estaba encendida, pero solo era un pequeño farol de exterior y no iluminaba gran cosa. Solo veía que llovía sin mucha fuerza y que el coche de Riley estaba donde lo dejaron al llegar allí.

¿Dónde se habían metido los chicos?

—¡Trevor! —llamó Eva en voz alta.

Escuchó una voz familiar como un susurro, pero no vio a nadie, y tampoco obtuvo más respuestas. Tal vez querían gastarle una broma, pero se asustó, ya que el lugar no era el más hospitalario del mundo, y menos de noche. A excepción de la casa, el espeso bosque no era demasiado atrayente y, desde luego, las historias que se contaban sobre desaparecidos y cosas peores, si bien dudaba que fueran ciertas, no era como para tomarlas a cachondeo. Sin duda le imponían respeto.

Las puertas delanteras del coche se abrieron al mismo tiempo y salieron los dos muy sonrientes, charlando y bromeando entre ellos. Estaba claro que no oyeron cuando Eva gritó. Cuando la vieron, enseguida se quedaron en silencio, no sin que Riley le dedicara a su amigo una mirada cargada de intenciones.

Asintió a modo de despedida hacia ambos cuando pasó por su lado hacia el interior de la casa, y Trevor se quedó a solas con Eva.

Sin que ella lo viera venir, él se acercó hasta que sus labios se unieron y ambos se estremecieron de arriba abajo.

Fue un beso suave, tierno, cálido, y el fuego en el interior de Eva se elevó cuando notó que su novio profundizaba la unión de sus labios. La sujetó con firmeza por la cintura y la apretó contra su cuerpo.

Se encendió como una antorcha con un potente acelerador para el fuego, y su mente se llenó de imágenes de ellos dos en pleno acto. Muchas dudas y nervios la asaltaron de nuevo. Una cosa era escuchar hablar, o más bien cotillear sobre el sexo, y otra muy distinta era hacer el amor sin tener ni idea de lo que tenía que hacer. ¿Agarrarle y meterle en la casa sin dejar de besarle?

Eva era demasiado inexperta, demasiado tímida para comportarse como una *“female fatal”*.

No tuvo que hacer nada de eso porque en el momento en que sintió algo duro contra la parte baja de su abdomen, se sorprendió. Sobraban las preguntas, porque las chicas de su instituto eran innecesariamente explícitas en algunos de sus relatos más eróticos, y a menudo las salidas de tono

escandalizaban incluso a los chicos. Sin embargo, Eva había aprendido algunas cosas de las experiencias de esas jóvenes tan activas.

Trevor se separó lo justo para mirarla a los ojos y delatar su estado de ánimo, que al igual que el de ella, mostraba una respiración irregular, agitada y en general, un estado de inevitable acaloramiento.

No dijo nada, y para su total asombro, sujetó su mano y fue él quien la llevó dentro de la casa.

Justo antes de cruzar el umbral, Eva tuvo la sensación de que alguien allí fuera, en la oscuridad, les observaba. Los ruidos eran normales en la nocturnidad, y más aún por el viento que azotaba los árboles, de modo que pronto descartó esa descabellada idea porque no quería volverse loca del todo.

No eran más que imaginaciones tuyas, se dijo.

Cerraron con llave y apagaron las luces a su paso hasta llegar al dormitorio. Eva quería preguntarle en qué pensaba, porque se encontraba tan nerviosa como emocionada por las intenciones que intuía en él.

Nunca antes habían cruzado la frontera que precedía a los besos, y como mujer, sentía curiosidad por saber qué o quién le había hecho cambiar de parecer.

Tal vez se estaba precipitando en sus conclusiones, sin embargo, no se atrevía a romper el momento con preguntas absurdas para saciar su curiosidad. Ella misma decidió que la charla podría enfriar a Trevor, y que pensar mucho el asunto solo lograría lo contrario a lo que pretendía, pero se sentía un poco descolocada con su reacción.

Imaginó que tendría que trabajar mucho para llegar a ese punto y, muy al contrario de sus erróneas expectativas, era él quien estaba propiciando que aquello pasara.

Apenas podía creerlo.

Una vez que la puerta de su cuarto estuvo cerrada, Trevor la miró con evidente pasión en sus ojos verdes.

¿Para qué pensar, para qué hablar?

Tenía lo que quería ante ella, al alcance de su mano, y no iba a ser tan boba como para rechazarlo o ponerle trabas.

Sonrió y él hizo lo mismo con sus ojos fijos en los suyos. Un instante después, estos se clavaron en sus labios. Su mirada se oscureció.

Nunca antes se había sentido tan deseada... era una sensación

indescriptible, abrumadora. Su cuerpo entero vibraba por la anticipación. No había dudas sobre lo que iba a ocurrir allí.

Trevor la sujetó por la cintura y sus dedos juguetones buscaron su piel. Empezó a besarla con suavidad mientras con las yemas de sus dedos palpaba su suavidad. Eva le dejó vía libre para que fuera donde quisiera. Si se iba a entregar al chico que quería, lo haría de corazón, y sobre todo, sin reservas.

Rodeó su cuello con los brazos y le acercó a ella. Trevor subió sus manos hasta llegar a la tela del sujetador y, antes de seguir, dudó unos instantes cuando el beso se fue volviendo más ardiente, más tórrido por momentos. El control estaba perdido, y ellos dos también.

El broche del sujetador se abrió y Eva soltó un grito ahogado por la sorpresa.

Trevor le lanzó una sonrisa juguetona y se separó unos centímetros para tener algo de espacio para sacar el jersey de Eva. Esta echó los brazos arriba y contuvo el aliento cuando notó que la tela se deslizaba para dejar su cuerpo al descubierto. Se sintió expuesta, vulnerable, y también excitada.

Los ojos de Trevor brillaban por el deseo, y sus mejillas se encendieron como reflejo de las suyas; al menos eso supo Eva enseguida al notar el calor que inundaba su rostro al completo.

Él no se quedó allí quieto sin más, sino que se deshizo con rapidez de su jersey también, y así quedaron desnudos de cintura para arriba. Trevor alzó su mano derecha y acarició su cuello; fue bajando hasta abarcar su pecho.

Sus manos aún estaban un poco frías, pero Eva apenas lo notó.

Si bien su chico no era el típico “musculitos cachas del instituto”, tenía, desde luego, un cuerpo bien formado sin llegar a ser demasiado delgado o muy grueso; sus brazos y su abdomen estaban definidos, y su boca se le hizo agua ante el deseo de saborear su piel erizada.

Ese pensamiento la dejó en un estado de embriaguez por su propio instinto atrevido. Ella no era así y, sin embargo, allí estaba, expuesta y vulnerable ante un hombre que la deseaba. Nunca se había sentido más mujer que entonces.

Con timidez al principio, y con más efusividad a cada minuto que pasaba, las manos de ambos fueron recorriendo sus cuerpos, aprendiéndose cada rincón, cada curva, cada zona erógena que iban descubriendo el uno del otro para saber dónde ir, dónde podían lograr de la experiencia, la más intensa que hubieran tenido.

Pronto estuvieron tumbados en la cama, y con rapidez, se desnudaron por completo antes de meterse bajo las sábanas. Trevor echó la mullida colcha encima para que Eva no pasara frío, y ella le adoró aún más si cabía. En todo momento parecía ir tomándose su tiempo para ver sus reacciones, para comprobar que disfrutaba o darle la oportunidad de pararle los pies, aunque lo único que ella quería era que continuara y que sus manos llegaran a su rincón secreto.

Lo quería todo.

Trevor puso en práctica lo poco que sabía en la realidad, ya que jamás había estado con ninguna chica, pero al ser casi un mes menor que Eva, sí que tuvo alguna ocasión de indagar sobre el sexo. Su familia también era religiosa y sus creencias eran firmes al respecto, pero su curiosidad había ganado la partida, y en más de una ocasión hizo búsquedas en su ordenador. Decir que estaba escandalizado era un eufemismo, ya que lo que le contaban sus amigos universitarios no tenía nada que ver con lo que se leía en internet.

Apenas podía creer que estuviera con Eva en una cama, los dos desnudos y acariciándose como solo se imaginaba haciendo en su noche de bodas, aunque sus pensamientos eran de todo menos coherentes. Se encontraba en una nube de deseo que apenas le dejaba pensar con claridad.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Esa inquietud pronto dejó de ser prioritaria, porque nunca antes en su vida había sentido esa abrumadora punzada de deseo. Iba a perder la razón, y es que Eva era una mujer asombrosa, toda una mujer, porque ya no era una niña, eso desde luego. Siempre le había parecido más madura y más sensata que otras que llamaban la atención del sexo opuesto, pero él no era tan superficial como otros, y había sabido ver quién era su novia en realidad. Había mucho más de lo que parecía a simple vista, y lo único que le impedía ser ella misma y demostrarlo abiertamente, era que su padre era un déspota que la tenía encerrada en una jaula de oro que se desmoronaba poco a poco.

Sospechaba que algo ocurría desde hacía algún tiempo, porque su obsesión con controlar a Eva no era sana, ni normal, pero le tenía informado de sus actividades, y eso parecía serenarlo en cierta medida. Tampoco le contaba todo lo que hacía, porque no le resultaba agradable hacer de espía de su propia novia, sin embargo, Duncan era un hombre extraño que guardaba algún secreto desagradable, y con el tiempo su comportamiento fue empeorando de un modo que Trevor no llegaba a comprender del todo.

Era consciente de que parecía traicionar a Eva, aunque él lo veía más como un modo de tener controlado a Duncan. Si notaba que se comportaba de una manera diferente con su hija, o esta le confiaba sus problemas, podría estar ahí para protegerla. Hasta ahora solo sabía que el matrimonio de sus padres no atravesaba por un buen momento, pero Duncan era un hombre religioso, y dudaba que fuera capaz de hacer sufrir de ningún modo a su esposa o su propia hija.

Lo único que deseaba más que hacerla suya, era protegerla, saber que no le ocurriría nada malo, y solo ese motivo le hacía soportable el hecho de hacer algo de a sus espaldas.

Aunque eso le devoraba las entrañas.

Se lo tendría que contar tarde o temprano, y solo esperaba que no le odiara por ello.

Eva se removió para ponerse cómoda bajo él, y Trevor perdió el hilo de sus pensamientos embrollados en su mente.

—Te necesito... ya...

Esas palabras eran como dinamita para su autocontrol. Sabía que dar el paso no tendría marcha atrás, pero, ¿cómo tomar una decisión así, sabiendo que esa noche iba a dormir con ella?

Desde el principio esa atrevida idea cruzó sus más profundos y oscuros pensamientos, pero no creyó posible plantearse cruzar la línea de uno de los pecados capitales. No debería estar haciendo esto.

No debería estar...

No...

Se perdió en un mar de sensaciones cuando Eva tomó su miembro con su suave y cálida mano y comenzó a moverse con lentitud y torpeza al principio hasta que poco a poco su timidez se fue disipando.

Explotaría si la dejaba seguir así.

—Si sigues así, voy a reventar —sentenció con voz grave.

Eva soltó una risita al comprender, y alzó ambos brazos para abrazarle fuerte contra ella en una súplica silenciosa. Trevor no quería hacerla esperar más, a pesar de temer hacerle daño por ser la primera vez de ambos, sin embargo, tampoco podía soportar la espera.

Se separó de ella con delicadeza y buscó un preservativo en el cajón de la mesilla.

Eva le miró interrogante y él sonrió.

—Los guardé nada más llegar, porque no sabía si pasaría algo... o no... pero quería estar preparado...

No podía enfadarse porque hubiera pensado lo mismo que ella, se dijo Eva, de modo que le guiñó un ojo y tiró de su mano para que se acercara de nuevo.

Tardaron unos segundos en colocar el preservativo en su lugar y Trevor se tumbó a su lado para preparar su ya lubricado centro más íntimo. Eva jadeaba y se retorció con su toque; aunque inexperto, causaba estragos en su cuerpo sobreexcitado.

A los pocos minutos, Trevor se situó entre sus piernas y con suavidad colocó su miembro en su caliente entrada y apretó su varonil mandíbula. Ir despacio era más difícil de lo que parecía, sobre todo cuando notaba que Eva exigía tenerle ya con sus sensuales movimientos.

La penetró de una estocada y Eva se retorció de dolor al principio, aunque este duró poco y, con paciencia y suavidad, todo mejoró hasta convertirse en placer. El mayor que ninguno sintió antes. Y entre jadeos y caricias, se amaron, se convirtieron en uno, y olvidaron al resto del mundo que los rodeaba. Ese instante era solo de ellos; nada más importaba, ni los celos, ni las inseguridades, ni las dudas. Ni siquiera importaba que a ojos de su fe, estuvieran cometiendo un pecado.

Ya se enfrentarían a las consecuencias cuando llegara el día. Ahora todo eso carecía de valor.

Ninguno podía sospechar que las consecuencias iban a llegar mucho antes de lo que se imaginaban.

En casa de Eva, su padre Duncan se paseaba por la habitación de su hija. Tenía que encontrar la prueba que necesitaba. Su esposa no creía que su pequeña estuviera mintiendo, pero Tod le había explicado que Eva se había escapado para estar con su novio.

Todas las ideas que cruzaban su mente le enfermaban. Su pequeña no solo iba a comportarse como una vulgar adolescente con las hormonas revolucionadas, sino que iba a traicionar sus creencias, y además, para ello había mentido y ocultado cosas, como que se había hecho con un teléfono a sus espaldas.

¿Quién era su hija y en quién se estaba convirtiendo?

Creía tenerla bajo control, pero todo eso ya se estaba difuminando. Perder eso le estaba sumiendo en el más profundo desconsuelo, y su nivel de ansiedad estaba alcanzando un punto crítico.

Estaba cabreado como nunca antes, y tenía que ver esa prueba con sus propios ojos o enloquecería por completo.

Cuando creía que no lo lograría, porque había pasado más de media hora rebuscando en sus cosas y poniendo la habitación patas arriba para nada, su esposa asomó la cabeza con timidez y compuso una mueca de asombro y desagrado cuando vio lo que había hecho.

Paseó la mirada por el desorden montado.

—¿Pero qué haces? —murmuró aterrada.

Duncan abrió un cajón del armario y solo vio una pequeña mochila. La apartó para mirar debajo, entre la ropa, y notó que había algo dentro. Era lo bastante grande para meter un móvil, y echó un rápido vistazo mientras despachaba a su esposa con una mirada de desprecio.

—No es asunto tuyo, ya que no sabes en qué anda metida tu propia hija.

Jane le miró con resentimiento, y es que no sabía por qué tenía que comportarse de esa manera tan desagradable todo el tiempo.

No conocía a esa persona con la que llevaba años viviendo, con quien había compartido tantas cosas tiempo atrás.

Era increíble cómo podían llegar a transformarse las personas sin que uno se diera cuenta, algo que no creyó posible antes.

—Eva es una buena chica —replicó—. También es tu hija, así que no hables así de ella —soltó con evidente fastidio.

Vio cómo el rostro de Duncan se volvía rojo de ira cuando sacó un objeto de la pequeña mochila que tenía en las manos. Un teléfono que ella no sabía que estaba ahí. Su corazón latió deprisa al descubrir que tenía razón, que Eva le había mentado.

Sin embargo, no creía que fuera tan grave como para ponerse hecho un basilisco. Al menos eso pensó hasta que Duncan le tendió de mala gana el teléfono para que leyera los mensajes que se había enviado con su vecino Tod. Al principio no pudo conciliar a su pequeña con esas palabras... Era justo eso: su pequeña, y les había estado ocultando un montón de cosas, entre ellas, que iba a convertirse en una traidora a su fe, a todo en lo que creía.

Las lágrimas llenaron sus ojos y mojaron sus mejillas. ¿Por qué su mundo tenía que venirse abajo de aquel modo? ¿No podría vivir con

serenidad nunca?

Duncan se volvió loco y empezó a tirar cosas por toda la casa, y Jane, que no sabía qué más hacer, fue tras él para intentar hablarle, aunque incluso esa tarea resultaba ya inútil en su propia casa.

El que tenía frente a ella era el monstruo en que su marido se había transformado.

—¡No sabes hacer nada bien, ni siquiera controlar a una niña que acaba de cumplir los dieciocho años! —vociferó como un loco mientras daba patadas a todo lo que se le ponía por delante.

Jane estaba asustada, pero no había modo posible de acercarse a su marido y hacerle entrar en razón, estaba más cabreado que nunca, y temía que pagara con ella su frustración y su ira.

—¡Es culpa tuya que ande por sabe Dios dónde, con ese novio suyo, haciendo...! —su voz se fue apagando porque ni siquiera él podía pronunciar esas palabras.

En su interior, muy en el fondo, sabía que era culpa suya que su hija se hubiera marchado para entregarle su bien máspreciado a ese chico con el que salía, pero no podía creer que sus actos fueran el reflejo de los suyos. De tal palo, tal astilla... ¿no?

Debía tratarse de una broma de mal gusto, pero había visto las pruebas de las que Tod le advirtió esa noche cuando se cruzaron en la calle.

Solo unos minutos antes su vida era la misma, y ahora solo era un borrón negro lleno de errores, malas decisiones, y la mayoría, propias.

Eso lo enfurecía más. Era infeliz en su matrimonio y en su existencia, y por el hecho de intentar conseguir una pizca de consuelo, todo su mundo se derrumbaba.

Debía arreglarlo, y podría lograrlo encontrando a Eva y tratando de que recuperara la cordura.

Había empezado a nevar, pero debía llegar a Two Rivers y sacar de allí a Eva. La llevaría por el buen camino aunque le costara sudor y lágrimas. No volvería a salir de casa si no era para ir a clase, y se encargaría personalmente de que se comportara como era debido.

Jane vio que Duncan iba a por las llaves del coche y entró en pánico.

—¿Qué haces? No puedes salir con este temporal, ha empezado a nevar...

Le lanzó una mirada furibunda y Jane se tragó sus palabras. Ese hombre

que tenía delante no era su marido, y sus ojos vacíos de sentimientos se lo demostraban tanto como su actitud.

Necesitaba hablar con Eva y advertirla, pero su teléfono móvil estaba ahí y como era más de medianoche, dudaba que contestara al teléfono de la casa de sus abuelos.

Cuando Duncan cerró la puerta de un fuerte golpe y puso en marcha el vehículo, Jane trató de respirar hondo antes de descolgar el teléfono y marcar el número que hasta hacía poco era el de sus padres.

Necesitaba que Eva respondiera, y ahora mismo solo podía pensar en ponerla sobre aviso; más tarde, cuando la tuviera en casa a salvo de las intenciones de su padre, la amonestaría por sus mentiras.

Al tercer intento, consiguió, como por un milagro, que alguien respondiera, pero no fue su hija, sino Trevor.

Este, sorprendido, le dijo a Jane que no se preocupara, que él hablaría con Duncan y le explicaría que no había pasado nada entre ellos.

Al joven le costó mentir, pero no sabía cómo decirle por teléfono a la madre de su novia, que acababa de robarle su virginidad.

Podía suavizar la situación contándole que Eva era una mujer que podía tomar sus decisiones, y que en ningún momento había sido forzada a hacer nada que no quisiera, pero los detalles no iban a importar mucho en el esquema completo de las cosas.

Trevor se despidió con un escueto “hasta pronto”, y cuando se vistió, aguardó en silencio en el salón hasta que escuchara algo en la entrada.

Pasaron unos cuarenta minutos cuando oyó que un coche pasaba muy cerca, y como no había nada en los alrededores más inmediatos, supuso que Duncan estaba allí. Había tardado mucho menos de lo que esperaba con el temporal de nieve que caía, pero se imaginó que había conducido como un loco para llegar lo antes posible. Salió de la casa, y en la oscuridad del ambiente, solo distinguió la figura de un coche y alguien que se acercaba. Como no había encendido la luz del porche, no tuvo una clara visión de ese rostro enfadado hasta que le miró a pocos centímetros.

Fue tarde para dar marcha atrás.

Unos fuertes golpes despertaron a Eva, y algo desorientada, atinó a descubrir que estaba sola en la cama. Se puso la ropa de prisa mientras los

golpes resonaban por toda la casa y vio luz en el salón cuando salió del dormitorio.

Su padre vociferaba como un loco mientras Catherine y Riley intentaban hablarle sin éxito.

Cuando este puso sus ojos en ella, a Eva se le cayó el alma a los pies. No solo había sido descubierta, sino que ya sospechaba que sabía todo. Todo.

Su corazón latió deprisa, y lo primero en que pensó era en que Trevor no estaba cerca de allí. Algo andaba realmente mal.

—Coge tus cosas, que nos vamos a casa, y no vas a salir de allí hasta que cumplas los cuarenta años —dijo con los dientes apretados y el rostro rojo de ira.

—De verdad, señor Abrams, solo estábamos celebrando el cumpleaños de Eva. No hemos hecho nada malo —intervino una vez más Catherine.

Eva quiso decirle que era mejor que no le hablara a su padre cuando estaba tan cabreado, pero eso no mejoraría las cosas. Sobre todo porque era obvio que él había visto una de las botellas de alcohol medio vacía en la mesa, con cuatro vasos con algo de líquido en su interior.

Tal vez no habían bebido hasta perder el conocimiento, pero aquello delataba que se trataba de una fiesta y, para Duncan, si había algo más que refrescos, era un asunto del todo inaceptable.

—No me cuentes tontas historias, niña —espetó—. También deberíais recoger vuestras cosas y volver a casa a primera hora de la mañana. O llamaré a vuestras familias y les explicaré en qué ocupáis vuestro tiempo —masculló con asco y evidente descontento.

Duncan llevó del brazo a Eva a su habitación para que guardara sus cosas bajo su atenta supervisión, y no fue delicado en su trato.

Eva notó que las lágrimas llenaban sus ojos y se derramaban sin control.
—¿Dónde está Trevor?

Su padre la miró con desagrado, dio un paso hacia ella con aire intimidante, y habló despacio, haciendo que Eva se encogiera por dentro.

—Espero no volver a ver a ese estúpido niño nunca más. Si se acerca a ti...

Dejó la frase a medias, haciendo que sonara como una clara amenaza.

Eva tembló.

Catherine se asomó a la puerta y se encontró el enfrentamiento, pero lo que ella necesitaba explicar, no podía esperar.

—Trevor no está aquí —soltó temblorosa.

Eva miró a su amiga y luego a su padre, con la acusación dibujada en su rostro.

—¿Qué le has hecho?

Duncan se mostró sorprendido por la acusación, aunque su posición amenazadora no cambió ni un ápice.

—No insinúes cosas extrañas; ni siquiera le he visto cuando he llegado aquí —musitó con voz sosegada.

Eva no le creyó ni por un segundo, y sospechó lo peor. Salió de la casa y vio el coche de su padre y el de Riley. No podía haberse marchado andando, porque la ciudad estaba apartada de allí, y dudaba que hubiera querido dejarla sola, aunque también debía tener en cuenta que él no podría haber sabido que su padre iba a ir hasta allí para enfrentarse a los dos. ¿O sí?

—Seguro que el muy cobarde ha visto que llegaba y se ha marchado —espetó Duncan.

—¿Cómo iba a saber que venías, y cómo ibas tú a saber que estábamos aquí? —preguntó Eva desolada, con lágrimas en los ojos.

—Descubrí el móvil que guardas en tu armario —sentenció, con todas las implicaciones de ese hecho flotando en el aire como una nube tóxica y asfixiante.

Eva se quedó sin aliento, y sus amigos, en un vano intento de ayudar, salieron bajo la lluvia para llamar a gritos a Trevor.

Al cabo de unos minutos, quedó claro que no estaba por la zona. No tenía sentido que se ocultara, y mucho menos que quisiera quedarse allí a la intemperie esperando que se fueran para salir como un cobarde.

En silencio, guardaron las cosas y propusieron llamar a la policía antes de volver a casa.

Su padre se desentendió del asunto, alegando que lo más probable era que se hubiera marchado en taxi a la ciudad, pero ella no creía eso, y se negó a dejarlo estar. Sin embargo, antes de volver a entrar en la casa para usar el teléfono, se dio cuenta de algo. El buzón no estaba como debería. Era sábado, de modo que dudaba que hubiera correo, y como le resultó extraño que alguien cambiara la manilla porque sí, fue a ver.

Se encontró un papel doblado y un poco mojado, como si alguien lo hubiera metido allí de manera descuidada, sin importarle la lluvia.

Lo abrió con manos temblorosas, y no solo por el frío. Lo que leyó, la

dejó aún más helada.

Se trataba de la letra de Trevor.

Lo de anoche no debería haber pasado nunca. Necesito un tiempo lejos de ti.

No me busques. T.

Releyó una y otra vez la pequeña nota descuidada, sin dar crédito a lo que allí había. Las palabras no tenían sentido.

¿Por qué iba a mostrarse tan atento y apasionado con ella para desaparecer sin dar más explicaciones que esa absurda nota escrita con prisas?

En su cabeza resonaron las palabras de Tod advirtiéndola que no era buen tío.

No era la primera vez que ocurría algo así, que tras una noche loca, la chica se quedara desolada y plantada por el chico en quien había confiado. Desde luego no esperó eso de Trevor, pero nada más tenía sentido.

Arrugó la nota en su mano y cayó de rodillas al suelo, rota por el dolor y la desesperación.

Su amiga se acercó para ver qué le pasaba, y como no podía hablar, solo le dejó el papel arrugado para que lo leyera, y se quedó allí tirada un buen rato. Se debatía entre la ira y la humillación, y se prometió que si Trevor no tenía el coraje de decírselo a la cara, jamás confiaría en otro hombre en toda su vida.

Se había marchado, pero pronto le vería en el instituto, y no le quedaría más remedio que dar la cara por ese gesto tan poco habitual en él.

Duncan y Riley se quedaron al margen, observando la escena y sin saber qué hacer mientras Catherine intentaba consolar a Eva.

Sabían que no habría consuelo para ella. Solo lo podría asumir si la verdad se revelaba, pero aun con todo, el tiempo era el que la haría superar esa extraña situación.

Capítulo 5. Gula

Volver fue un infierno.

Duncan no dejó de sermonearla en todo el camino. Cuando llegaron, su madre quiso hablar con ella, pero este lo impidió. No dejaría que Jane fuera benevolente con la joven que, según él, había deshonrado a la familia.

Le contó lo sucedido y Jane tuvo la impresión de que había algo que no cuadraba. Llamó a los padres de Trevor para asegurarse que estaba bien, y para intentar hablar con él, pero todo empeoró a partir de entonces. Trevor no había vuelto a casa y, al recibir la llamada, se preocuparon y empezaron a hacer preguntas.

La madre de Eva sorteó los interrogantes de los padres de Trevor como pudo, y cuando terminó la conversación telefónica, dejando también a otra familia preocupada, se centró en sus propios problemas; trató de que Duncan le hablara, que le contara los detalles de lo ocurrido, ya que se negó a que su hija fuera quien la pusiera al corriente. Este soltó lo primero que se le ocurrió.

—Tu inocente hija ha deshonrado a la familia y a sí misma —dijo con desprecio.

Fue un jarro de agua fría el descubrimiento, y peor fue el enterarse de ese modo. Habría preferido mil veces oír la dolorosa verdad de su hija. No hubiera cambiado nada, pero tal vez el impacto habría sido algo menor.

No bastaba con haberse escapado de casa, sino que ahora tenían que enfrentar la realidad: su pequeña ya no era una niña, sino una mujer, y una que había tirado por alto años de obediencia y una imagen intachable. Había dado la espalda a todo en lo que creía, y lo que había perdido, ya no lo recuperaría jamás.

De algún modo lo pagaría, y Jane estaba segura de ello, ya que ningún pecado, por pequeño que fuera, se perdonaba jamás.

Ella bien lo sabía. Era consciente en su fuero interno de que incluso los pecados de pensamiento, aunque no llegaran a los actos, eran castigados de formas crueles.

Su entumecido corazón se resquebrajó un poco más. Suspiró de manera

tan cansada como se sentía, se dio media vuelta y subió a su habitación para encerrarse a llorar.

No quería discutir, y no quería aceptar la realidad de momento. Necesitaba un tiempo para replantearse en qué había fallado como madre. No le hacía falta ni un segundo para saber en qué había fallado como esposa; su primer error fue casarse con el hombre equivocado, eso estaba claro.

Las dos siguientes semanas fueron un caos total. La familia de Trevor interpuso una denuncia por su desaparición y la policía interrogó a todos sus conocidos, incluidos muchos de los que se relacionaban con él en el instituto, incluyendo al profesorado.

Nadie sacó nada en claro.

La única persona que trató de ser algo útil, aunque a Eva no le sirviera de nada, fue Tod.

Con dolor en su mirada y en su voz, le hizo saber que no le sorprendía que hubiera querido alejarse, porque no la respetaba, y solo había tenido lo que deseaba para luego dejarla tirada con un marrón enorme encima.

Fue terrible que la policía fuera a su casa para hablar con ella. No tardaron en personarse allí porque todo el mundo sabía que era su novia, y los cuchicheos en el barrio eran cada vez más sonoros.

Nadie se escondía para mirarla de soslayo con la sospecha dibujada en sus ojos.

El infierno continuaba.

Cada noche antes de acostarse, se preguntaba una y otra vez, cuándo se acabaría.

Tenía el teléfono móvil de Trevor, pero las llamadas eran inútiles, ya que se encontraba apagado.

Catherine y Riley estaban más preocupados que nadie, porque estuvieron juntos poco antes de que ocurriera, y al igual que a Eva, la policía fue a visitarles antes que a nadie más. Era una situación insólita e inexplicable que ninguno sabía cómo sobrellevar.

—¿Crees que estará bien?

Eva escuchaba esa pregunta de labios de su mejor amiga cada mañana, y como una autómatas, se decía para sus adentros que sí, que debía estarlo.

—No lo sé.

Su respuesta en voz baja, era la misma cada vez. No tenía ni idea de qué responder. Algunos días se decía que él era un cobarde por dejarla así sin dar explicaciones, y preocupando a todos por su huída, y otras veces se decía que algo malo le había pasado. No era normal en él que desapareciera así.

Esa noche fue mágica para los dos. Fueron unas horas apasionadas, en las que disfrutaron de su unión como si lo hubieran hecho durante años y años. Todo fluyó de maravilla entre ellos, y al terminar, Trevor fue considerado y tierno, abrazándola hasta que se quedaron dormidos.

—Te quiero —fue lo que susurró él cuando creyó que ella dormía.

—Yo también —susurró con voz adormilada ella.

Casi podía percibir cómo sonreía aunque era muy consciente de que Eva no podía verle en la oscuridad de la noche.

No se arrepentía en lo más mínimo, salvo en las ocasiones en que las dudas la asaltaban, porque Tod había plantado esas pequeñas semillas que germinaron sin que pudiera evitarlo.

Como él era un mujeriego, se pensaba que todos los hombres eran iguales, pero cuando Trevor apareciera, le demostraría que no era así.

Iba a aparecer pronto. Debía creerlo con todo su corazón, o se derrumbaría y jamás podría recuperarse.

Nunca podría confiar en otro hombre, y Tod tendría razón cuando decía que su novio no era de fiar.

¿Sería cierto?

Eva rezaba cada noche para que no fuera así. Sabía que después de su desliz, no tenía derecho a pedir nada a Dios, pero cuando se miraba la cruz que llevaba al cuello, se decía que la unión de dos personas, aunque no estuvieran casadas, pero que se amaban de corazón, no podía ser un pecado. Y a pesar de no ser capaz de arrepentirse de un modo sincero de lo que hizo, su penitencia particular debería contar como castigo por las cosas que no hacía del todo bien.

Ese sábado hacía catorce días exactos que Trevor había desaparecido.

No se había olvidado, ni mucho menos, pero la policía no tenía información, ni pistas, ni nada que indicara que había sido secuestrado o forzado de algún modo a marcharse.

Oficialmente, era un adolescente que había huido de casa para no

enfrentarse a las consecuencias de haber salido sin permiso un fin de semana. Sus padres no lo creían posible, y habían empapelado todo el barrio con fotos suyas.

No obtuvieron ningún resultado por el momento.

El apoyo que intentó brindarles Eva, difundiendo la noticia por internet junto a la ayuda de Catherine y Riley, no mejoró la opinión que estos tenían de ella.

Corría el rumor de que la razón principal de que se marchara, era que deseaba romper su relación y distanciarse.

Ahora ella era la abandonada y la culpable.

No tenía idea de cómo la gente pensaba aquello, pero Eva tenía otras cosas de las que preocuparse también, que no eran precisamente los cotilleos de las personas que se aburrían en el barrio.

Sus padres habían empezado a gritarse una vez más, y esta vez el motivo era que su padre permanecía mucho más tiempo en casa, pero no para unir a su familia, sino porque había adquirido un nuevo vicio repugnante: la bebida.

—Bebo para olvidar que mi hija es una furcia que irá al infierno —decía cada vez que Jane, o Eva le decían que dejara de matarse con alcohol.

Era cruel, y ya no era solo un monstruo, sino un demonio sin alma. Eva estaba segura de ello.

Salió de casa y se enfrentó al frío del invierno. Casi era placentero notar el viento cortante contra su rostro, porque de esta forma podía dejar de oír el mal ambiente que se cocinaba en su casa día sí, día no.

A decir verdad, las peleas eran constantes, aunque a veces contaba con unas horas de margen cuando alguno de sus padres se encerraba en algún rincón de la casa para escapar del otro y tener algo de espacio. Su vida se había reducido a eso, a convivir con personas que no se soportaban, y a encontrarse más sola que nunca.

Menos mal que tenía a su amiga, aunque la familia de Catherine no estaba conforme con su amistad después de todo lo ocurrido. No sería la chica buena e inocente nunca más después de lo que pasó con Trevor, a pesar de que ella no tuvo nada que ver.

Al menos que creyera.

Tod salió de su casa, y lo más probable es que lo hiciera solo al verla a ella salir de la suya, pensó Eva. Fue caminando detrás mientras la llamaba por su nombre. Esta le ignoró las primeras tres veces.

—No hablo contigo, pero eso ya lo sabes —espetó furiosa.

—Eva, intenté advertirte, nada más. No es culpa mía que al final tuviera razón...

—Aunque esté harta de que siempre digas lo mismo, no es la razón por la que no quiero ni verte —expuso entre dientes.

—Entonces, ¿por qué?

—Si no lo sabes, es que eres más tonto de lo que pensaba —sentenció furibunda.

Tod se detuvo, indignado por sus palabras. Eva hizo lo mismo. Odiaba tener que plantarle cara, pero era un pesado, y la única forma de que la dejara en paz era aclarando que ya no quería su amistad.

Caminó unos pasos hacia él, manteniendo cierta distancia, y le encaró con una determinación que por dentro flaqueaba sin remedio.

—Tienes mucha cara dura de hablarme siquiera cuando fuiste tú quien le contó a mi padre dónde estaba —apuntó con rabia apenas contenida.

Eva tenía ganas de gritar y darle un guantazo, pero se contuvo a duras penas.

—No vuelvas a acercarte a mí nunca más —pidió con voz entrecortada.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y lo que vio en Tod la sorprendió. No era compasión, sino rabia. No podía comprender el motivo, pero no deseaba averiguarlo. Ya le daba igual lo que pensara.

Giró para alejarse de él, pero este no se lo permitió.

Eva notó que la sujetaba de la mano y dio la vuelta de forma brusca cuando Tod tiró de ella.

Quiso gritarle, o darle una patada en sus partes, a ver si así se enteraba de una vez de que no quería nada con él, pero antes de que pudiera abrir la boca, Tod se lanzó a por sus labios, con brusquedad al principio, pero no tardó en relajarse y poner toda la carne en el asador.

Estaba tan sorprendida, que al principio no sabía ni qué hacer. Sus labios tenían un tacto muy agradable y suave, y la experiencia de él, hacía que fuera un gran maestro de los besos.

Se derritió.

O lo hizo hasta que comprendió que debería odiarle por propasarse con ella.

¿Cómo se atrevía?

Le dio un empujón, sintiéndose ultrajada. No le había detenido antes,

pero es que la había pillado desprevenida, aunque eso no fuera excusa.

Su novio andaba desaparecido a saber dónde, y ella dejándose besar por un idiota que la había delatado.

Tal vez si no se hubiera chivado a su padre, nada de esto habría ocurrido. O tal vez sí...

El no saber las verdaderas razones de Trevor para dejarla plantada la destrozaba.

Cabía la posibilidad de que estuviera retenido contra su voluntad, pero eso le parecía más la trama de una serie de policías que algo mínimamente posible. La carta era suya, la letra era suya, y por lo visto, las razones para alejarse eran más poderosas que los sentimientos por ella, porque de lo contrario, se lo habría dicho a la cara.

No era propio de él hacer algo así, y menos aún desaparecer tanto tiempo dejando a sus padres preocupados; al igual que al resto de sus conocidos. Tampoco se fiaba de su propio padre, a pesar de que hacer daño físico a alguien no resultara fácil de aceptar.

Según sus palabras, ella había pecado de un modo imperdonable; era una deshonra que jamás podría compensar. Quizás se le fue de las manos...

El miedo más profundo que sintió nunca, le caló en los huesos como si naciera en lo más profundo de su mente y fluyera por cada rincón de su cuerpo, empapándolo todo, sin darle tregua ni escapatoria.

Dolida, le dio la espalda y caminó sola hasta alejarse del peligro que suponía Tod para su cordura.

Este debió ver algo en su mirada que le hizo recular y no perseguirla, y ella se sintió aliviada, aunque más sola que nunca.

No sabía qué estaba pasando, y en adelante, se daría cuenta de que nada estaría claro, sino más oscuro, más deprimente que nunca.

Su padre bebía sin control, perdiendo el conocimiento mientras veía la televisión, pero no sin antes liar un drama con cualquiera de ellas dos; siempre que se le ponían por delante, o las escuchaba cerca de él, tenía que empezar una pelea.

Era terrible, y tenían que andar de puntillas cada minuto del día. Había llegado tan lejos como para ir bebido al trabajo, y Jane empezaba a preocuparse.

Eva también lo hacía, pero el miedo que le tenía, podía con ella. Aún no descartaba que hubiera sido cosa suya lo de la desaparición de Trevor.

Mucha gente en cambio, creía responsable a Eva, porque las habladurías eran cada vez más descaradas, y también las pullas que le lanzaban por lo bajo, pero lo bastante alto como para que llegara a sus oídos.

Se planteaba incluso marcharse de casa, pero no quería dejar a su madre en manos de ese loco incompetente que era su padre. Cada día era más irascible, y a pesar de lo difícil que resultaba, cada día que pasaba, la vida en casa de los Abrams, y fuera de ella, en el instituto por ejemplo, era más inestable, más complicada.

Eva desesperaba por alejarse de todo el mundo, y rezaba cada noche antes de acostarse porque Trevor estuviera bien, y que volviera a su lado.

Al menos que diera alguna señal de que estaba vivo.

Pasado un mes desde que desapareció, lo único que hacía Eva era volver a casa tras el instituto e intentar estudiar sin mucho éxito. Suspirar por Trevor era su primer trabajo en su vida durante las últimas semanas.

Si continuaba así, acabaría el trimestre con unas notas horribles. Parecería una minucia comparada con su preocupación por su novio, pero no podía evitarlo; su padre le ladraba órdenes sin parar, y se volvía más violento cada día que pasaba.

Vivía con temor, y su madre intentaba sin éxito que su marido se comportara mejor, y que dejara de engullir alcohol como si de agua se tratara.

No se le escapaba la ironía una vez más, ya que su padre la acusaba de ser una pecadora que acabaría en el infierno, cuando la realidad era que él no dejaba de cometer un pecado mortal tras otro.

La gula acabaría por pasarle factura, y sus riñones serían los que pagarían las consecuencias. Claro que ninguna de las dos sabía cómo abordar el asunto.

Encerrada en su cuarto, Eva escuchaba los ronquidos de su padre, y el llanto de su madre en la planta superior. Esta se encerraba en su habitación cuando no quería lidiar con nadie y una vez más, allí estaba para escapar de su marido, ya que este faltaba al trabajo cada vez más.

Dejaba de ir a la tienda cuando le apetecía, y eso no ayudaba a mejorar las cosas, sino más bien al contrario.

Jane le hablaba de sus preocupaciones, pero este la ignoraba o la insultaba para evitar el tema.

Sin querer empeorar las cosas, optaba por mirar a otro lado y pasar el día con su ya habitual expresión de cansancio y desesperación. A veces Eva se preguntaba cómo aguantaban las ganas de huir de casa su madre y ella. Ya no era un secreto que la vida de su familia no era tan perfecta como deseaban aparentar. ¿Por qué razón continuaban viviendo una mentira entonces?

Era todo un misterio, desde luego.

El cielo encapotado se oscurecía con rapidez esa tarde, y a las siete comenzó a llover con mucha fuerza mientras el viento azotaba la casa sin compasión.

Salió de su habitación y se encontró con que su madre abandonaba la suya con varios productos de limpieza y bayetas de colores. Su pasatiempo actual seguía siendo limpiar de manera compulsiva e innecesaria toda la casa, como si así se evadiera del mundo. Como si eso ayudara en algo.

—Cielo, ¿vas a bajar a cenar?

—Sí, a eso iba. ¿Qué hay preparado?

Jane la miró con nerviosismo y se movió con rapidez. Eva bajó a la cocina tras ella, sospechando que no había mucha comida lista, y abrió la nevera.

—Podemos hacer unos sándwiches —propuso para animarla.

Su padre seguía durmiendo la borrachera al otro lado de la planta baja, roncando como un cerdo, y Eva pensó que si no se despertaba, cenarían más tranquilas.

—No, Eva. Debería preparar pastel de carne, unas patatas asadas o algo... claro que debí hacerlo antes, pero... estuve ordenando mi armario y...

Dejó los productos de limpieza en el suelo y empezó a moverse de un lado a otro, buscando algo que hacer. Eva no sabía cómo ayudarla, y solo se le ocurrió esperar para ver si se aclaraba con lo que sea que buscara.

Verla en ese estado la dejaba destrozada.

Se sorprendió cuando su padre entró en la cocina, dando pasos arrastrados y lentos, y sin prestarles la más mínima atención.

Eva retrocedió. Olía como una destilería, y la cara la tenía muy roja. No por estar adormilado era menos imponente.

No había en él el más pequeño recuerdo del hombre que fuera cuando ella era pequeña. Siempre había sido algo estirado, con su forma de vestir

conservadora, su repeinado pelo oscuro y esos ojos carentes de emociones. Todo era cuadriculado en su mundo: el bien, el mal; todo era blanco o negro. No había términos medios ni colores intermedios.

Nunca resultaba fácil ser su hija y a la vez ser feliz. Sin embargo, pudo sobrellevarlo bien hasta hacía unos meses. Eso se decía a sí misma al menos.

Oyó un gran estruendo repentino y acto seguido escuchó a su padre maldiciendo como un loco.

Ambas mujeres observaron como empezaba a gritar y le daba puntapiés a las botellas que había en una esquina de la cocina hasta que una de ellas se rompió, y un fuerte olor a lejía inundó la estancia.

Duncan se volvió con el rostro desfigurado por la rabia. Miró a Eva y después centró su atención en Jane.

Eva tembló de miedo, pero fue Jane quien se mostró atemorizada al ver el odio que iba dirigido a ella.

—¿Tienes que hacerlo todo mal, mujer? —estalló Duncan como el monstruo que era.

Jane desvió la atención y miró a su hija.

—Déjanos solos —rogó con voz temblorosa.

Quería marcharse, pero algo le impedía moverse, se sentía como una estatua clavada al suelo.

Él miró a una y a otra repetidas veces, con evidente disgusto, como si sintiera asco al contemplarlas.

—No servís para nada. Ninguna —siseó.

Jane no era muy alta, solo unos centímetros más que Eva, y era menuda en comparación con Duncan, pero de manera instintiva, puso un brazo en medio de ellos, como si así pudiera evitar que él le hiciera daño. Lo veía en sus ojos. Las dos veían que estaba cegado; en ese momento sería capaz de lo que fuera.

Una risa carente de humor asomó a los labios de Duncan, y centró su atención en su esposa. Ella era su diana cuando quería lanzar todo su mal humor y frustración a alguien.

—¿Proteges a la fulana de tu hija, la deshonra de esta familia y mi ruina? —inquirió con voz pastosa, sin que eso disminuyera el tono duro y amenazante.

—Es tu hija también. Y no es nada de eso que dices —alegó dolida por sus palabras.

Eva no podía hablar, ni moverse. No era capaz de defenderse, y se sintió impotente. Un fuerte dolor de estómago hizo que le saltaran las lágrimas, pero aún así, no movió ni un solo músculo.

—Es mi hija, sí pero no es así por mi culpa —gritó, dando varios pasos hacia ella. La sujetó del brazo y la zarandeó con una fuerza excesiva.

Eva miró horrorizada cómo su padre se ponía violento, pero solo podía concentrarse en el dolor de barriga que notaba, y en el fuerte olor a lejía que quemaba sus fosas nasales.

¿Qué le estaba pasando?

Jane soltó un grito ahogado y fue como un detonante que la hiciera despertar de un sueño extraño. Sin embargo, la pesadilla era muy real, y ella solo quería que su padre dejara en paz a su madre.

Sujetó su brazo para que dejara de agarrar a su madre, que parecía más frágil que nunca, y él la miró con furia antes de alzar una de sus manos para darle un fuerte empujón. Fue a chocar contra los cajones de la cocina y, un tremendo golpe en su espalda, aumentó su ya importante malestar.

Una fuerte punzada en su columna la hizo quedarse inmóvil unos segundos, los suficientes para ver que su padre sujetaba a su madre del cuello y esta aferraba las manos de él, implorando en silencio por su vida. Este no podía hablar, pero sí lanzó una breve y oscura mirada en dirección a su hija, quien lo único en lo que podía pensar, era en la nube de dolor en la que estaba sumida, y en que debía parar a ese monstruo de un modo u otro.

Sentía sus manos adormecidas, pero se separó de la encimera lo justo para abrir el cajón con suavidad y coger un cuchillo. El primero que encontró no era muy grande, pero sí afilado. Tal vez si le amenazaba con él, dejaría a su madre en paz. Podría escapar, y ella iría detrás. Debían alejarse para siempre de ese individuo que ya no parecía un ser humano, sino un demonio llegado de lo más profundo del infierno para atormentarlas.

Sentía hormigear sus dedos, y el fuerte golpe en la espalda la había dejado con movilidad limitada, pero hizo un esfuerzo para adelantarse y mover el cuchillo en su dirección.

Como si hubiera sabido lo que hacía, Duncan se volvió hacia ella de nuevo y le lanzó una sonrisa burlona mientras apretaba el cuello de Jane sin compasión.

—Deja de hacerle daño —advirtió Eva.

Para su desgracia, su voz era tan débil como se sentía en esos

momentos; como si estuviera en uno de esos sueños horribles en los que sabía que tenía que moverte y huir, pero no podía. Su cuerpo no le respondía como se suponía que debía hacerlo, y su amenaza no daba resultado. Duncan sabía que ella no usaría el cuchillo contra él, aunque Eva no tenía otro remedio.

Debía salvar a su madre.

Dio un paso más.

La sonrisa de su padre disminuyó, pero solo parecía más furioso que antes. Se movió tan deprisa que Eva casi no vio lo que pasó a continuación.

No fue el caso del todo, ya que se grabaría a fuego en su mente, como una película de auténtico miedo.

Duncan empleó toda su fuerza para estrangular el fino cuello de Jane, quien dejó de moverse para intentar engañarle y así zafarse de él y, sin que al parecer fuera bastante motivación el estar ganando la batalla contra alguien mucho menos corpulenta que su atacante, estrelló con violencia su cuerpo contra la maciza mesa de la cocina. El golpe seco que se dio contra la cabeza, hizo que compusiera una postura muy poco natural.

Con la boca abierta, sin dar crédito a lo que veían sus ojos, Eva contempló la muerte de la única persona a la que más admiraba. Allí echada sobre la mesa, había perdido la vida en unos pocos segundos de forcejeo contra el demonio que tenía frente a ella.

Se quedó sin aliento, notó que la garganta le quemaba, el corazón le palpitaba con fuerza, como queriendo abandonar su cuerpo, y las punzadas de dolor de su estómago y de su espalda se volvieron insoportables. Sentía que moría también.

Acababa de ver cómo el hombre que la engendró le quitaba la vida a su madre, a su esposa; y pasaba a ser el hombre que decía ser un buen cristiano, al ser más perverso en la faz de la tierra.

—¿Vas a usar eso contra mí? —preguntó Duncan.

Se rió al ver que su cuerpo entero temblaba de horror y de ira.

No era capaz de usar el cuchillo contra él, se dijo, pero no podía soltarlo, o le haría daño a ella también. Claro que pensaba que si dejaba de existir, no tendría que enfrentarse al dolor y la pena por la pérdida de un ser querido tan bueno que jamás mereció lo que había pasado en su vida, y sobre todo, en los últimos meses.

Ahora estaba en un lugar mejor, eso seguro, sintió con seguridad. Ningún sitio era peor que en el que Eva se encontraba en ese preciso

momento.

—Eva —susurró Duncan, haciendo que ella se estremeciera por el frío sudor y el escalofrío que notó recorrer su cuerpo entero—. Un nombre muy apropiado el que escogió tu madre. Un nombre perfecto para un ser que no ha traído más que desgracia a mi vida —sentenció enfureciendo por momentos.

—¿Después de todo lo que has hecho, dices que la desgracia de tu vida la he traído yo? —musitó con un hilo de voz.

Él no respondió nada, solo se acercó a ella con fría y calculada determinación, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Tu lugar en el infierno te lo has ganado a pulso —declaró ella, sintiendo que nada de lo que pudiera hacer ahora su padre, sería peor de lo que ya estaba experimentando por dentro.

Le dio un manotazo y el cuchillo salió volando justo cuando él se mostraba satisfecho porque quedara indefensa por completo.

Eva se quedó descolocada, y solo pensaba en el modo de hacerle pagar por sus pecados. Quería vengarse, y que sufriera por todo lo que había hecho.

Quedó atrapada por sus manos al igual que lo había estado su madre segundos antes, y creyó que se había acabado. El miedo navegaba por sus venas, sin dejar un centímetro de su cuerpo por recorrer, sin embargo, una inesperada fuerza interior la impulsó a intentar defenderse, por difícil que pudiera resultar, de acabar siendo la segunda víctima de ese individuo sin corazón.

—Ahora me libraré de mi última atadura, y podré empezar de nuevo...

Eva escuchaba sus divagaciones mientras notaba que su respiración era apenas posible. Duncan apretaba su cuello, pero no lo suficiente como para matarla, sino que al parecer quería que sufriera entre agonía y terror por conservar la vida a manos del hombre que un día se la dio.

—No habéis hecho más que amargarme la existencia...

Eva cerró los ojos un instante, pero su padre no quería que se fuera. Aún no. La sacudió con fuerza y su cabeza chocó contra la puerta del armario de cocina.

Fue entonces cuando se dijo que tenía que coger otro chuchillo del cajón que aún seguía abierto.

—Llevo mucho tiempo sintiéndome vacío en esta familia, sin ser el hombre respetado que merezco ser...

Su voz serena, la de un completo demente, hizo que Eva no perdiera un

instante más, mientras sus ojos se clavaban en los del hombre que le dio la oportunidad de vivir hacia dieciocho años, y que ahora pretendía arrebatarla sin miramientos. Sin remordimientos.

Introdujo la mano en el cajón de los cubiertos y, como era de esperar, hizo ruido al rebuscar dentro, alertando a su padre de que tramaba algo.

Pero para su asombro, su despiste momentáneo solo sirvió para que dejara de ejercer tanta presión y pudiera moverse unos preciosos centímetros. Alargó un poco más la mano y encontró lo que necesitaba. Sin pensarlo dos veces, sacó el enorme chuchillo alargado y afilado, y lo lanzó contra él.

No pensó nada, solo empleó la fuerza que podía reunir, y quedó clavado en su dorso izquierdo, cerca de los riñones.

Pudo respirar algo mejor cuando su padre apartó las manos de ella y la miró con estupefacción.

Inmóvil, vio cómo este intentaba sacar el infame objeto de su cuerpo sin resultado. La sangre manaba del orificio de entrada y también de sus labios con un golpe de tos que le hizo doblarse y caer boca abajo al suelo.

No tardó en desangrarse por completo.

Eva no podía creer lo que había hecho. Apretó su estómago y, con las piernas débiles, avanzó como pudo y fue al cuarto de baño a descargar lo poco que contenía su estómago.

Se quedó sentada en el frío suelo del aseo de la planta principal, y lo único que su mente podía pensar era en que todo había acabado.

Ahora estaba completamente sola en el mundo.

La policía la encontró en ese mismo lugar unos minutos más tarde.

Tod había visto a la madre de Eva desde fuera, y corrió desde la acera para asegurarse de que sus ojos no le traicionaban. Fue tan deprisa como pudo a su casa, al comprobar que no podía entrar en la casa de Eva para ver si estaba bien.

Había oído una pelea, pero era tan habitual los últimos meses, que no imaginó que acabaría en tragedia. Aunque a Duncan se le notaba cada vez más inestable, incluso ante sus vecinos y conocidos, dudaba que fuera capaz de llegar a un punto donde hiciera daño a las personas a quienes más quería.

Ocurrió lo que jamás pensó que pasaría, y como no sabía qué más hacer, avisó a sus padres y pronto llamaron a la policía.

Después de eso, todo fue como una película, algo irreal que le hubieran contado, o como una historia de las que se escuchaban en las noticias, que le dejaban el cuerpo temblando por el horror, pero donde solo podía observar desde fuera.

Una ambulancia llevó a Eva al hospital, para un reconocimiento, y para que la policía pudiera hablar con ella después de que un sicólogo les diera el visto bueno. Debían aclarar cuanto antes lo que había pasado.

Eva se sentía enjaulada en su habitación. Pasaban personas desconocidas para hablar con ella, pero no podía pensar en nada. Su mente tenía grabada la terrorífica imagen de su familia hecha pedazos, de un modo literal y tenebroso.

No podía dejar de llorar en silencio, y apenas era capaz de formular más de dos palabras seguidas.

La sicóloga le hizo muchas preguntas, y los dos agentes que la interrogaron también. Cuando al cabo de unas horas se marcharon, le parecía que había estado días allí encerrada.

Fue vagamente consciente de que Tod estaba fuera de la habitación, ya que le veía pasearse nervioso tras la ventana medio cerrada con una persiana veneciana interior. También había visto a sus padres en algún momento de la noche, ya que apenas había dormido hasta que la dejaron sola casi al amanecer.

Entonces llegó el turno de los médicos, y los resultados que obtuvo de sus pruebas no fueron lo que se imaginaba.

Hicieron un reconocimiento exhaustivo y varios análisis. Todo era normal excepto una cosa; y jamás llegó a pensar que algo así le ocurriría a ella, sobre todo ahora que Trevor se había alejado de su vida, y aún no tenía ni idea de lo que le ocurrió.

Estaba embarazada de casi cinco semanas.

¿Qué diantres iba a hacer a partir de ahora, si su vida entera se había venido abajo?

El abogado de la familia también fue a verla al día siguiente, y cuando quedó aclarado lo sucedido la noche anterior, le explicó que su madre tenía un seguro de vida de un millón de dólares. La casa en la que vivía no tenía deudas, de modo que era legalmente suya ahora que había cumplido los dieciocho y no iban a juzgarla por la muerte de su padre. Solo tenía que cumplir un régimen estricto de visitas a una sicóloga que el inspector de

policía encargado del caso le asignó, y le propusieron que viviera con la familia de Tod, pero ella se negó a pesar de que gracias a sus declaraciones, la situación se resolvió con rapidez.

No tenía que demostrar que había matado a su padre en defensa propia porque, al parecer, más gente de la que se imaginaba Eva, conocía la situación a la que se enfrentaba día tras día. La autopsia reveló la gran cantidad de alcohol que había ingerido, y los especialistas de la policía confirmaron que había sido este el único causante de la muerte de su madre.

Nadie podría culparla por ello, ni tampoco sospechar que se hubiera vuelto loca y por un impulso homicida, acabara con su familia entera.

En la televisión y en los periódicos locales fue noticia de primera página el que un hombre de inclinaciones cristianas de Appleton, acabara con la vida de su esposa y casi hiciera igual con la de su propia hija.

Todo el mundo estaba conmocionado.

Los Becker los que más. Claro que en su interior, Eva sospechaba que para la ex amante de su padre, sería un gran golpe aún peor que para el resto.

Agradecía a Tod su apoyo, al igual que a sus padres, pero a pesar de ello, Eva solo necesitaba estar sola, ya que había personas a las que lo sucedido solo había servido para seguir manteniéndose alerta con respecto a ella. Los padres de Trevor la telefonearon varios días después, cuando supieron que volvió a casa, y no fueron nada amables con ella. Al contrario, ya que la seguían creyendo culpable de su desaparición, y la acusaron de hacerle daño y de cosas mucho peores.

Esas palabras la perseguirían durante mucho tiempo:

—Si has sido capaz de matar a tu propio padre, has podido hacer lo mismo con nuestro hijo, y al final sabremos la verdad. No consentiremos que nuestro nieto crezca con una asesina.

Maldijo para sus adentros que la prensa hiciera eco de su estado y de cada detalle de la investigación, porque en el instituto las cosas se le iban a poner imposibles de llevar.

Su sicóloga le aconsejó dejar las clases por un tiempo, pero ella no podía. Necesitaba acabar con eso, y con suerte, ir a la universidad lejos de su barrio y de la gente que la observaba como si fuera un bicho raro, como una apestada de la que era mejor alejarse.

Incluso su única amiga tenía prohibido acercársele, y solo se lo permitían en clase; cuando regresó dos semanas después del fatídico día, en que todo cambió, esta se lo dijo con una nota escrita con nerviosismo.

Sus padres iban a comprobar que ya no eran amigas, e incluso advirtieron al profesorado y al director de esto. Leer todo eso en un pequeño trozo de papel le hizo sangrar el corazón.

La vida de Eva no volvería a ser igual, y cuando soportaba las continuas broncas y gritos de sus padres, no pensó que podría haber nada peor que eso.

La actualidad lo era, sin duda.

Capítulo 6. Envidia

Se sentía como una zombi, como si estuviera viviendo la vida de otra persona. Iba a comprar porque era muy consciente de que debía comer, pero otra cosa era que le apeteciera.

Saber que estaba embarazada era increíble, así de claro. Es que le costaba asimilarlo. Era un hecho, y debía cuidarse, comer bien y tomar las vitaminas; también tenía que ordenar un poco la casa, ir a clase y aguantar las muchas miradas intimidadas de la gente, como si diera miedo, y por supuesto debía dormir y continuar adelante.

El único problema era que cada una de esas cosas le suponía un esfuerzo tremendo. Sólo le apetecía quedarse en la cama sin pensar en nada, mirando el blanco de la pintura del techo.

La sicóloga le recomendó que para empezar, no dejara de hacer las cosas que hacía cada día, aunque a eso tenía que añadir las tareas de casa. No quería ni imaginar cuando llegara el momento de pagar facturas y cosas por el estilo. Decidió que si había estudiado una carrera para entender la conducta humana, bien podría saber algo más que ella de la vida. No perdía nada por intentar volver a ser una persona, aunque jamás fuera una normal, ni volviera a ser la misma. Eso nunca sucedería, porque nadie en el mundo superaría lo que ella había pasado y seguiría como si nada.

Hacer la comida no sería tan difícil si no fuera porque comer sano era otro cantar, de modo que una semana después de lo sucedido, se rindió a lo inevitable. Fue a comer y cenar a casa de Tod.

Sus padres eran encantadores con ella; la trataban como si fuera a romperse, y también era cierto que eran de los pocos en su barrio que no huían despavoridos cuando la veían venir.

Ya era algo, se decía.

Tod estaba comportándose como un amigo, sin intentar nada raro, sin propasarse, y Eva creyó que incluso un poco frío a veces.

Imaginaba que el tema del embarazo resultaba difícil de llevar para más gente aparte de ella.

No le extrañaba.

La acompañó a casa después de comer ese viernes, casi dos semanas después de lo ocurrido, y esta vez entró en su casa tras ella. Sonreía más que de costumbre, y se preguntó a qué vendría tanta felicidad, si esa emoción la había eludido demasiado tiempo.

Se palpó la barriga y se le inundaron los ojos de lágrimas no derramadas.

Trevor debería estar con ella, y no huido, o desaparecido. Casi prefería pensar que estaba bien pero que prefería alejarse de todo, aunque el preocupar a su familia y amigos no era normal en él.

—¿Qué te ocurre, Eva?

Suspiró.

No tenía ganas de hablar. Solía ponerse a llorar en cuanto pronunciaba una palabra, y eso la hacía sentir una niña pequeña perdida y sola. Prefería mostrarse taciturna y silenciosa, esa era la nueva Eva.

Eran pocas las personas que deseaban conversar con ella con normalidad, de modo que para qué molestarse, se repetía una y mil veces cada día.

Negó con la cabeza y vio cómo Tod miraba en dirección a su mano, que palpaba con dulzura su barriga, y su rostro se contrajo. ¿Rabia, enfado?

No entendía por qué ponía esa cara.

Él notó su escrutinio y pronto relajó sus facciones. Se dijo que Eva no tenía por qué enterarse de los celos que aún le provocaba Trevor.

Por dentro sin embargo, le devoraban.

—Lo mejor es dejar el pasado atrás, empezar de nuevo. Vivir de verdad.

—Estoy viviendo lo mejor que sé —dijo ella para defenderse de lo que parecía una crítica.

No había notado que lo que él pretendía era insinuarse a ella de un modo que no pudiera acarrearle problemas si no correspondía aún sus sentimientos.

—Lo sé... —convino él sin convencimiento.

Eva se molestó por su tono, y sintió una explosión que la despertó de pronto de su prolongado letargo.

—Teniendo en cuenta lo que me ha pasado, creo que estoy bastante bien. Si me vas a decir que debo sonreír y olvidar, como si eso fuera tan fácil

—añadió entre dientes—... prefiero que no me hables más.

Estaba harta de que le dijeran que todo se superaba, que todo iría bien.

Nada era como debería, y dudaba que su vida fuera normal alguna vez. Ahora era ella la que debía pagar por sus pecados... y eran numerosos también.

Al final cada uno recibe lo que da, ¿no era así el dicho?, se dijo resignada para sus adentros.

Suspiró.

Los ojos de Tod se abrieron mucho a causa de la sorpresa por su reacción anterior, y enseguida reculó de sus intenciones.

Alzó las manos en señal de rendición y sonrió con cautela.

—No pretendo decirte cómo hacer las cosas, de verdad, pero me preocupas... Lo único que quiero es que estés bien. No deseo nada más.

Sus palabras eran como un bálsamo. Estaba siendo el chico que surgía solo en ocasiones.

¿Era así realmente y solo ofrecía una careta al mundo, o esta era la careta que ponía con ella para que bajara la guardia y entonces aprovecharse?

Su voz era seductora, y no le era muy difícil imaginar lo que le empujaba a ser tan amable y comprensivo. Había dejado claro que le gustaba, pero eso le resultaba extraño, ya que nunca llamó la atención de los chicos en el instituto. Salvo a uno.

Pensar en él era doloroso, de modo que intentó quitárselo de la cabeza.

Una llamada de teléfono le dio la excusa que necesitaba para desviar el tema. Descolgó, y no escuchó nada en los siguientes segundos.

Una voz alterada y en apariencia llorosa, rompió ese silencio.

—Así que no te interesaba Tod, ¿no?

—¿Qué, quién me llama?

Al mismo tiempo que pronunciaba las palabras, empezó a reaccionar a esa acusación. Era Abie.

Miró a Tod y este le devolvió la mirada confuso.

—Eres una puta, y quiero que sepas que te puedes quedar a Tod. Es un cerdo, y hacéis buena pareja —escupió con desdén.

—Oye, Abie, estás equivocada.

No la dejó seguir hablando.

—Sé que ahora mismo está en tu casa, y no puedo creer que prefiera a una tonta sosa en vez de a mí.

—Comprendo que estés celosa, pero no hay nada entre nosotros, de verdad —trató de explicarle.

—Me da igual. Y no estoy celosa, pero no hay explicación en el mundo que pueda echar luz sobre lo que parece sentir por ti. Tal vez solo sea pena, y una vez hasta te envidié, porque logras su atención sin hacer el mínimo esfuerzo... pero ahora solo te odio con toda mi alma, y cuando salgas de tu casa, sabrás hasta qué punto...

Su voz era aterradora, y Eva sintió que las piernas le fallaban.

¿Por qué le pasaba esto a ella?

Tod debió notar que algo malo pasaba. Le dijo que estaba pálida, y le preguntó qué le pasaba, o algo así. Eva apenas escuchaba nada, porque sentía que iba a desmayarse en cualquier momento.

Él se puso al teléfono e intercambió algunas duras palabras con su interlocutora. Eva oía su voz alterada y cada vez más fuerte a través del aparato, y estuvo segura de que gritaba a Tod en algún lugar cercano a su casa. Se encontraba allí cerca.

Fue al salón para intentar ver algo a través de las ventanas, pero no se atrevió a mover las cortinas. Sin embargo, llegó a la puerta delantera y a través de los cristales que tenía a los lados, pudo ver que Abie caminaba con determinación hacia allí, y que llevaba un arma de fuego en la mano. Llamó con insistencia hasta que un movimiento por su parte en el interior, le desveló su posición al otro lado.

Disparó el arma una vez y gritó.

—Sal aquí, cobarde. Solo quiero mirarte a la cara una última vez. Hoy acaba esto para siempre —añadió con voz más moderada.

—Pero, ¿qué hace esa loca? —dijo Tod asustado cuando fue a por Eva.

La sujetó por la cintura y la llevo hasta la cocina.

—Nos vamos de aquí —sentenció Tod.

—¿Vamos a salir corriendo por la puerta trasera?

—¿Tienes un plan mejor?

—Para empezar, no responder con otra pregunta —replicó molesta—. Tu casa está justo donde ella puede vernos, y no vamos a ponernos a su alcance.

—Tengo el coche aparcado a un par de manzanas de aquí, no en casa. Llamaremos a la policía desde allí mientras nos ponemos a salvo.

—Deberías avisar a tu familia —sugirió Eva con preocupación—. Esa

chica está pirada del todo si me ha seguido hasta casa...

Seguido y disparado, pensó. Sin duda estaba trastornada del todo, porque nadie normal iba por ahí con un arma cargada y dispuesta a todo.

Sí, la odiaba. Se sintió mal por causarle problemas a una chica solo porque esta quería a un chico que la prefería a ella, aunque ese sentimiento mitigó cuando oyó otro disparo contra la puerta de su casa.

Estaba dispuesta a matarla, así que Eva no debía compadecerse, sino permitir que Tod la llevara lejos de allí mientras dejaban a esa lunática en manos de la policía local.

Tras media hora en el coche, en silencio, Eva sospechaba hacia donde se dirigían. No estaba muy de acuerdo con ello, y menos sin haber cogido las llaves de la casa de sus abuelos. Tuvo que preguntar para romper el hielo, y también porque deseaba una explicación.

—¿Puedo saber hacia dónde vamos? —inquirió insegura.

Tod sonrió más que contento.

—Vamos a pasar unos días a Two Rivers. Será lo mejor mientras todo se soluciona —comentó como si nada, con aire pensativo.

—La policía querrá hablar con nosotros. No creo que estar fuera sea una gran idea —expuso.

—Eso podría ser un problema, sí, pero no importa... lo arreglaremos.

Le lanzó una mirada oscura muy sugestiva, como si deseara devorarla. Eva sintió un escalofrío terrible. No estaba segura, pero algo no andaba del todo bien.

¿La visita de la policía sería un problema? Ella creía que el gran problema que tenían era que Abie quisiera acabar con su vida. Y lo cierto era que no comprendía ese arrebató. No tenía nada con Tod, y a pesar de que pudiera envidiar que pasara tiempo en su casa, la razón no era otra que la de ser vecinos.

Era del todo absurdo que ahora de repente los celos la hicieran perder la cabeza.

Se le ocurrió una teoría.

—¿Sigues saliendo con Abie?

—Mmm... ¿por qué lo preguntas?

—Porque me encantaría tener una respuesta —soltó con impaciencia.

Tod soltó una risita animada, mientras que Eva esperaba lo peor.

—No. No seguimos saliendo.

—¿Y no ves el problema?

Eva solo obtuvo una mirada irónica. Claro que no le importaba nada. Ese era Tod.

No podía decir palabra. Estaba claro que lo que Tod hiciera, era solo asunto suyo, pero ella siempre acababa en medio de un gran problema por su causa. Estaba harta del desastre continuo que era su vida.

¿Qué vendría a continuación?

No quería saberlo a decir verdad. Le gustaba estar en la ignorancia, al menos por un rato más.

Al cabo de unos minutos eso se acabó; llegaron a la casa de sus abuelos en medio de un prolongado silencio.

Eva tenía un mal presentimiento. Su corazón latía a toda prisa, y lo peor era que se encontraba en mitad de la nada, con alguien que no era conocido por su caballerosidad con las mujeres precisamente.

Bajaron del coche y Eva miró a Tod.

—Venir aquí es absurdo, sobre todo porque no vamos a poder entrar —apuntó, pensando que no le agradaría romper la puerta de una patada. Si acaso eso era posible.

Tod la miró sonriente, sacó unas llaves del bolsillo de su chaqueta y se la mostró. Ir hasta ese aislado rincón del mundo no había sido un gesto tan impulsivo como parecía, se dijo Eva. Al menos parecía demasiada casualidad. Que este fuera el último lugar donde viera a Trevor, provocaba en ella fuertes sentimientos. Un escalofrío recorrió su columna.

¿Dónde estaría? ¿Estaría bien?

Le dolía el corazón por no saber nada al respecto. Eso era lo peor, y lo que le impedía avanzar...

Una vez dentro de la casa, lo único que hizo fue mirar por la ventana trasera que daba al lago. Tod se situó a su lado y puso un brazo alrededor de sus hombros. Quiso sacudírselo de encima, pero se comportaba de manera extraña y a Eva le daba miedo provocar una situación incómoda teniendo en cuenta que no había nadie más allí.

—Tenía ganas de estar aquí contigo; los dos solos —susurró emocionado.

Eva notó que se le erizaba el vello de todo su cuerpo. No sabía qué era, pero Tod no era él mismo, y no le gustaba nada ese cambio repentino.

Siempre había notado en él cualidades que no le atraían, pero también

vio cosas hacía poco que podrían compensar esas carencias. Ahora no estaba tan segura.

—Lástima que haya tenido que sufrir la ira de tu ex novia para llegar hasta aquí... —soltó con sarcasmo.

Tod soltó una risita nerviosa, al parecer, sin darse cuenta, o ignorando su tono a propósito.

—Bueno, eso no salió como esperaba, pero no podía estar con alguien cuando mi corazón pertenece a otra desde hace mucho tiempo.

Sujetó sus hombros para hacerla girar y que quedaran cara a cara. Su voz era suave, llena de ansiedad reprimida.

Eva notó un nudo en la garganta por las ganas de gritar y llorar que le entraron.

No le gustaban sus maneras posesivas. Le recordaban mucho a su padre. Hizo un esfuerzo para hablar y que su voz sonara con calma, algo que en su interior no existía en esos momentos.

—Tod, ya sabes que no he olvidado a Trevor a pesar de que...

—¿Te abandonara sin más? —le interrumpió con los dientes apretados y una brusquedad repentina.

Abrió y cerró la boca varias veces sin que ningún sonido saliera de sus labios. En eso tenía razón al menos.

—No puedes seguir enamorada de él. Ya no está, y no volverá —sentenció.

—¿Por qué dices eso? —inquirió molesta, con los ojos llenos de lágrimas—. Voy a tener a su hijo, y seguro que volverá para ser un buen padre, porque tú no tienes ni idea del motivo que le hizo marcharse así...

Los ojos de Tod brillaban por la furia contenida, y una sonrisa aterradora asomó a sus labios.

Eva se había callado de golpe, y un miedo paralizante la atrapó en sus garras, impidiéndole seguir con sus acusaciones. Tod parecía muy satisfecho consigo mismo, como si deseara demostrarle sin palabras, que él sabía algo que ella no.

Aun en *shock* y con la boca seca, intentó hablar.

—¿Tú sabes algo... tú sabes dónde está? —inquirió con la voz quebrada.

No dijo una palabra, pero su expresión le delataba. A Eva no le gustaba su conclusión, pero la falta de respuesta era en sí una respuesta.

—¿Lo has sabido todo este tiempo? —preguntó con cautela.

—Sí, maldita sea —sentenció enfadado.

Eva se abrazó a sí misma, tratando de asimilar lo que pasaba.

—¿Por qué...?

—¿... no dije nada? —soltó él con ironía—. Porque fui yo quien se lo llevó lejos de ti. Porque no soporto que esté cerca de ti y, además, porque no te merece. Eres mía, y ya nunca se interpondrá entre nosotros —declaró con seguridad, con los ojos fijos en los suyos.

—Tú estás loco —susurró Eva—. Espero que no le hicieras daño —musitó cuando esa idea rondó su mente.

Tod le lanzó una mirada airada, ofendido por sus palabras.

—Claro que sí. El muy imbécil se atrevió a tocarte, y por si fuera poco, te ha dejado embarazada... algo que nunca debió ocurrir.

Negaba con la cabeza y caminaba de un lado a otro del salón, mientras Eva no daba crédito a lo que oía. Estaba chiflado, y era evidente que había perdido por completo el juicio. No podía concebir lo sucedido. Debía escapar de allí como fuera, alertar a la policía, y ponerse a salvo a ella y al bebé.

—Solucionaremos eso muy pronto, no te preocupes —le dijo mientras se acercaba y tocaba su barriga—. Deberías tener a mi hijo, no al suyo. Pronto los dos estarán fuera de juego —expuso con una sonrisa.

Eva abrió los ojos como platos al digerir sus amenazas. ¿Quería matar a Trevor y a su hijo?

Eso ni pensarlo, se prometió a sí misma.

Incapaz de moverse por el miedo que la recorría al darse cuenta de que Tod era un verdadero psicópata, fijó la mirada en la puerta. Debía salir cuanto antes.

No dio ni un paso cuando su captor la detuvo al colocarse frente a ella.

—Eva, Eva, Eva... —canturreó en voz baja, suave como la seda; toda una amenaza velada—. No puedo dejar que salgas por ahí tú sola. Hay muchos peligros sin que esté yo para protegerte. Ya has visto cómo los celos y la envidia de Abie casi nos cuesta tu vida —le recordó mientras sacaba algo de su bolsillo del pantalón.

Era una pequeña navaja. Desplegó la afilada hoja y apuntó en su dirección, justo hacia su abdomen.

Comprendió al instante.

No iba a permitir que ese lunático arremetiera contra algo muy preciado

para ella.

—¿Dónde está? —preguntó directamente.

Sobraba especificar a quién se refería. Tod sonrió, pero no estaba contento. La taladró con la mirada, sus ojos grises parecían de hielo, y suspiró.

—Eso no importa. Lo único que debería preocuparte es que juntos vamos a ser felices. Abie acabará en la cárcel por intento de asesinato, y tu ex novio estará tan muerto como su descendiente dentro de poco. Solo estaremos nosotros. Y ahora nadie se interpondrá en nuestra felicidad —relató como si lo que hubiera dicho no implicara varios delitos graves.

—¿Por qué haces todo esto? —preguntó tratando de averiguar todo lo que pudiera sobre sus planes.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y cayeron por sus mejillas con desesperación.

—He estado esperándote dieciocho años, y ahora que por fin ha llegado el momento, no voy a dejar que nadie se interponga en mis planes.

Se mostraba de lo más paciente mientras le hablaba, aunque Eva le notaba tenso, alerta por si ella hacía algo, y desde luego, no escondió la navaja, sino que la dejó encima de la mesa cuando se sentó en una silla junto a esta.

—Si sentías algo por mí, podrías haber sido más directo; una invitación a salir habría estado bien, en lugar de salir con montones de chicas, y ahora esto... —su voz se apagó, porque no pudo seguir con esa pantomima. Jamás habría tenido nada con él; nunca a decir verdad, pasó eso por su cabeza.

Estaba furiosa, y necesitaba hacer algo.

—¿Hacía falta esta mierda para conseguirme? —gritó con frustración y miedo a la vez—. No tenías que secuestrar a mi novio ni manipular a Abie para que se enamorara de ti y luego dejarla.

—Confieso que solo salía con ella para ponerte celosa —expuso con tranquilidad.

Eva estaba estupefacta por sus palabras, y por la serenidad que mostraba a pesar de lo que había hecho. Estaba loco, y temía lo que pudiera hacerle si le contrariaba, pero no podía parar. Necesitaba que hablara con ella para que pudiera sacarle algún detalle. Las personas, en momentos de estrés, soltaban cosas que normalmente no dirían, y tenía que intentarlo al menos.

Aunque allí la estresada era ella misma.

—Lo único que demostraste al salir con Abie, y con muchas a la vez, es que eres un mujeriego, y no es el tipo de hombre que me gusta. Si tanto me quisieras, deberías saberlo —soltó molesta.

Tod se levantó de un salto y en un segundo le tenía delante, sujetando su rostro con firmeza pero sin hacerle daño.

—Te quiero, y te lo voy a demostrar —le aseguró con intensidad—. Solo quería esperar a que fueras mayor de edad para que no te vieras obligada a madurar tan pronto, y sabía que también lo era para que fueras capaz de renunciar a esas bobadas religiosas a las que te sometía tu padre.

—No sabes hasta qué punto era odioso, y tampoco sabía yo que te molestaran mis creencias —dijo con tono acusador. No era nadie para cuestionarla.

—Teniendo en cuenta que estás embarazada y no casada, yo diría que muy practicante no eres.

Le guiñó un ojo y sonrió, aunque sus ojos no mostraban ni una pizca de diversión.

Eva no conseguía creer lo que escuchaba. Su vecino era un auténtico lunático peligroso, y tenía que encontrar el modo de huir de él y ponerse a salvo.

El cómo lo haría aún no estaba claro.

—No se puede obligar a las personas a sentir algo. Las cosas no funcionan así.

Su voz no era firme, de modo que a Tod no le costó comprender que ella tenía miedo de él.

Por primera vez desde que el caos se desatara ese día, realmente parecía preocupado de verdad por su bienestar.

Frotó sus brazos con lo que él consideraría un gesto protector, pero ella notó un escalofrío. Solo deseaba alejarse de su contacto.

—No voy a hacerte daño; a ti no —musitó—. No tienes que preocuparte, todo irá bien para nosotros.

Y eso despejaba algunas de sus dudas, pensó Eva consternada y aterrada. Las cosas irían muy mal para Trevor.

No podía creer que hubiera estado retenido contra su voluntad todo ese tiempo, mientras ella, preocupada, pensaba todo tipo de cosas. Debía estar pasando el peor momento de su vida, y ahora mismo ella querría poder hacer algo para liberarle.

Tal vez si la policía iba a hablar con ellos en breve por el tema de Abie, podría alertarles, aunque también le preocupaba que Tod lo negara todo y la perjudicada fuera ella. En ese caso, también Trevor acabaría mal, porque dudaba que nadie más supiera la verdad. ¿Y si no le encontraban nunca y al final ella era la culpable de que muriera?

De ninguna manera podía permitir eso.

Tenía el teléfono móvil en el bolsillo de su chaqueta que ahora colgaba en el perchero de la entrada. Lo único que tenía que hacer era cogerlo sin que él se diera cuenta, y mandar un mensaje para alertar de lo que pasaba en realidad antes de que Tod inventara alguna ridícula historia de esas que parecían germinar en su perturbada mente. Solo podría ser a la policía, de modo que buscaría el número del agente que llevó su caso y el de sus padres, y que fue amable con ella durante todo el proceso. Esperaría a que su intervención ayudara en algo, ya que no era más que una joven a la que habían sucedido demasiadas desgracias en poco tiempo.

Temía lo que Tod pudiera hacer si se enteraba de sus planes, pero más temía no hacer nada y solo aguardar el oscuro final que parecía cernirse sobre ella como un manto de niebla del que no pudiera escapar por mucho que corriera.

Se abrazó a sí misma y pensó en alguna distracción que le ayudara a coger su teléfono sin levantar sospechas. Solo se le ocurrió una cosa: lo más simple del universo.

—Tengo hambre.

No era del todo cierto, pero era la excusa perfecta para distraerle unos instantes.

Tod la observó a la vez que suspiraba aliviado. Acarició sus mejillas con ternura y Eva bajó la mirada, esperando que lo interpretara como un gesto de timidez y no de rechazo.

No se equivocó, y como buen narcisista que había perdido el norte, decidió que ella aceptaba los nuevos términos de su relación.

—Bien —musitó complacido—, iré a buscar algo de comida a la cocina, aunque confieso que en eso no había pensado mucho.

Soltó una risita juguetona y Eva le respondió con otra en lugar de formular palabra, porque de haberlo hecho, seguro que habría metido la pata hasta el fondo. Sospechaba que era una pésima idea decirle a un demente lo lejos que había llegado su locura.

Aliviada se sintió ella cuando Tod se alejó y le oyó trastear en los armarios de la cocina. Eva caminó hacia su chaqueta y cogió el móvil. No quería que apareciera de repente y la pillara en un descuido, de modo que guardó el aparato en la cinturilla de su pantalón y evitar así posibles sospechas; se sentó en un cómodo sillón del salón, sintiendo bombear con fuerza su corazón.

Notaba su cuerpo entumecido y las piernas débiles. La adrenalina recorría sus venas, y un temblor se apoderó de ella.

Él entró allí sin darse cuenta de nada, o eso quería creer Eva. En su interior rezaba para que así fuera.

En sus manos llevaba una lata de fruta en conserva, una cuchara y una servilleta.

—Hay que conformarse con esto, luego iremos a comprar algo para estos días —dijo con mucha calma, como si ya lo tuviera todo pensado—. Cuando volvamos a Appleton lo arreglaré todo y podremos vivir juntos y tener la vida que nos merecemos.

Eva se puso blanca como el papel, y no fue capaz de decir nada. ¿Cómo unas pocas palabras, en apariencia inofensivas, podrían encerrar unas intenciones tan atroces?

Su idea macabra de “arreglar las cosas” consistía en destruir a las pocas personas a las que Eva consideraba la única familia que le quedaba.

No quería hacer un desprecio a su torpe intento de alimentarla, de modo que abrió la lata y tomó algunos trozos con la cuchara. No estaba tan mal como creyó, pero se sentía tan nerviosa que sintió el estómago cerrado.

Tod la observó con una intensidad que solo acrecentaba la ansiedad de ella. Por suerte, su teléfono sonó y después de informarla de que se trataba de su madre, Eva asintió y este se alejó para hablar.

Se preguntó si su familia estaría al corriente de la inestabilidad de su único hijo. Suponía... o más bien esperaba que no; de lo contrario, no podría entender cómo no habían intentado pararle los pies. Ella misma debería haber intuido algo, pero bastante tuvo que soportar en su propia casa como para andar con sospechas con los vecinos.

Los secretos podían guardarse mucho tiempo, aunque tarde o temprano siempre salían a la luz, y en el tiempo hasta que llegara el inevitable descubrimiento, causarían mucho daño.

El corazón de Eva se aceleró de forma peligrosa cuando decidió que era

su oportunidad. Sacó el teléfono y buscó con rapidez el número del agente de policía. Le dio a enviar mensaje y tecleó en el texto lo primero que le vino a la cabeza. No entendía mucho de su funcionamiento, por lo que fue a lo básico, lo poco que conocía. Tampoco tenía tiempo ni más energía para diseñar un mensaje perfecto.

Debía ser clara y precisa.

Soy Eva Abrams. Estoy en peligro y retenida por Tod Becker en casa de mis abuelos. Two Rivers. Ayuda, por favor.

Pulsó la tecla enviar con celeridad, aunque le pareció que transcurrió una eternidad desde que empezara a escribir. Guardó el aparato en el bolsillo del pantalón y trató de parecer tranquila; una tarea muy complicada dadas las circunstancias.

Las manos le temblaban.

Había mucho silencio, demasiado para pensar que todo fuera bien. No le gustó nada la sensación que tenía.

Respiró hondo con dificultad y se rindió a lo inevitable. Su cuerpo entero sufría espasmos a causa del miedo que la consumía, y lo único que pudo hacer fue permanecer allí sentada. Como si aquello no fuera nada siniestro, pensó abatida.

Tod apareció con el rostro contraído por la furia. Cargó contra ella, la sujetó del brazo y Eva chocó contra la pared y un marco que no recordaba que hubiera allí. Giró apenas la cabeza y su temor aumentó al descubrir que su captor había visto lo que hacía porque un gran espejo estaba allí colgado.

¿Cómo pudo no darse cuenta? No era ni de lejos la primera vez que había estado en esta casa, por el amor de Dios, pensó enojada consigo misma.

Cerró los ojos y dejó que las lágrimas cayeran por sus mejillas a su antojo.

—¡Mírame! —gritó con furia.

Eva hizo lo que le pidió. No se rendía a él, pero ya no veía cómo podía acabar peor la situación.

—¿Qué demonios hacías con el móvil?

Se lo quitó antes de que ella pudiera decir algo en su defensa, y vio cómo su rostro se ponía rojo de ira.

Estaba muy cabreado.

—No tienes ni idea de lo que has hecho, pequeña —dijo con la mandíbula apretada, su voz era oscura, aterciopelada. Hizo que se le erizara cada vello de su cuerpo.

Tod pegó su rostro al suyo y habló con fingida paciencia.

—He envidiado a ese mequetrefe con el que salías desde hace mucho tiempo. No sé qué demonios le ves, si no es más que un crío imbécil...

Apretó los ojos, como si estuviera intentando concentrarse en algo, y Eva temió su reacción. Procuró no moverse, porque tenía la sensación de que cualquier cosa que hiciera o dijera, desataría un infierno aún peor del que ya tenía delante de sus narices.

Temió el motivo por el que sacó a relucir el tema de Trevor en ese instante.

No quería enfurecer aún más al monstruo, aunque parecía que era tarde para eso.

Había metido la pata, y no podía creer cómo no tuvo más cuidado con algo tan importante. Debería haber esperado a un momento mejor, pero estaba tan impaciente por decirle a alguien lo que le pasaba, que no dio siquiera un vistazo a su alrededor para que el pequeño detalle del espejo no acabara con su única oportunidad de escapar de esa situación.

Tod miró el teléfono de Eva, el que él mismo le regaló, y resultaba obvio que no estaba contento.

Se alejó de ella y apretó los puños con fuerza mientras resoplaba y caminaba furioso de un lado a otro con evidente nerviosismo.

—Solo te lo diré una vez —musitó a cierta distancia, mirándola con frialdad—. No voy a caer por esto. Y ten en cuenta algo... —susurró mientras daba pequeños pasos hacia ella hasta que sus rostros quedaron muy pegados—. Si no me ayudas a acabar con este... mal entendido —añadió con una sonrisa diabólica—, entonces no habrá ningún motivo para que desee tu protección. O eres mía, o no serás de nadie. ¿Has comprendido bien?

Eva temblaba. No podía formular palabra porque la boca se le había quedado seca y apenas sentía nada que no fuera un miedo atroz.

—¿Lo has entendido? —repitió con una voz en apariencia calmada.

Sus ojos la taladraban fríos y grises como témpanos de hielo.

Solo pudo asentir mientras las lágrimas mojaban sus mejillas sin detenerse.

Estaba equivocada, sí que podían empeorar las cosas, y ahora tendría

que fingir que no ocurría nada fuera de lo normal, o ella acabaría muy mal. Y si eso pasaba, nadie podría saber nunca que Trevor estaba con vida y en peligro.

Estalló en llanto y no pudo parar en un buen rato.

Capítulo 7. Pereza

Tod la dejó tranquila mientras se desahogaba. Le pareció notar que la miraba con pena mientras se marchaba, pero a Eva le daba igual cómo se sintiera él, ya que no creía que tuviera conciencia, ni sentimientos.

Este fue a la cocina para poder pensar en la mejor solución a su nuevo problema.

Pasaron solo unos minutos cuando se desató la histeria, para ambos.

Sirenas de policía resonaban en las cercanías, y antes de que pudieran reaccionar, o Tod pensara siquiera en escapar, oyeron a varios agentes identificándose junto a la casa.

Estaba claro que se habían tomado muy en serio el mensaje de Eva, pero ahora había otro problema. Tod insistiría en que actuara como si no pasara nada, sin embargo, después de haber estado llorando, no la iban a creer, y eso significaba que tanto ella como Trevor tenían todas las de perder.

No iban a meter en la cárcel a un joven solo por la palabra de una muchacha que había pasado por desagradables situaciones hacía muy poco, y cuando no tuviera pruebas para condenarle, Eva pagaría muy caro lo que había hecho.

Tod no olvidaría jamás su gran metedura de pata. No lograría salir airosa de allí, y Trevor tampoco, pensó con desesperación.

Con un fuerte golpe, echaron abajo la puerta y por suerte Tod no llegó a acercarse a ella antes de que le interceptaran los agentes uniformados y armados.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritaba Tod fuera de sí.

Miraba a Eva rojo de rabia y ella siguió sintiendo el crudo miedo que él le infundía aun rodeado de policías que estaban allí para protegerla.

—Queda detenido —sentenció uno de los agentes.

Esas palabras aliviaron solo en parte a Eva. Oyó al policía comentándole sus derechos con tranquilidad mientras Tod se revolvía contra él en un vano

intento de deshacerse de su imponente agarre. Fue esposado y cuando Eva comenzó a sentirse un poco más a salvo, este tuvo que decir la última pulla.

—Jamás volverás a verle.

El corazón de Eva se congeló.

Estuvo ausente mientras respondía las muchas preguntas de un desconocido agente y de su compañero Peter Roland, quien estuvo en todo momento en el caso de sus padres. Al menos la consolaba en parte poder contar con una cara amiga.

Claro que eso no arreglaba nada en absoluto.

Le pidieron detalles de lo que había descubierto sobre el secuestro de Trevor, y Eva intentó hacerlo lo mejor posible, aunque le costaba centrarse.

Llegaron unos sanitarios y los dejó hacer su trabajo mientras su mente divagaba; sentía que los recuerdos se agolpaban en su cabeza sin control, y sin darse apenas cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

—¿Puedo hacerte unas preguntas más?

Roland se acercó con precaución y Eva se sintió agotada. No quería seguir hablando más, aunque se encontraba mejor desde que se llevaron de allí a Tod.

Lo que pasara con él le preocupaba mucho, pero ya no estaba en sus manos.

Asintió despacio.

—¿Te dijo algo, algún detalle, sobre el posible paradero del joven desaparecido?

Los ojos de Eva se humedecieron de nuevo, sin embargo, trató de contar lo que recordaba para ayudar en la medida de lo posible.

—En ningún momento dijo nada del lugar donde le tenía, y creo que solo habló porque pensaba que iba a estar con él y olvidarme de Trevor. Está loco —sentenció con la voz quebrada.

El policía lo anotaba todo en una libreta como había hecho un rato antes, y Eva se sintió bien al saber que la tomaban en serio con todo ese asunto.

Sin pruebas, más que con su palabra, había pensado que la ignorarían del todo. Estaba contenta porque no fuera así.

Tenían que encontrarle.

—¿Su familia tiene alguna residencia aparte de su vivienda habitual?

Se vino abajo de nuevo.

—Yo no tengo la menor idea. Si alguien sabe algo esa es Abie. Era su

novia, y me odia como ya sabéis.

—La señorita Abie Morgan ya está en comisaría —explicó con calma—. Hablaremos con ella.

—No dirá nada. Estará encantada al saber que Trevor está en peligro.

—Los padres de Tod nos han dado las señas de una casa de verano en Michigan, pero aún no han llegado mis compañeros para registrar la propiedad. Te informaremos si sabemos algo —comentó con voz neutra y profesional.

—Gracias —formuló con esfuerzo.

El agente se sentó a su lado guardando las distancias, y puso una cara que a Eva no le gustó. Parecía resignado. Tal vez no creía que nada saldría bien. Esperó con fingida paciencia a que hablara.

—Uno de los sanitarios me ha dicho que estás embarazada —comentó con prudencia—. Si Becker te ha hecho algo... debo saberlo cuanto antes. Mi intención es que obtenga la pena máxima por sus delitos. Tendremos que esperar a encontrar a Carter para preparar el caso contra él y contra la joven señorita Morgan.

—Llámelo Trevor. Cuando dice Carter parece que hablara de otra persona.

—Bueno, su nombre es Trevor Carter.

El agente sonrió por su petición, algo extrañado porque ese detalle de llamarle por el apellido le molestara en un momento como ese.

—Lo sé, y además, creo que Trevor sigue retenido en algún sitio. Tod tenía intención de hacerle algo cuando se librara de la policía hoy.

Un nudo se formó en su garganta al imaginar que si no le encontraban pronto, tal vez no hiciera falta que ese psicópata interviniera en nada. Moriría solo, sufriendo, y sin saber que ella esperaba un hijo suyo.

Aún le costaba asimilar aquello, y dadas las circunstancias, no era de extrañar.

Todo lo que pasaba era de locos. Una auténtica película de terror de la que parecía no poder escapar.

Esos días siguientes faltó al instituto. El director fue avisado de lo sucedido y como era natural, no le puso impedimentos en darle un permiso especial que justificara sus faltas de asistencia. Ya recuperaría los exámenes

en cuanto pudiera.

A Eva nunca le había ido mal en los estudios, pero ahora mismo no sabía si podría graduarse para ir a la universidad.

¿Era eso una posibilidad siquiera? Poder tener un futuro normal se le antojaba tan lejano...

Su familia resultó ser un desastre, al menos desde que se enteró de la infidelidad de su padre, y eso le hizo comprender que nada era lo que parecía; ni tan perfecto como pudiera aparentar.

No solo fue doloroso encontrarse con la cruda realidad, sino que después de aquello, todo fue a peor.

Su padre se dedicó a tomarla con ella sus frustraciones, su hipocresía, y al final pagó por sus pecados. Era terrible pensarlo, pero Eva deseaba que estuviera dando buena cuenta de sus actos.

También su madre sufrió lo indecible y, al contrario que con su padre, Eva esperaba que ahora estuviera en un lugar mucho mejor, que hubiera encontrado la paz. A pesar de que su fe se había resquebrajado bastante, deseaba creer que las buenas personas al final tendrían una recompensa por su buen corazón.

Ella tenía mucho en qué pensar, y mucho que pagar. Había cometido pecados imperdonables, y aunque sus razones pudieran no ser las peores, ni las circunstancias tampoco, lo cierto era que sus manos no estaban limpias. Tenía cuentas que saldar, y esperaba poder resarcirlas en la medida de lo posible en lo que le quedara de vida.

Tal vez en su árbol genealógico había alguna que otra raíz podrida, pero ella no lo estaba, y procuraría lograr que su alma estuviera en paz, por mucho que le costase.

Ya no podía pensar solo por sí misma.

Dos días más tarde al fin se pusieron en contacto con ella las autoridades.

Vio que visitaban con regularidad la casa de Tod, y por suerte él seguía encerrado y a la espera de juicio sin posibilidad de fianza. Llegaría el momento en que tendría que ponerse frente a él y testificar, y en su interior, lo único que le ponía triste, era el causar dolor a su familia. Bastante soportaban ya en el barrio.

Claro que las cosas no podían olvidarse sin más. Tod había hecho algo horrible y debía pagar.

Abie había sido internada después de lo que hizo, porque fue imposible conseguir que se calmara y pensara con claridad. Sus padres estuvieron de acuerdo en dejarla en un hospital psiquiátrico. Después de evaluarla, tomarían la decisión de dejarla allí o llevarla a otro lugar donde pudiera recibir ayuda.

Solo esperaba que jamás volviera a acercarse a ella, que superara lo ocurrido algún día, pero no cerca.

Antes de que llamaran a la puerta, se dio cuenta de lo egoísta que era pensar así, y que lo mejor que podría hacer cuando acabara sus estudios, sería alejarse ella misma de allí. Estaría mejor fuera del entorno que tantos malos recuerdos le habían traído.

El agente Roland la saludó con amabilidad y ella le invitó a pasar. Este parecía algo nervioso, y Eva temió el motivo.

—Siéntate, por favor. Necesito decirte algo y será mejor que respires hondo.

Eva se sentó, pero más por inercia que por otra cosa, y su corazón empezó a latir deprisa. Temía las malas noticias, y no quería creer que algo malo hubiera pasado después de todo.

—Me gustaría suavizar la noticia, pero creo que mantenerte en vilo será peor —dijo con voz serena—. Hemos encontrado a Trevor Carter y está bien, se encuentra en el hospital. Está herido y algo desnutrido, pero está estable y se recuperará.

Su voz era seria y su rostro evidenciaba su preocupación por su reacción. No lograba entender de dónde venía esa actitud, porque a ella le habían quitado un gran peso de encima. Respiró con tranquilidad como hacía tiempo que no hacía, y aguardó a que continuara. Era obvio que había más.

—Por favor, si hay algo que deba saber...

Apenas lograba formular más palabras, porque se sentía aterrada por lo que pudiera averiguar sobre lo que le había pasado a Trevor por su culpa.

No fue ella la que le hizo daño, pero sí era la causa de que Tod se volviera loco y fuera a por él. A por los dos en realidad, ya que ambos sufrieron.

—Sí, debes saber que... —guardó silencio unos segundos que a Eva se le hicieron eternos— de momento no quiere recibir visitas. La familia no lo permite, y él está de acuerdo.

Eva no podía creerlo. Daba por sentado que era su obligación ir a verle, explicarle lo mucho que sentía lo ocurrido, y también contarle que estaba embarazada. Él debía conocer la verdad.

—¿Sabe Trevor lo de mi estado?

—Sí. Su familia consintió en que se le informara, pero aun con todo, han pensado que lo mejor es que mantengáis las distancias.

Se quedó de piedra. Literalmente. ¿Qué podía decir a eso? Nada. Había tomado su decisión, que tal vez influenciada por sus padres, no había rebatido.

Ella había deseado con todo su corazón que estuviera bien durante todo ese tiempo, pensó que un día aparecería y le diría que sentía mucho haber estado ausente. Entonces no supo lo que le pasaba de verdad, pero ahora que estaba libre, y por fin estaba a salvo de las horribles maquinaciones de un demente, tampoco quería estar con ella.

Era horrible saber de su desapego. Eva aún le quería, deseaba estar con él y ser feliz a su lado.

Y a pesar de eso, no quería nada con ella. Su juvenil relación había llegado a su fin y no había sido capaz de dar la cara. Era muy consciente de que él necesitaría tiempo para recuperarse de un trauma así, pero ella se sentía sola, destrozada y abandonada. Ahora no tenía a nadie, porque por más que lo intentara, todo el mundo en el barrio sabía lo que le había pasado, y ahora ya no tenía ni amigos. Nadie quería ayudarla ni apoyarla.

En el instituto, por la calle, todos la miraban con temor, con pena o simplemente huían de ella como si fuera a pegarles algo de su mala suerte.

Era un fantasma.

Lo mejor que podría hacer sería desaparecer de verdad, decidió.

—Gracias por decírmelo, Roland —dijo con la voz quebrada.

El hombre la miraba con sus ojos tristes llenos de compasión. Eva pensó que estaría acostumbrado a dar malas noticias, porque la policía trataba a diario casos horribles, pero con ella habían tenido bastante trabajo.

Ronald carraspeó.

—Seguro que cuando se recupere querrá hablar contigo. Parece un buen chico, y espero que haga lo correcto —declaró con sinceridad.

A Eva le sorprendió su comentario.

—¿Estaba Trevor muy malherido? —se atrevió a preguntar, porque en ese momento era lo que más necesitaba saber.

El policía se mostró reticente a contarle la verdad, pero estaba seguro de que Eva se enteraría de todo tarde o temprano. Era mejor que lo supiera por una fuente fiable y no por las habladurías de la gente malintencionada. Al final los cotilleos transformarían la realidad, y no quería que la joven que tanto había sufrido, pensara que las cosas eran aún peores.

—Estaba muy delgado y mostraba algunas heridas, pero ninguna profunda. Sin duda necesitará descanso y ayuda para superar este momento tan difícil, pero con el tiempo espero que el muchacho se reponga y pueda volver a sus estudios y su vida.

Eva escuchaba su voz pausada y confiada, y quiso creerle; o más bien necesitaba creerle.

El futuro no estaba escrito, y tenía que conservar la esperanza de que quizás más adelante, podrían retomar la relación de amistad que tenían, al menos eso, ya que volver a tener algo más, resultaba difícil de imaginar. Imposible no, pero sí complicado. No quería perderle de manera definitiva, sobre todo porque si él no deseaba continuar en su vida, al menos debería darle una razón. Los dos habían sufrido mucho. La situación y el trauma que padecieron era inimaginable, y sin embargo, huir sin más no era la decisión más valiente.

Trevor, no era el único que sufrió un infierno; su familia, al igual que la suya, también pasaba por un momento oscuro y que no era fácil de sobrellevar, pero ella perdió todo cuanto tenía, y ahora incluso a la única persona a la que de algún modo, sentía que podría haber recuperado al fin.

No tenía nada más que unas pocas cosas materiales y su casa; cosas que no le daban felicidad, cosas que no llenaban su vida, sino que le demostraban que su existencia ahora estaba vacía. Sin familia, sin amigos, sin amor, ya no le quedaba nada que la hiciera querer seguir.

Acabaría sus estudios como pudiera y lucharía por hacer que la vida de su hijo fuera mejor que la suya. Ese pequeño, o pequeña, era lo único que la impedía romperse en mil pedazos así que, aunque su vida hubiera acabado, debía darle una buena a ese ser que crecía en su interior.

Esa criatura merecía una oportunidad de tener una familia, tenía derecho a que su madre estuviera bien.

Apenas sin fuerza, con los ánimos por los suelos, y pasando mucho

tiempo en la cama llorando, logró aprobar los exámenes sin ir a clase, solo con los apuntes que sus profesores le llevaban a casa.

Dos semanas más tarde supo que habían internado a Abie en un centro psiquiátrico y que el juicio de Tod estaba pendiente para ese verano. Durante la visita del agente Ronald, supo que tenían base para condenarle a prisión durante años, aunque estaba por ver cuántos serían. Tod estaría bajo supervisión estricta si llegaba a conseguir la libertad condicional, y a pesar de no darle mejores noticias que le aseguraran que una persona así estuviera encerrada de por vida, esperaba que fuera capaz de meditar sus actos y cambiar. Si no cambiaba nunca, ella tomaría medidas. Se mudaría lejos, y así jamás tendría que enfrentarse a la posibilidad de encontrarse de nuevo con ese loco.

Eva deseaba que pudiera reformarse, que esa mente retorcida y oscura cambiara, por el bien de la humanidad, y de todas las personas que le rodeaban, pero no podía confiar en un deseo. Las cosas no funcionaban así.

Para su desgracia.

Primero debía pensar en ella, en su hijo, y el futuro pondría cada cosa en su lugar.

Lo único de lo que estaba segura era de que no podía estancarse, sumirse en la tristeza y dar su vida por acabada. No quería que los pecados volvieran a dominar su vida, porque tuviera fe o no, hacer las cosas bien tampoco suponía un esfuerzo titánico.

La habían educado bien, y si su madre tuvo fe, ella debía tener también. A partir de ahora ya no la dominaría la pereza, ni la envidia, ni la gula, la ira, la lujuria, la avaricia o la soberbia. No quería nada de eso en su vida; nunca más. Tampoco en las personas que la rodeaban, porque ahora contaba más su pequeña familia que cualquier otra cosa de este mundo.

Claro que todo podía cambiar en un breve instante.

Cuando estaba haciendo su revisión médica de los cinco meses y acababa de saber que iba a tener un niño, no podía creer que por fin viviera algunos momentos felices en su extraña vida.

Entonces pensó que sus ojos la engañaban, porque aquello no podía ser verdad.

Le costaba creer que lo que veía fuera cierto, y pensó que quizás estaba imaginando que Trevor se encontraba justo a la salida del hospital.

Sus pasos se ralentizaron y apenas pudo ver nada más que no fuera su

esbelta figura algo tristoná.

Él la observaba con atención, cauteloso, y ella sintió que su corazón empezaba a latir a toda prisa. Se detuvo a cierta distancia y respiró hondo. Debía estar tranquila, porque ya le habían recomendado de nuevo que evitara más situaciones de estrés.

Haría lo que estuviera en su mano, aunque no todo estaba bajo su control, eso estaba claro.

—Hola, Eva —saludó él con esa voz que tan bien recordaba. Juvenil y masculina a su vez.

Esas pocas palabras alteraron todo su interior, su corazón y hasta su alma. Nada había cambiado, sino más bien al revés. Eva notó cómo la felicidad la inundaba al instante, pero a la vez temió que Trevor solo hubiera querido saber cómo estaba y no deseara volver a tener que ver con ella, sino con su hijo.

Miró a su vientre, que ya se notaba bastante debido a que ella era de constitución delgada, y pasó su mano de manera protectora por encima, queriendo así que nada malo le pasara.

Una maravillosa sonrisa asomó a los labios de él para sorpresa de Eva.

Dio varios pasos en su dirección y ella aguardó. Se mentalizó del hecho de que nada de lo que pasara a continuación podría hacerle más daño que todo el pasado, y sin embargo, sabía muy bien que las cosas siempre podían empeorar.

Conocía ese hecho por experiencia.

—Antes de nada, quiero que sepas que si no he ido a verte antes, es porque mis padres me vigilan como si pensarán que voy a romperme de un momento a otro —explicó con voz calmada—. Me he escapado al fin, y no creo que tarden en buscarme por todos lados como unos sabuesos —dijo riendo de manera nerviosa.

—Bueno, no me cuesta creer que quieran alejarte de mí, porque toda mi vida es como una tragedia griega —bromeó Eva.

Nada de eso le hacía gracia, claro, pero era increíble saber que al menos él sí deseaba verla; hizo lo posible por tener ese encuentro, y allí estaba, frente a ella. Le dejó hablar, fingiendo que tenía toda la paciencia del mundo cuando lo único que deseaba era que lo dijera todo deprisa.

—Siento no haber sido capaz de protegerte. Siento no haber estado a tu lado cuando supiste que estás embarazada, y espero que me perdones.

Miró al suelo cuando acabó de hablar, y soltó un suspiro aliviado, como si por fin, al decirle lo que deseaba contarle, pudiera respirar de nuevo.

Estaba a la espera, más calmado, pero aguardando su reacción.

No se hizo esperar.

—Nada de lo que ha pasado es culpa tuya. Jamás imaginé que... —carraspeó algo incómoda al tener que nombrarle— Tod fuera capaz de hacer todo esto. Siento que fue por mí que hayas tenido que sufrir tanto. Ojalá podamos superarlo, y... no sé... tal vez estar juntos.

Dijo eso más como una pregunta, y Trevor reaccionó. Alzó su mano y tomó la suya con ternura.

—Lo único que he querido desde hace meses es estar contigo, y créeme, si no te he buscado antes en estas semanas no fue porque no tuviera ganas, sino porque mis padres me tienen controlado en todo momento. Creen que si me vigilan las veinticuatro horas, no me pasará nada, pero es agobiante —declaró con seguridad, con intensidad—. Creo que también han sido duros contigo... por el modo que tienen de hablar sobre ti y... solo puedo decir que lo siento mucho.

Eva no daba crédito a lo que escuchaba. De todas las personas que tenía a su alrededor, precisamente él, que era el único que había sufrido tanto como ella, le ofrecía una disculpa por algo que no era culpa suya.

No tenía palabras para describir cómo se sentía.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de felicidad, porque a pesar de su reticencia pasada para reconocer que eran más que amigos, él siempre demostró que estaba a su lado pasara lo que pasara. Solo por la fuerza le alejaron de ella, pero siempre volvía. Y allí estaba.

—No tienes que disculparte por nada. Al revés —añadió a la vez que sus lágrimas mojaban sus mejillas como un continuo torrente—; eres la única persona, a excepción de mi madre, que se ha preocupado por mí siempre, y que no me hace responsable de alguna manera de todas las desgracias que me han pasado.

Trevor acarició sus mejillas y la miró con adoración, y con infinita preocupación.

—Nadie debería hacerte pagar a ti por los pecados de otra persona.

Apretó la mandíbula por la rabia contenida, pero se tranquilizó a duras penas porque no era el momento de pedir cuentas a personas que habían dado de lado a Eva por lo sucedido. En ese instante, Trevor se prometió que jamás

lo dejaría correr. Eso nunca.

Ella miró al suelo, apartándose de esos ojos verdes hechizantes, y le recordó que ellos dos tampoco eran inocentes del todo; su mano se posó en su abultado vientre y Trevor se percató de su gesto. Con la ancha camiseta aún podía disimular un poco su tripa, a veces.

—No soy quien para juzgar a nadie, eso está claro —apuntó con cierto pesar.

—¿Estar embarazada no te hace feliz? —preguntó con temor, y un pellizco en el corazón—. Sé que no es el momento adecuado, que tuvimos cuidado, que no lo buscamos y no estamos casados pero... yo quiero hacer las cosas bien contigo y con el bebé.

Contuvo el aliento unos segundos y lo soltó de golpe, con una expresión muy seria.

—No pienso eludir mis responsabilidades.

—Hablar de matrimonio es un poco precipitado, ¿no crees? —preguntó incrédula.

—Bueno, sí... pero yo estoy comprometido contigo desde el principio, y lo estoy mucho más desde que lo supe —añadió con ternura; colocando una mano sobre la suya, por primera vez sintió también los pequeños movimientos de su hijo—. Sé que a veces no hice las cosas de la mejor manera, pero siempre pensé en tu bienestar. No dudes jamás de eso —suplicó en voz baja.

Sus manos se entrelazaron, y el corazón de Eva dio un triple salto mortal, y por primera vez en su joven vida, fue por la alegría que la envolvió.

—No he dudado de ti ni en los momentos más difíciles, porque por muy remota que fuera la posibilidad de que estuvieras bien, y que volverías, me aferraba a ello con todas las fuerzas que había en mi interior —declaró con la voz entrecortada por la emoción de ese instante.

—Entonces, ¿aceptarás que nos casemos?

—¿Podrías hacerlo sin el consentimiento de tus padres? Porque dudo que estén de acuerdo.

Trevor suspiró.

—Soy mayor de edad; si no aceptan que las cosas han cambiado y que esto es lo que quiero, mañana estoy cogiendo las maletas y saliendo de casa para siempre —sentenció.

Eva quiso sonreír, aunque se sentía mal por ser la razón por la que

Trevor no estaba bien con su familia.

—No me gustaría que te distanciaras de los tuyos por mí. Ya has sufrido bastante —expuso con tristeza.

Trevor acunó su rostro y clavó sus ojos verdes en los suyos marrones.

Su cercanía, su tacto, su sola presencia la hacía sentir protegida como no lo había logrado nada antes.

Se sentía realmente feliz por primera vez en mucho tiempo. Cualquier cosa podría pasar, y ahora eso no tenía por qué significar algo malo o que tuviera que preocuparla.

Estaba claro que ya estaba pagando sus malas acciones, y lo único que lamentaba era que su madre no estuviera a su lado.

—Tú también has pasado por algo que no soportaría mucha gente, y estoy sorprendido por lo fuerte que eres... Eva... —susurró con voz grave— eres asombrosa —declaró emocionado, con gran intensidad—. Te quiero —soltó sin más preámbulos—. Sé que somos jóvenes, y que aún nos quedan muchas cosas por experimentar y vivir, pero cada reto que venga en el futuro, quiero enfrentarlo contigo a mi lado: si me aceptas... —añadió con cautela.

Eva no pudo responder enseguida. Su primera reacción fue abrazarle fuerte durante varios minutos.

Trevor sonreía a la vez que apretaba su menudo cuerpo contra el suyo, y deseaba no separarse de ella nunca.

Consciente de su juventud, y de que tenían toda la vida por delante, sí tenía clara una cosa: había encontrado a su alma gemela, no dejaría que nada, ni nadie, los separara nunca. Iban a tener un hijo juntos, y aunque no era lo ideal en ese momento de sus vidas, era responsabilidad de los dos. Jamás pensaría siquiera en dejarla tirada por ningún motivo. No lo iba a permitir, él no era así.

Su familia tenía dos opciones, aceptarlo o no, pero ya no era cosa suya. Al menos él sí iba a hacer lo que debía. Eva se limpió la cara llorosa con las manos y mostró una sonrisa amplia y genuina. Trevor se dio cuenta de que nunca antes se mostró tan segura o determinante con algo. Oyó entonces lo único que tanto deseaba oír.

—Sí —dijo Eva sin más.

Rieron con nerviosismo a causa del momento, pero a pesar de las circunstancias, tenían claro que iban a luchar por su felicidad.

Y lo harían juntos.

Epílogo

Después de una pequeña boda íntima ese mismo verano, en que los padres de Trevor seguían sin ver con buenos ojos su relación, Eva fue a vivir con ellos.

No fue una situación sencilla.

Tal vez la familia de él no la aceptara del todo, pero no podían desentenderse del bebé que venía en camino.

Lo cierto era que estaban encantados con el nieto que les iba a dar y, por supuesto, se preocupaban por lo joven que era la madre.

Eva trató de centrarse en aprobar sus exámenes finales, ya que si algo deseaban por su bien los padres de Trevor, era que fuera a la universidad.

No se engañaba con eso, ya que ella era muy consciente de que, lo que no querían, era que Trevor renunciara a su futuro por su joven esposa.

Los dos estudiarían Derecho cerca de casa y contarían con la ayuda que tanto necesitarían con el niño y con el tema económico hasta poder ser independientes. Al menos no estaban solos en eso.

No fue fácil iniciar esa nueva etapa. Eva pasó por uno de los momentos más importantes de su vida, después de la boda con el hombre de su vida, cuando nació el pequeño Steve. El mayor y más maravilloso cambio en su vida.

Estaban juntos en las clases y el tiempo de estudio en casa. No fue nada sencillo conseguir pasar muchos momentos en familia con el pequeño recién nacido, pero ambos hacían cuanto podían por ser unos buenos padres, y se preparaban para seguir así en el futuro. Querían tener su propia casa, un hogar para los tres, para ser una familia y por fin tener una vida como merecían, porque ser ellos mismos después de todos los acontecimientos no fue fácil, pero sin duda estaban luchando por su felicidad, por lograrlo.

Eva tenía claro que lo que necesitaba era llevar una vida normal, intentando hacer las cosas bien.

Si algo había aprendido en su corta vida, era que ningún pecado quedaba sin castigo.

Dejar atrás lo sucedido no era posible del todo, porque cuando algo así sucedía en la vida de una persona, de un modo u otro, cambiaba a esa persona, y la manera en que veía el mundo y su existencia a partir de entonces. Era inevitable. Ninguno de los dos quería olvidar por completo, ya que habían aprendido a ser más cautos en sus relaciones con amigos y con otra gente, ya que ahora no solo tenían que protegerse a sí mismos, sino a otra vida que apenas comenzaba.

Poco tiempo después supieron que Tod se enfrentaba a una pena de cárcel de al menos quince años. Que llegara a cumplirlos al final o no, eso no estaba en sus manos, pero sucediera lo que sucediera, lo que sí estaba claro es que se haría justicia. Quizás no todo lo que a su entender merecía, porque una persona así no debería estar en libertad jamás, pero ellos no eran los que debían juzgar.

En lugar de preocuparse por el mañana, por el futuro, debían ocuparse del instante más inmediato, y cuando llegara el momento, ya pensarían en tomar las decisiones adecuadas para evitar que su familia corriera el menor peligro.

No podían vivir con miedo, porque ese no era el modo de vivir. Ocurriera lo que ocurriera en el futuro, enfrentarían cualquier cosa juntos. De este modo, todo iría bien, porque como equipo eran más fuertes. Con el apoyo del otro eran menos vulnerables.

Teniéndose el uno al otro superarían cualquier obstáculo que encontraran en el camino.

FIN

Sobre la autora

Nació el 9 de julio de 1988 en Granada, España. Estudió en esta provincia varios cursos de Administración y Finanzas, y desde los diecinueve años ha vivido en Almería, Madrid y Cádiz. Actualmente reside en Andalucía, cerca de sus raíces.

Le encanta leer, sobre todo novelas románticas en todos sus géneros. Y por supuesto escribir; ya que ahora es su gran vocación.

También tiene otras aficiones como el cine y la repostería.

Desde 2012 está escribiendo sin parar y ya cuenta con numerosos títulos publicados entre los que se encuentran: *Nunca olvides* (2013), *Un viaje salvaje* (2014), *Mi vampira traviesa* (2014), *El frágil lazo del amor* (2016), *Por el amor de una dama* (2016), *Elsa no sabe lo que quiere* (2016), *Oscuro inevitable destino* (2016); la bilogía *¿Qué estás mirando?* (2015) y su continuación: *Mis besos para ti* (2017), junto con el relato *Cuando el amor es de verdad*, (2017); *Amor a fuego lento* (2017), *¿Cuentos de princesas o princesas de cuentos?* (2017).

Ha publicado diversos relatos que recopila en un libro *Tus deseos: Relatos románticos y eróticos*, y algunos de temática independiente, como: *Una noche de cine* (2015) y *El instante que esperaba* (2016).

También escribe una serie de cuentos juveniles de fantasía de la serie “Las brujas de Valle Azul” que ya tiene publicados dos títulos: *Un Lago Místico* (2014) y *Lo que ocultas* (2014).

Participa además, en varias Antologías solidarias.

Actualmente trabaja en varios proyectos.

Para saber más acerca de sus novedades, aquí están sus redes sociales y blogs:

<https://www.facebook.com/misescritoscarortigosa>

www.misescritoscarortigosa.blogspot.com.es

www.lasbrujasdevalleazul.blogspot.com.es

